LAS ESTRELLAS SON NEGRAS

ARNOLDO PALACIOS

TOMO II

BIBLIOTECA DE LITERATURA AFROCOLOMBIANA

MINISTERIO DE CULTURA

Las estrellas son negras

PRIMERA EDICIÓN, 1949

ISBN COLECCIÓN 978-958-8250-88-5
ISBN 978-958-8250-97-7

José Antonio Carbonell Blanco
DIRECCIÓN EDITORIAL

Gustavo Mauricio García Arenas
COORDINACIÓN EDITORIAL

Ángela Alfonso Botero
ASISTENTE EDITORIAL

Camila Cesarino Costa
CONCEPTO GRÁFICO Y DISEÑO

Emperatriz Arango Blanquiceth
GESTIÓN Y COMUNICACIÓN

Guillermo Zea Fernández
ASESORÍA JURÍDICA

Fundación Tridha
ADMINISTRACIÓN

Nomos Impresores
IMPRESIÓN

Imagen de carátula
JOSÉ HORACIO MARTÍNEZ
SERIE AFRICALI *Sin título*
100 cm x 50 cm Óleo sobre lienzo 2005-2007
Cortesía de Estefanía Sokoloff

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Palacios, Arnoldo
Las estrellas son negras / Arnoldo Palacios. Bogotá : Ministerio de Cultura, 2010.
172 p. – (Biblioteca de Literatura Afrocolombiana; Tomo 2)
ISBN Colección 978-958-8250-88-5
ISBN Volumen 978-958-8250-97-7

1. Novela colombiana – Siglo XX. 2. Novela afrocolombiana – Siglo XX. 3. Negros - Novela. 4. Libertad en la novela. 5. Quibdó, Chocó (Colombia)

CDD 863.6

MINISTERIO DE CULTURA

Carrera 8 Nº 8-09
Línea gratuita 01 8000 913079
(571) 3424100
Bogotá D.C., Colombia
www.mincultura.gov.co

ÍNDICE

Introducción

Breve semblanza del padre fundador de la novelística afrocolombiana

Por Gustavo Vasco

¿Por qué extraña razón una obra literaria —con más precisión, una breve novela— no ha corrido con la suerte normal de muchas otras obras literarias —diría que la inmensa mayoría— suerte normal que no es otra que… el olvido? *Las estrellas son negras*, la novela negra del escritor chocoano negro Arnoldo Palacios, fue editada por primera vez en 1949. La mejor respuesta para esta pregunta, después de que han corrido más de sesenta años desde su estremecedora aparición en el universo de las letras colombianas y latinoamericanas, es que la obra sigue vigente con esta nueva edición, en buena hora emprendida por el Ministerio de Cultura de Colombia.

A comienzos de los años cincuenta del siglo pasado, cuando había transcurrido poco tiempo desde la aparición de su novela, encontré en la ciudad de París a Arnoldo Palacios. Él había llegado a este destino seguramente gracias a la aureola, en ese momento fresca, incluso novedosa, adquirida con su obra primera.

Arnoldo había sido víctima en su primera infancia de una poliomelitis, mal endémico en aquel entonces en las regiones de gran pobreza como en la que el autor vino al mundo, en un pueblo pequeño y aislado.

La invalidez y el indispensable uso de las muletas no fueron obstáculo para el aventurado salto transoceánico. Ya en París, y gracias a la amistosa colaboración de un prestigioso cirujano francés y de algunos colombianos residentes en esa ciudad, fue sometido a complejas intervenciones quirúrgicas en procura de una mejoría en su movilidad.

Fue en el transcurso de una de sus varias hospitalizaciones cuando tuvo contacto próximo con una apuesta enfermera, con quien vivió la primera de una serie —para nada precaria— de aventuras amorosas que lo condujeron a su posterior deambular por no pocos países de Europa. Este periplo concluyó de nuevo en Francia, en una de sus prósperas provincias, donde ejerció con toda propiedad y legitimidad el papel de «señor conde» (monsieur le compte), en virtud de sus nupcias con una auténtica, aunque nada acaudalada, condesa de la localidad, con antiguos, reales y marchitos títulos hereditarios.

Las muletas inquietas y viajeras, la sugestiva personalidad de Arnoldo con su amplia sonrisa acompañada siempre de una penetrante mirada, su verbo grato e imaginativo y su carta de presentación en todos los escenarios, *Las estrellas son negras*, hicieron del autor una personalidad fascinante en varios recodos del Viejo Mundo.

Esta íntima y permanente compenetración vivencial entre la invalidez, el autor y la obra constituye parte de la respuesta, como es natural, al porqué de la perdurabilidad de la obra del escritor negro del Chocó. Y es parcial esta respuesta porque mucho cuentan para esa perdurabilidad la extrema intensidad del relato y sus muchas otras calidades literarias.

Sin embargo, no puedo dejar de mencionar un episodio de la obra que, a mi juicio, constituye el clímax del relato. Es el momento en que acontece la unión corporal de dos adolescentes que experimentan por primera vez, sin lujuria y sin pensamientos puestos en el pecado original, las angustias y el placer supremo del amor. Este único episodio, que pudiera asimilarse a la literatura erótica, está narrado con una gran delicadeza, como algo puro pero trascendente. Trasciende todo el resto del relato. Su limpidez no llega a estar empañada por los tintes de sangre que aparecen en alguna sábana y que son la evidencia de una virginidad que fue desgarrada.

Hoy el fabuloso negro Arnoldo Palacios, con sus ochenta y cinco años ocultos en la placidez de su permanente sonrisa, su mirada tan inquieta y persuasiva como lo era en las lejanas épocas de su llegada a París, su conversación siempre fluida y llena de imaginación, ha encontrado reposo en el bien consolidado pedestal de padre y fundador de la novelística afrocolombiana.

Prólogo

Un clásico afroamericano

Óscar Collazos

Arnoldo Palacios nació en 1924 en Cértegui, departamento del Chocó, región selvática cuyo trazado, en el noroeste de Colombia, es un complejo sistema selvático de bosque húmedo en la cordillera del Darién, con costas en el océano Pacífico y el mar Caribe, en el extremo norte, cerca del golfo de Urabá. La región está atravesada por los caudalosos ríos Atrato y San Juan, arterias de comunicación que sirvieron siempre a las migraciones internas.

Los casi 47.000 kilómetros cuadrados del departamento, recién creado en 1947, no eran de fácil acceso desde o hacia el resto del país. Esta circunstancia volvía más dramático el aislamiento de la región, considerada una de las más lluviosas de la tierra.

La existencia de Cértegui, el pueblo donde nació Arnoldo Palacios, se remonta a 1775. En su página oficial de Internet, se dice que «como casi todos los pueblos del Chocó, surge inicialmente con la construcción de unas pocas casas de paja, alrededor de un campamento minero, bajo la dirección de Matías Tres Palacios […], quien por esas circunstancias aparece como fundador de lo que hoy es el municipio de Cértegui».

Por esta razón, la historia del pueblo está ligada a este apellido, «cuyo tronco principal comprende las familias Andrés, Lucas, Juan de la Cruz, Juan Pablo, María Encarnación, Salvador, Francisco, Carlos, Miguel de los Santos, Jeremías, Juan José y Nepomuceno Palacios, de los cuales se han desprendido varias generaciones que se han venido cruzando hasta nuestros días». Desde entonces, las ramificaciones del apellido dominan los libros del registro civil, como si se tratara de una comunidad endogámica, hasta el punto de que cualquier averiguación sobre la familia del escritor conduce siempre a parentescos cercanos o remotos.

A los quince años de edad, Palacios se trasladó de Cértegui a Quibdó para continuar sus estudios. No es difícil imaginar su viaje por trochas y ríos ni admirar la entereza del joven humilde, obsesionado ya con la idea de ser «alguien» distinto. La poliomelitis, que empezó a aquejarlo desde los dos años de edad, lo obligó a hacer grandes esfuerzos para moverse, pero esta circunstancia no fue un obstáculo en su vida. El joven continuó sus estudios de bachillerato en el colegio Carrasquilla de la capital del departamento.

En 1943 viajó con una beca a Bogotá y terminó sus estudios de secundaria en el colegio Camilo Torres, donde se ganó el cariño y la admiración de su rector, el humanista José María Restrepo Millán. Pocos años después, cuando Palacios publicó su primera novela, los comentarios de Restrepo Millán alentarían su carrera.

Regresó por un tiempo a Quibdó, decidido a fortalecer la vocación que lo había llevado a escribir relatos cortos y una obra de teatro sobre Manuel Saturio Valencia —el último colombiano fusilado legalmente por motivos que todavía son tema de discusión y fuente de inspiración de historiadores y novelistas— sacrificio en el cual los chocoanos siguen viendo la mano de una gran injusticia, cometida desde la ley. Manuel Saturio Valencia sigue siendo un ejemplo

de lucha por las igualdades étnicas para los afrodescendientes del Chocó.

A propósito de esta obra teatral, se cuenta una anécdota curiosa. Al parecer, Arnoldo Palacios se propuso ponerla en escena con actores naturales, es decir, gente del común sin experiencia en las tablas, pero el rumor de que los blancos de la capital pondrían una bomba en el teatro le hizo cancelar el estreno de la pieza. Este episodio y, probablemente, la realidad que vivió en su pueblo desde la infancia, se reflejan en su actitud intelectual y en sus obras literarias. Alimentan una conciencia étnica que no lo abandonará en toda la vida.

Años después, cuando Palacios se encuentra en París, dicha conciencia se verá mucho mejor y más profundamente «argumentada» gracias a las relaciones que establece con los escritores africanos y antillanos agrupados alrededor de la revista *Présence Africaine*. El escritor, relativamente provinciano, que madura su formación intelectual en el exilio europeo, conocerá de cerca a escritores, poetas, ensayistas y novelistas destacados de una corriente liberadora conocida con el nombre de «Negritud», forjada en el pensamiento anticolonial de los años cincuenta y sesenta. Uno de los libros fundamentales en esa toma de conciencia fue, sin duda, *Los condenados de la tierra*, del martiniqués Franz Fanon.

En Colombia, antes de viajar a Francia, Palacios no sabe nada de la existencia de Aimé Césaire y Léopold Sédar Senghor; no conoce las obras de Jacques Stephen Aléxis ni Jacques Roumain; ni siquiera conoce la poesía de su contemporáneo René Depestre, autores que forjan la Negritud que va a encontrar ya formulada en el París de los años cincuenta, en algunos casos apoyada en la militancia comunista. París es para Palacios, como para muchos escritores, el lugar desde donde «descubre» las raíces latinoamericanas.

La conciencia del escritor en ciernes está dominada por un sentimiento de justicia y rebeldía razonada, por la indignación que nace de las desigualdades sociales conocidas por él desde la infancia, y por la postración material de los afrodescendientes de su región, pobladores, desde siempre, de vastas regiones explotadas por colonos blancos y compañías extranjeras.

El escritor Alfonso Carvajal recuerda que, en 1947, Palacios está de vuelta en la capital del país. «Vive humildemente, pero la literatura le da fuerzas para vencer obstáculos casi imposibles». Conoce a otros jóvenes escritores de su generación, entre ellos a Gabriel García Márquez, Manuel Zapata Olivella y Enrique Buenaventura; conoce y lee a los poetas del movimiento Piedra y Cielo, se familiariza con la poesía de Jorge Artel y traba amistad con el providencial Carlos Martín, quien «le permite utilizar la máquina de escribir del despacho del Ministerio de Educación», donde el autor trabaja en su novela. Allí, Palacios se desvela desde el año anterior en la escritura de *Las estrellas son negras.* La termina el 8 de abril de 1948.

La fecha carecería de importancia si al día siguiente no se hubiera producido en la capital de la República un hecho que cambió para siempre la vida de la ciudad y el rumbo político del país, determinando de igual manera un cambio de rumbo en la novela colombiana de la época.

Aceptemos entonces que Palacios perdió los originales de su novela aquel día trágico, en circunstancias parecidas a las que vivió García Márquez tratando de salvar su máquina de escribir.

> El 9 de abril —refiere Carvajal— el pueblo lastimado saquea el centro de Bogotá y el edificio Cadena es incendiado. La novela de Palacios es un montón de cenizas que la efímera insurrección se llevó. En medio de la conmoción nacional, el escritor vive su propia desgracia. Algunos amigos, entre ellos el profesor

> Cardona Londoño, le dan ánimos para reconstruir el libro, y con el arma ferviente de la memoria lo rehace en dos semanas.

La historia que rodea la reescritura de esta novela es digna de un pie de página. Pocas veces en la historia de la literatura, las obras perdidas en accidentes inesperados consiguen ser reescritas y satisfacer al escritor. No sucedió lo mismo con *Las estrellas son negras*. Poco después, por mediación de Zapata Olivella —uno de los escritores más generosos que haya conocido la literatura colombiana— los originales de la novela cayeron en manos del editor y escritor español Clemente Airó, un exiliado de la Guerra Civil que había fundado y dirigía la Editorial Iqueima. La novela —cuenta Carvajal— recibió «la bendición crítica de *Ulises* (Eduardo Zalamea), escritor y director del suplemento literario de *El Espectador*, el mismo suplemento donde Gabriel García Márquez había publicado, en 1947, "La tercera resignación", el primero de sus cuentos».

Palacios obtiene entonces una beca para estudiar lenguas clásicas en la Sorbona. En septiembre de 1949 viaja desde Cartagena de Indias a Francia acompañado por la discreta gloria de los quinientos ejemplares impresos de su primera novela. García Márquez, que entonces es un joven periodista de *El Universal* y la promesa más célebre de la novela colombiana, saluda efusivamente el paso del escritor Palacios por la ciudad. Lo había conocido en la turbulenta Bogotá del año anterior.

En adelante, poco se sabrá del escritor. Se sabe que vive en Francia, que ha visitado los países de la llamada «Cortina de Hierro», que su novela ha sido traducida a varios idiomas; se sabe que vive con una aristócrata en las afueras de París, que ha escrito otras novelas, pero la precariedad del mundo editorial colombiano no registra la aparición de las nuevas obras. Nada se sabrá, como no sea por

referencias bibliográficas, de la existencia de dos libros publicados en francés: *Les mamelles du Chocó* y *La forêt de la pluie*.

Conocí personalmente a Palacios en 1966, en una reunión de escritores promovida por Zapata Olivella. Yo era un joven escritor que se sorprendía ante la firmeza de sus argumentos, sobre todo aquellos que se referían a la identidad cultural de los colombianos y al camino que «debía» seguir la literatura para ser fiel a su destino social. Palacios —al igual que su amigo Zapata Olivella— defendía la idea de una «literatura nacional» y se mostraba fiel a la idea del «compromiso» expuesta por Jean-Paul Sartre. Se lamentaba discretamente, y con razón, del olvido a que estaba sometida su obra.

Una nueva generación de escritores —a la cual pertenezco y que se formó hacia finales de los años sesenta del siglo pasado— sabía de la existencia de *Las estrellas son negras* pero casi nadie la había leído, ni la obra se encontraba en librerías. Habían pasado cosas importantes en la literatura colombiana y el regreso de Palacios parecía el de un hijo pródigo, desconocido por todos.

Así, la «modernización» de la prosa novelística, evidente en las primeras novelas de García Márquez (*La hojarasca* y *El coronel no tiene quién le escriba,* de 1955 y 1959, respectivamente); el tránsito dado de la poesía a la novela por el Héctor Rojas Herazo de *Respirando el verano* (1962); los cuentos y la novela posterior de Cepeda Samudio (*Todos estábamos a la espera* y *La casa grande*); la obra narrativa y crítica de Hernando Téllez y otros narradores de la generación de Palacios; la poesía narrativa de Álvaro Mutis; las novelas «rurales» y hondamente humanas de Eduardo Caballero Calderón (sobre todo *Siervo sin tierra*); el salto que estaba dando la narrativa de Manuel Mejía Vallejo para superar el costumbrismo de sus orígenes y dar una nueva dimensión a los conflictos del campo colombiano (*El día señalado,* 1964).

Ya las crónicas y novelas de José Antonio Osorio Lizarazo habían hecho el tránsito del campo a la ciudad (*El hombre bajo la tierra* de 1944 y *El día del odio* de 1952), dando paso al realismo urbano de *La calle 10* (1962) y *Chambacú: corral de negros* (1963), pero, sobre todo, a la madurez de *En Chimá nace un santo* (1964), de Zapata Olivella.

En fin, el inventario de época, que es el inventario de quince o veinte años de narrativa colombiana, podrían cerrarlo las novelas de Arturo Echeverri Mejía (*Bajo Cauca* y *Hombres de Talara*), pero, sin duda, el vacío grande lo constituye la ausencia de *Las estrellas son negras* en el inventario crítico de la novela colombiana del primer medio siglo.

En sus apariencias, la obra de Arnoldo Palacios parecía inscribirse en un realismo tradicional, de corte costumbrista. Pese a ser escrita en una década en la que el llamado «realismo social» rendía un triste tributo al llamado «realismo socialista», de marcados tintes militantes e ideológicos, la obra de Palacios va más allá de esta tendencia, cultivada con más infortunio que aciertos por algunos escritores de propósitos políticos. Es muy posible que si la experiencia individual y social de Palacios no hubiera dejado huellas tan profundas, la sensibilidad social del escritor se hubiera orientado hacia el lugar común de entonces: dar cuenta de la violencia política que se vivía en los campos de Colombia.

La llamada «novela de la violencia» quedaba atrás como un importante episodio de la crónica, empobrecida a veces por la moral civil de los escritores que no pudieron sustraerse a la tragedia y al inventario de sus crueldades, al sello de una intolerancia que sumió al país en una guerra que duró de 1948 a 1957. La renovación literaria y ética que propuso, por ejemplo, la revista *Mito*, con Jorge Gaitán Durán a la cabeza, parecía cerrar el capítulo de la «novela de la violencia», pero lo hacía cometiendo algunas injusticias. El problema

no era la violencia sino la manera de expresarla desde la literatura. Pero Palacios estaba fuera de Colombia y al margen de este debate.

La injusticia era de índole estrictamente literaria: suponer que el habla popular, reproducida de manera significativa en los diálogos de ciertas novelas, las afiliaba al costumbrismo. Este parecía ser el «pecado» de *Las estrellas son negras*: que el narrador pusiera a hablar a sus personajes remedando el habla de su condición social. Pero no había tal pecado: este era un esfuerzo por dar a la novela una mayor verosimilitud, una convención del realismo que el costumbrismo había llevado a sus excesos.

Y Palacios, al concebir el personaje del joven Irra, no solo evitaba los excesos verbales de una mirada patética o piadosa, sino que ponía al personaje a hablar desde el interior de su tragedia. La narración objetiva, lacónica como una cámara, tenía su contrapunto en las voces de los personajes. Ese es el equilibrio que mantiene durante toda la novela.

La psicología de Irra, el personaje central, se introduce en sus reacciones fisiológicas. En esta especie de somatización gradual del hambre y la humillación, Irra deja de ser el personaje de una crónica exterior para convertirse en arquetipo de la tragedia. Lo que nos conmueve en las veinticuatro horas de su joven vida no es tanto la pobreza sino los estragos mentales que provoca, desde la postración anímica hasta la confusión de la ira. El espacio irrisorio donde sobrevive, narrado en detalle por Palacios, traza una frontera simbólica entre la ciudad próspera y la ciudad miserable. Cuando el amor parece redimirlo de tanta miseria y se consuma el encuentro amoroso con la joven Nive, sobreviene otra tragedia.

Encerrado en una realidad que se vuelve circular, Irra concibe la fuga, pero es víctima de la fatalidad: no podrá huir de su entorno, no podrá subir al barco que lo lleve a Cartagena de Indias.

«Las ruinas circulares» de su realidad parecen arrojarlo a una sin salida. Es cuando la novela, más que perfilarse como producto del pesimismo, se vuelve expresión de un destino trágico.

La crítica y los lectores de la época no advirtieron la densidad de este conflicto. Tampoco advirtieron la maestría de la narración objetiva. Un ejemplo: «Contra uno de los ángulos de la cocina, hacia el río, el fogón, armatoste de barro, tosca mampostería de madera; ocupando la mitad del fogón se levantaba el horno, cúpula de barro fino». Otro: «Por la mitad de la cocina, a la altura de la cabeza, pasaba un alambre del cual pendían piezas de ropa mojada, cuya agua se escurría trazando una línea húmeda en el piso».

Ese laconismo, tal vez con un sello de época, es el mismo que encontraremos en *El coronel no tiene quién le escriba*, de García Márquez, y *La casa grande*, de Cepeda Samudio. Lo importante no es la coincidencia sino el cambio que se está operando en la retórica de la novela colombiana.

Los críticos de la época y los autores de muchos manuales de literatura colombiana ignoraron las características literarias de esta novela: la parquedad de su lenguaje, la expresión poética de la miseria, el cuidado extremo que puso el escritor al evitar el panfleto, es decir, la condena moral o política explícitas. Olvidaron algo que parecía haber calado hondo en la concepción de la novela como «crónica y autobiografía», por usar la afortunada expresión de Gérard Genette: que todo personaje reclama una autonomía distinta a la vida y pensamientos del escritor que lo concibe. Los personajes deben condenar o salvar desde sus propias experiencias.

La novela de Palacios, dividida en cuatro capítulos o libros, sigue la trayectoria de su personaje y de los personajes secundarios que acompañan en un día su experiencia vital, los signos exteriores de su tragedia. La ciudad, en su precariedad urbanística, está

tan presente como las orillas del río majestuoso. Las experiencias humillantes se suman una a otra, pero el narrador de *Las estrellas son negras* no apela en ningún instante a la piedad ni a la conmiseración.

La novela del siglo XX conocía, por ejemplo, la expresión literaria del hambre en escritores como Knut Hamsun. Conocía el infierno de las miserias en las novelas de Curzio Malaparte y, por supuesto, las cortes de los milagros que aparecían en las novelas realistas del indigenismo americano: *Huasipungo* de Jorge Icaza, *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, etcétera. No se conocía la experiencia individual e interiorizada del hambre, convertida en delirio de la conciencia. El hambre está en el centro de la pobreza, y esta, en el corazón de un mundo de condenados a sufrirla sin que nada se esté haciendo para impedirlo.

Las buenas y grandes obras literarias sobreviven a la realidad que les dio origen. El mundo que recrearon en profundidad puede transformarse, pueden desaparecer los seres humanos que inspiraron la trama del relato y hasta la mentalidad de época. Las obras literarias superan la realidad que les dio origen y adquieren vida propia. Sobre todo las novelas, que se escriben desde la condición humana.

Pensaba esto al aceptar la oferta que me hizo en 2006 la revista *Arcadia*: escribir un artículo que comparara el paisaje de la novela con el paisaje actual de la realidad, es decir, el paisaje de las miserables orillas del río Atrato, en la capital del Chocó, con el paisaje que Arnoldo Palacios había pintado en su novela. Temí que la realidad no tuviera el sello de tanta pobreza y miseria, que estos elementos solo existieran en la novela publicada cincuenta y siete años atrás. Celebré que hubiera sobrevivido felizmente a las conspiraciones del tiempo y a las acechanzas del olvido, que su pesada

carga documental no la hubiera convertido en simple expediente sociológico. En fin, celebré que siguiera siendo una conmovedora obra literaria.

Lamenté con tristeza que la realidad de Quibdó —su escenario— siguiera siendo la misma o acaso más perturbadora que la de hace medio siglo. Sin embargo, seguí pensando que novelas como estas deberían sumarse al patrimonio de una cultura.

En 1971 se publicó una segunda edición colombiana de *Las estrellas son negras,* pero los malentendidos de la crítica la condenaron injustamente a seguir siendo una pieza rara en el museo de la novela colombiana. La tremenda denuncia social que hay detrás de su historia, el descubrimiento de un mundo de miserias inédito en la novela de la época, la aparición del mundo afrocolombiano visto por un escritor afrocolombiano que ofrecía este expediente autobiográfico a través de un personaje magníficamente estructurado, estas y muchas otras cualidades no bastaron para recuperarla del olvido e introducirla en la academia y en el canon de la narrativa colombiana.

Lo mismo estaba sucediendo con los relatos de otro afrocolombiano, Carlos Arturo Truque, nacido en el Chocó y residente en Buenaventura. Una apreciación bastante superficial la consideraba «demasiado costumbrista», pero Truque «hablaba» de las mismas violencias con el rigor de un excelente narrador de historias trágicas y tristes. La violencia política que no aparece en las novelas de Palacios asoma en los relatos de *Vivan los compañeros.*

En 1998 se hizo de nuevo justicia con la obra de Arnoldo Palacios: el Ministerio de Cultura le hizo un homenaje y con este se conoció otra edición de *Las estrellas son negras*. La edición llevaba un prólogo del periodista y escritor Antonio Cruz Cárdenas y recuperaba el texto entrañable que José María Restrepo Millán escribió para la segunda edición.

> Lo cierto es que, medio siglo después —escribía Cruz Cárdenas— *Las estrellas son negras* está ahí, ahora, no solo como relato literario de gran valor sino como testimonio de una raza, la negra, minoritaria y marginada, cuyos padecimientos de escasez, injusticia y desigualdad son comunes, también, a una gran parte de la población colombiana.

En uno de los apartes de este prólogo se sabe un poco más de la vida personal y familiar del escritor. «Palacios ha viajado por Islandia, Rusia, Estados Unidos e Italia y desde hace veintitrés años vive en Francia con su esposa Beatriz, de nacionalidad francesa, y sus hijos Paul, Eloísa, Matías y Leopoldo», dice el comentarista.

Una nueva edición de la novela apareció en 2007, con el sello de Intermedio Editores. Poca cosa para los sesenta años de vida de un libro esencial para la literatura colombiana.

La recuperación de *Las estrellas son negras* para el canon de la literatura colombiana ha permitido conocer, en voz del propio novelista, aspectos ocultos de su vida de escritor. Palacios cree en la fidelidad del autor a sus orígenes y condición social, insiste en la búsqueda de las propias raíces y en la estrecha relación que guardan autobiografía y creación literaria.

El reconocimiento de la academia ha permitido que se conozcan otros libros suyos: *Buscando mi madredediós* (Universidad del Valle y Ministerio de Cultura, 2009) y *Cuando yo era joven,* una recopilación de sus escritos periodísticos.

Las estrellas son negras

Y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron
vientos, y combatieron aquella casa; y no cayó:
porque estaba fundada sobre la peña...

MATEO, *El sermón del monte*

A Matilde Espinosa y a la niña Clarita.

Porque fe y alegría me infundieron, enseñándome que

la bondad del corazón no muere todavía...

LIBRO PRIMERO

Hambre

IRRA BAJÓ A la playa con el ánimo de embarcarse a pescar. Llevaba la boya en la mano, y lombrices dentro de un mate lleno de tierra húmeda. Vestía unos calzones de baño, reducción de pantalones largos ya demasiado despedazados de viejos. Miró sobre su cabeza el cielo azul, y sobre el Atrato la luz vesperal plateando las ondas.

Sentado en la nariz de la piragua estaba un viejo arremangándose los pantalones remendados. Él, con más de ochenta años de edad, cabeza pequeña, calvicie reluciente en su cráneo negro chocolatoso, orlado de cabello motoso hacia las orejas y la nuca, cara huesuda, sienes y mejillas hundidas; una mirada apacible emanaba de ojos pardos, oscuros y profundos. Su nariz chata dejaba escapar unos pelitos que se entrelazaban al áspero bigote amarillento, empapado de sudor. Los labios gruesos, salivosos, se mantenían abiertos, mientras cuatro dientes curtidos mordían el cabo de madera de la pipa de barro. Su rostro descarnado, relievado de arrugas, traslucía profunda conformidad, cierto desprecio por lo pasajero y fútil, recia responsabilidad ante la vida larga que lo había fustigado desde el momento en que le regaló el primer rayo de luz. La cabeza dura, forjada a martillazos sobre

una roca milenaria, se erguía sobre el cuello rígido saliente del busto esquelético que descubría patente la forma de las costillas, del esternón y de las clavículas. Hacia el estómago, el vientre se hundía cual una bolsa desinflada. ¡Oh..., qué brazos más lánguidos pendientes de unos hombros! Se creyera que, al morir el viejo, esos brazos con los cuales se había batido podrían servirle de cirios.

Irra contemplaba al viejo arremangarse los pantalones, amarrados a la cintura mediante una cuerda de cargadera. Y continuaba con la pipa en la boca, de la cual fluía un hilo negruzco de baba nicotinosa; el hilo de baba le iba humedeciendo la barba, el pecho desnudo, cosa que no le importaba. El viejo se levantó dirigiéndose a alzar la palanca tirada en la playa.

—Deben de sé laj tré —dijo, echando una mirada al sol.

—¿Me lleva con usted, compa? —le preguntó Irra, comprendiendo que el hombre se iba en esa piragua, y en el acto Irra se embarcó.

—No puero... no —replicó el viejo con su voz cavernosa, frunciendo los labios—. ¿Ujteren pol qué son tan abusivos...? ¡Sárgase!...

Irra, erizándose, arropó al viejo bajo una mirada furibunda. «Negro desgraciado, hijuep... Debía reventarte esa cara mugrosa...», pensó.

El viejo lo miró despectivamente, escrutando a través de su rostro las insolencias que se agitaban en la mente del muchacho. Y le habló fijando en él sus pardos ojos profundos:

—Vea vé... —le dijo, reposado—. Yo no l'echo ná a vusté... Lo que sucere é que yo vo a pejcá, y mi piragua é mú chiquita..., ¿aluyó?... y vusté mi ha di hacé ruiro... Yo juí mú amigo der juinao tu pagre... Pu eso jué que no te metí una gajnatara pol marcriaro, y te paltí eta palanca en la nuca... Sin embalgo, embalcáte pué pa que nó vamo a salí con tío pásame al otro lao... Er compa jué un gran hombre... güen amigo... ¿tá uyendo?... Era mú selviciá... loj queríamo bastante...

Ya se oía el rugido de los motores de pequeñas lanchas repletas de bañistas, lanchas rojas recorriendo el río, agitando las aguas. Sabroso debía de ser bañarse así, y que cuando le disminuyeran la velocidad uno se lanzara a nadar y que luego volvieran a recogerlo a uno... Eran lanchas del Gobierno y se las prestaban a los blancos. El intendente era blanco también, tenía roce social, era de primera, por eso el intendente facilitaba tales vehículos a los empleados blancos. Las muchachas mostraban sus cuerpos requemados, fresquísimos, con senos llenos, apretados bajo el traje de baño. ¡Qué linda aquella, qué caderas!... El cuerpo de Israel se erizó por el deseo de acostarse con esa muchacha... ¡Qué tal aguardar la caída de la tarde y tumbarla sobre la arena!...

Tres meses de verano. Eran las postrimerías de febrero y el calor había llegado a su grado más sofocante. Por eso estas tardes las gentes se dedicaban a bañarse, y cuando el tiempo se detenía en las cuatro de la tarde la romería de bañistas era una confusión en la playa. El rugido de los motores y el grito de las gentes alegres no cesaba en el viento.

Mohíno, avergonzado ante el viejo, Irra se quedó, pues, en la champa, sentado en el plan. ¿Qué mal hacía este campesino al decir que la piragua era muy estrecha? Ahora sentía palpitar dentro de su corazón las frases suaves y cariñosas del anciano. Con cuánto afecto había evocado la memoria de su padre, queriendo tal vez significar que el hijo no merecía el nombre del progenitor. El viejo, con su mano huesuda, agarró la nariz de la champa y la empujó arrastrándola. Y de un salto se embarcó, cogiendo el canalete que estaba dentro de la piragua. La champa produjo un oleaje y el viejo empezó a bogar.

Atravesando el río la champa galopaba sobre las plateadas ondas. El viejo dirigió sus ojos pardos hacia el grupo de blancos desnudos que se movían en la playa opuesta. Se sentó, dejando de bogar, atravesando

el canalete sobre los bordes de la piragua... Sacó de su boca la pipa de barro, apagada, y comenzó a hurgarla despaciosamente con una astilla de madera que sacó del bolsillo de su pantalón; de otro bolsillo extrajo un solo fósforo, mugroso, y rastrillolo contra la borda de la piragua; metió nuevamente la pipa a la boca, y la llamita titilante al viento empezó a quemar la picadura encenizada. El viejo, machacando el cabo entre sus cuatro dientes, comenzó a bombear la pipa; el humo de esta iba ascendiendo en espirales azulosas y las bocanadas que exhalaba el viejo desbarataban las espirales. La brisa constante disipaba rápidamente el humo, quedando penetrante olor a nicotina. Flotaban en la mitad del Atrato. En la orilla derecha veían la ciudad de Quibdó, con una profusión de puntales esqueletudos sosteniendo las cocinas de las casas. Sí, las cocinas destartaladas de las casas de los negros y los blancos. Por allá abajo se movía en la playa un hormiguero humano que alborotaba pies y manos entre las canoas de plátanos, agitándose los gajos en las manos del hormiguero viviente. Un poco más arriba, en el puerto de la «casa» de mercado estaba anclado un pequeño barco llegado de Cartagena la tarde anterior. Lancha grande, sin camarotes, ni nada de eso... Simplemente una lancha de carga: en uno de los costados de la embarcación se advertían unas letras negras; pero desde donde iban Israel y el viejo no se alcanzaba a leer el nombre... Ah, sí..., la *Santa Teresita*.

Irra empezó a sentir una desazón en el estómago. Hambre. ¿Cómo era posible soportar tanto tiempo sin comer? Miró su anzuelo y las lombrices dentro de la totumita llena de barro. «Pueda ser que me pesque unos cuantos charres hoy —pensaba—. Aun cuando rabicoloradas prende este anzuelo...». La desazón se iba esparciendo a todo el cuerpo... Sintió náuseas, un vahído... Se incorporó, sosteniéndose del borde de la champa. El estómago se revolvía

produciéndole un cosquilleo, ansias de vomitar... Sacó la cabeza hacia el río... Se miró su imagen en el agua... Y el primer empujo de vómito... Su garganta gorgoteaba y sentía que el estómago se le saltaba por la boca... Pero nada arrojaba... Se apretó el vientre y luchaba por vomitar. Hasta que fue saliendo una cosa verde, viscosa, que sabía amarga...

El viejo abrió tamaños ojazos y cesó de bogar.

—¿Qué é lo que te pasa, eh? Yo te dije que me veníai a peltulbá mi estino... ¿Yeso que tái gomitando nu é bile, pue? Sea pol Dió... —y acto seguido timoneó la champa hacia el punto de partida.

«¡Viejo maldito! ¡Negro infame!», pensaba Israel. «Me has hecho una brujería... Me has puesto a vomitar... ¡Quién sabe qué me habrás metido a la barriga! Si no querías que me embarcara en tu champa podrida, ¿por qué no me pegaste y te desgüevaste conmigo?».

Extenuado, la comisura de los labios amargada por el vómito verde, se tendió de espaldas en el plan de la piragua. Yacía allí rendido, nervioso, mirando vagamente el cielo claro sobre su frente. Se sentía caliente. No entendía bien lo que estaba sucediendo, ni dónde se encontraba. El hambre lo había debilitado y quizás el viento le acabó de hacer daño. Le parecía que entraba ya la noche. Y que la ciudad se reflejaba bajo las aguas como los castillos de las viejas leyendas... Y que en la bóveda celeste parpadeaban las estrellas, los luceros que luego navegaban en las ondas del río... Y la más inmensa de todas las estrellas, el lucero de la Boca de Quito, estaba allí rasgando las tinieblas, quitándole el pavor al silencio nocturno. Ahora cruzaba por su mente una sensación como la de las películas en serie que daban en el teatro: Tim McCoy... Warner Baxter... El macho —como denominaban ellos, los muchachos, a los protagonistas—.batiéndose en el corazón de la selva... Debería ser una selva enmarañada, repleta de leones, serpientes, y toda

suerte de bichos venenosos, como los que hormigueaban en la selva chocoana. ¿Por qué a los que hacían películas no se les ocurría venir a filmarlas en el Chocó? Tal vez allí podrían conseguirse artistas tan machos y mucho más verracos que Tim McCoy... Irra se sentía magullado, ardiente, quemado por un fuego atizado en su sangre; el ardor subía a través de sus nervios y sus huesos, desde la punta de las uñas de los pies y de las manos, hasta la última célula de la cabeza; y las llamas luego se diseminaban por todo el organismo, para confluir en el corazón, del cual arrancaban devorándole el pecho, convertidas en lava y materias inflamables... Le dolía fuerte el estómago... El hambre... Cierto... No había comido... Ni su mamá ni sus hermanos tampoco habían pasado bocado, como no fuera esa saliva amarga, pastosa, que él se estaba tragando ahora trabajosamente... Tuvo entonces la noción clara de que en todo el día solamente había tragado un pocillo de café negro... ¿Y ayer? ¿Qué había comido ayer? Nada. Exactamente, había almorzado cada cual con un pedazo de plátano asado, sin tomarse una gota de agua de panela. ¿Dónde estaba Dios? ¿Por qué Dios no se compadecía de ellos, y les dejaba algo a la entrada de la puerta? ¿Por qué no venía Dios una mañana, o una noche, y les dejaba un poco de arroz y plátano, o unos dos pesos siquiera en la cocina? Irra se incorporó procurando mantenerse sentado, sostenido de sus brazos agarrados a los bordes de la champa. Estaba atontado. No fijaba la vista en nada concreto, aunque sí iba volviendo en sí. Trató de ponerse en pie, pero tambaleó y cayó derribado... Casi va al agua. ¡Claro! Pues, si estaba en el Atrato, dentro de una piragua celosa...

Silencioso, el viejo seguía bogando..., ganando la orilla... La champa tocó tierra, arrastrándose un cuarto de su largura... A tal choque Irra se fue de bruces... Poniéndose en pie luego, saltó a tierra,

aturdido, friolento. De reojo miró a una muchacha desnudándose, pero no le importó; se sentía tan mal que corrió a su casa, la cual estaba a unos treinta pasos de la orilla. Tras de sí escuchó ruido de cadenas; alguien aseguarando una canoa.

Irra se detuvo un instante, disparando una mirada hacia la casa, enfocándola. El sol reverberaba bajo el cielo azul, cruzado de algodonosas nubes errantes. La casita estaba separada de las demás de la acera, sobre la callejuela inclinada que descansa en la playa arenosa, a la orilla del Atrato. Del río sopló un vientecillo removiendo las basuras de la calle empedrada, alborotando el polvo de la tierra reseca. La casa se elevaba de la tierra en algo más de un metro, y aún más por detrás, de manera que se veían desde la calle los puntales nudosos, endebles, esqueletudos, embarrados. La acera de esa manzana era un terraplén de barro mezclado con arena, sostenido por un paredón de tablones podridos, de suerte que estaba completamente derrumbado; y para caminar por encima de él, peor si había llovido; era imprescindible agarrarse por las rendijas de las paredes. El andén correspondía apenas hasta la casa contigua, unida a la de Irra mediante el corredor entablado que hacía de andén en la casa de Israel. El corredor cimbraba al menor peso, con algunas de sus tablas en falso y otras rotas. Una corta escalera de madera, a la cual faltaba el penúltimo escalón, servía para bajar de la casa a la calle o subir del río. La pared de palma del frente estaba desvencijada, desempañetada casi por completo, y la cal con que había sido blanqueada tiempo atrás ahora había adquirido un color verde tierra por el moho; hacia arriba el pañete blanqueado estaba un poco más conservado. La paja podrida del techo humeaba titilante, sembrada de musgo verdoso. Un pajarillo cenizo brincaba sobre la paja, alzaba la cabecita, introducía el pico por aquí, por allí; el pajarillo se metía por el tragaluz del caballete y volvía a salir con alguna brizna atravesada

en el pico; sacudía aquello y seguía picoteando... Sí, el pajarillo era un cucarachero. Irra se agachó cogiendo una piedra redondeada. Se acercó un poco, mirando fijamente el pajarillo; alzó el brazo con la piedra apuntando a la cabecita del animal... Pero... ¿para qué? Eso no era comida...; era un cucarachero. Bajó el brazo y el puño se aflojó soltando la piedra. Junto al pajarillo la brisa agitaba las hojas de una matica aniquilada. ¿Cuándo habrían empajado la casa? Por lo menos hacía treinta años... ¡Uff!... Las maticas que nacían allí tal vez eran producto de semillas traídas por los pájaros..., por el viento. Bajo el alero del techo, hacia la parte superior de la pared, esquina final de la calle, de una tablita saliente del radio de la casa, pendía una pantalla esmaltada... para alumbrar aquel último sector del pueblo, en la noche. La lámpara eléctrica estaba pegada a la casa, pero no para ellos; sus destellos solo se esparcían hacia la playa arenosa, hacia la calle, hacia el espacio. Ellos se alumbraban con lámpara de kerosene... ¡Ah, vida!...

El viento aún soplaba alborotando las basuras y la nube de polvo llenaba la calle. Irra automáticamente selló los párpados y se restregó las pestañas con el dedo índice. El polvo se le había metido a los ojos y ahora los ojos le ardían humedecidos. El ambiente estaba impregnado de un hedor nauseabundo.

Al abrir los ojos pudo ver subir del río a un campesino con el canalete en una mano y un tosco banco de madera en la otra; colgando de la mano con que sostenía el canalete espejeaba un pescado, dentón, tieso, cuyas escamas plateaban al sol... ¿Cuánto valdría el dentón? Por poco, valdría una hoja... Sabroso era un caldo de pescado aborrajado.

Ya dentro de la casa, en la primera pieza, Irra rociaba vistazos por aquellas paredes mugrosas, amarillentas. La puerta de enfrente se mantenía de par en par, y así cualquiera podía escudriñarle las

vísceras a la habitación, desde la calle; el viejo mostrador, el armario maltrecho, forrado detrás en papel periódico, lleno de papeles mordidos por las ratas. Irra siguió más adentro, tras el armatoste de armario, adonde estaba su catre; el catre estaba desnudo, tirada encima en desorden una almohada cuyo forro presentaba numerosos rotos y agujeros por donde se brotaba la lana, que ahora estaba esparcida en la cobija de algodón rojo, arregazada... Con el rabo del ojo miró pendiente de la puntilla clavada en la viga carcomida el tiple mohoso, desencordado, astillado el costado, y con tres clavijas nada más. Acudió a él cierta nostalgia; el instrumento abandonado. ¡Cómo se había divertido él con ese tiple!... «*Era un cieguito, a quien siempre el tren llevaba*». Aquella canción mil veces la había cantado. Continuó caminando con la preocupación fundamental, el imperativo del estómago chirreante, vacío; la fuerza del hambre. Andaba con el cuerpo pesado, bajo una sutil incertidumbre... Tal vez sobre la mesa le habían guardado el almuerzo... Quizá ya estaría frío. Pero no importaba. La boca se le hizo agua, ante el retrato vivo del plátano asado, tostadito. Pasó rozando la puerta abierta que conducía a una habitación oscura, rancia, y penetró a la cocina, donde lo arropó el fresco de la brisa silbante soplando del río. Ávidamente clavó la vista sobre la mesa. «¡Cómo! ¿Entonces le habían guardado la comida en otra parte... debajo de una escudilla volteada, en el platero?»... Disparó la mirada al pequeño armario de madera, clavado alto contra la pared: tal vez sí. Acercose y volteó las dos viejas escudillas de loza ordinaria, pintarrajeadas con florecitas azules y rojas. Pero debajo de las escudillas no había nada. Unas hormiguitas negras recorrían tontas, zarandeándose, una tabla del platero, oloroso a la panela que había habido allí por la mañana. Tal vez habría todavía un pedacito de panela detrás de los platos recostados de fondo contra la pared. Israel apartó los cuatro platos de esmalte,

descascarados, pero consiguió apenas una hoja untada de miel de panela. La hoja estaba plagada de hormigas apeñuscadas, hormigueando. Debilitado aún más por la desilusión dio tres pasos atrás, dejándose caer sobre un cajón junto a la mesa; las tablas de pino cedieron un poco al peso de Irra, quien leyó en letras negras, en uno de los costados del cajón: «Jabón La Aurora». Bostezó, lanzando un profundo suspiro. Y paseó sus ojos por toda la cocina. Se fijó en la mesa vacía; una pequeña mesa de madera, maltrecha, tres patas, pegada a la pared para evitar que se cayera; sobre la mesa, extendidos, unos periódicos manchados de café tinto y grasa de caldo. A los lados dos asientos de madera, aflojados, forrados en cuero de res, cuero roto y pelado. Contra uno de los ángulos de la cocina, hacia el río, el fogón, armatoste de barro, tosca mampostería de madera; ocupando la mitad del fogón se levantaba el horno, cúpula de barro fino. No se notaba una chispa de candela. Todo aquello veíase muerto, inanimado; los maderos inmóviles y la hoja de un cuchillo oxidado, enterrada de punta. El piso enteramente podrido y las paredes desvencijadas cimbraban al menor impulso. La brisa penetraba alborotando la ceniza, que se regaba en el suelo, sobre el cual había diseminadas cáscaras de plátano y terroncitos negruzcos de estiércol de gallina. Por la mitad de la cocina, a la altura de la cabeza pasaba un alambre, del cual pendían piezas de ropa mojada, cuya agua se escurría trazando una línea húmeda en el piso. Ahí estaba la camisa de él. Quién sabe si se alcanzaría a secar para mañana. La que tenía puesta ya estaba demasiado sucia; además, rota por la espalda y desprendidos tres botones. Sintió por un instante el olor de la camisa limpia cuando se la iba poniendo recién planchada. Daba gusto ponerse una camisa limpia, almidonada, bien soleada; era agradable el olor de la ropa limpia. ¡Pero cuán pocas veces él sentía sobre su cuerpo el crujido de la ropa almidonada!

Irra se levantó del cajón, dirigiéndose a la paliadera, entarimado que daba al río. Dos grandes platones de madera estaban boca abajo y el otro rebosante de agua con espuma de jabón. Al extremo viejas canecas oxidadas, rotas, con algunas matas verdosas, marchitas por el verano: albahaca, cebolla, yerbabuena. El ambiente se aspiraba saturado de las plantas aromáticas. Irra arrancó una ramita de yerbabuena, la llevó a la boca y empezó a masticarla. ¡Ah, qué sabor agradable, refrescante!, saboreaba la yerbabuena ligeramente picante. Tragó la saliva aromática, mientras aspiraba del ambiente el aromado olor de las plantas. Miró hacia la desembocadura del río Quito. Canoadas de campesinos deslizábanse, repletas de leña, plátanos, carbón, hojas para envolver. Y más lentas, más perezosas rodaban las champas de pescadores. Irra sintió deseos de defecar. Sí. Debía hacerlo desde allí, dando la espalda al río. ¡Qué! ¡Imposible! El río estaba atestado de gentes bañándose. Las muchachas se arremolinaban en la playa gritando, mirando contentas a todos lados, y en una de esas miradas podrían observarlo a él durante semejante cumplimiento del deber fisiológico. Era una vaina que la casa no tuviera un sanitario, por malo que fuera. Irra continuaba masticando la yerbabuena, y mediante la lengua logró hacer una pastica que ahora iba segregando un sabor amargo. Permaneció pensativo unos minutos. Tal vez hilvanando la idea de vender el tiple.

Volvió a entrar en la cocina y escupió la blanda bolita que había formado de la yerbabuena. Otra vez observó el fogón apagado, diciéndole que no había esperanza de comida por el momento. El fogón le hablaba tristemente, pero convencido de la verdad. Ni leña había donde la ponían. Y como la brisa soplaba, soplaba, la ceniza gris del fogón apagado se esparcía por el suelo, y se adhería a la ropa lavada pendiente del alambre. Los platos boca abajo, y el vaso de aluminio, despachurrado, vacío, le decían a Irra que no tenían

nada qué ofrecerle para comer. Una gallina cacareó, removiéndose en su nido debajo del fogón. Irra se agachó, asomándose a observar detenidamente la gallina. Claro, una gallina gorda. ¿Por qué no matarla y comerla inmediatamente? Pero entonces no podrían vender el huevo que ponía diariamente. ¿El huevo de hoy? Irra se agachó más, estiró su cuerpo, templó el cuello, alargó el brazo para agarrar la gallina; esta se sacudió, arrinconándose más. Irra le lanzó otro zarpazo, deseando estrujarle de una vez la cabeza o rasgarle el vientre con las uñas. La gallina, asustadiza, saltó de su nido, alejándose bajo su plumaje blanquinegro-amarillento-cenizo. Resolvió dejar en paz a la gallina y se puso de pie. Tenía la mirada sombría, rucia la tez morena, el ánimo decaído; su estómago chirriaba vacío. Desalentado, caminando atontado, arrastrando los pesados pies, abandonó la cocina. ¡Ah!, no había entrado al cuarto oscuro donde dormían su madre y sus hermanas. Tal vez allí le habían dejado algo. A veces guardaban comida en ese cuarto, al cual entró Irra. Pero nada. Igual: trastos amontonados; tres viejos baúles carcomidos; una cama de madera sin colchón, tendido en ella un petate desnudo, dos almohadas de lana sin sobrefundas, agujereadas, sucias, babeadas; arrebujada, una punta colgante, coloreaba la colcha de retazos mugrientos. También canastos colmados de chucherías, y tiradas en el suelo dos esteras envolviendo almohadas y sucias cobijas de lana cuyos extremos asomaban del envoltorio. Debajo de la cama, visible, una bacinilla descascarada, desorejada, rebosante de orines amarillentos, espumosos, que impregnaban el cuarto de un penetrante olor a ácido úrico. La habitación era oscura y se sentía en ella un calor exasperante. Se podían distinguir las cosas mediante los rayos de luz que se infiltraban por las desvencijadas paredes. Caminó hacia la repisa, pequeño altar lleno de imágenes, litografías, excepto un san Francisco de Asís, de yeso. Israel contempló

inmóvil la imagen de san Francisco, con su rostro inexpresivo, ahumado, turbios ojos elevados. Pero a medida que Irra miraba al santo y le pedía íntimamente muchas cosas, el hermano de Asís, este yeso inexpresivo, se iba animando y sus ojos parecían mirar directamente a Irra. Delante del altar una lámpara de aceite apagada. Casi siempre permanecía encendida, ungiendo con su aliento los rostros de vitela y yeso.

Irra cruzó los brazos. Y balbuceó una oración: «Dadnos, Señor, algo que comer esta tarde. No hemos comido desde ayer. Ayer almorzamos cada uno con medio plátano cocido no más. Acuérdate de tus hijos, Señor mío Jesucristo. Y no nos dejes perecer ahogados en tanta miseria...».

Irra tragó una pasta de saliva y desvió su mirada hacia el rincón donde fififeaba una manada de ratones. Debía salir a la calle en busca de algo. Pero todavía no se había puesto la ropa. Aún tenía los calzones de baño. Volvió a sentir la urgencia de ejecutar cierta necesidad fisiológica, y se colocó junto a un inmenso roto en el piso, a través del cual se veía al fondo la tierra húmeda. Se bajó los calzones y poniéndose en cuclillas... pujó. Algo se descargaba sobre la arena como blandojas pelotas de barro. Se asomó abajo y observó los puntales chorreados de masa reseca, poblada de moscos. Irra se incorporó. Aspiró una ancha bocanada de aire, aire viciado del cuarto, y salió de este, dispuesto a vestirse.

Volvió a contemplar el tiple. Tan pronto Irra tuviera dinero mandaría componer el tiple y le compraría encordado completo. O... —una idea brillante—. ¿no encontraría quién le comprara ese aparato? ¿Cuánto le darían por él? «*Mas cierto día al darle un beso... no sé qué cosa pasó por mí...*». ¡Cómo suenan de bien al oído aquellas viejas canciones! Es quizá la vida pasada, cuyo recuerdo angustia porque no volverá nunca. Quizá el tiple lo compraría alguien. ¿Cuánto le

darían por él? Cinco pesos, quizá... Pero ¿cuánto costaba un tiple nuevo? El estómago de Irra chirreó, recordándole nuevamente el hambre. Se acercó a la viga, descolgó el instrumento, acariciándolo, esperanzado: mejor, cuando consiguiera plata compraría un tiple nuevo. Lo pediría a la casa Conti de Bogotá. Ahora saldría a la calle, el tiple bajo el brazo, a negociarlo de cualquier forma. Inclusive aceptaría cambiarlo por panela y pan, o por cinco centavos de bananos maduros. ¡Ah, vida!... Una vez su mamá hizo una comida: sancocho de carne de cerdo y de res, con yuca, plátano, cebolla, culantro... La boca de Irra se le hacía agua... Y un arroz seco... Todos comieron bastante, y todavía sobraba en las ollas. La mamá les echaba más a sus platos, y ellos comían a sus anchas. Y todavía quedaba comida en las ollas. Pero al fin ellos se hastiaron. La mamá les rogaba que comieran más. Pero ellos se sentían demasiado llenos, y ya miraban con desprecio semejantes sartenes de comida. Toda la tarde permaneció sobre el fogón la cantidad de comida y ellos pasaban delante, como si nada hubiese. Ahora esa comida se le representaba patentemente como aquella vez. Se le representaba en la mente y hasta gustaba el sabor. Pero no la encontraba. ¿Cómo fueron ellos capaces de no habérsela comido íntegra? No entendía cómo habían dejado las ollas con carne y arroz. ¿Por qué no se comieron todo? Y no era posible revivir esa comida. El hijo del señor de la esquina tal vez le cambiaría el tiple. Era un buen muchacho y ahora estaría cuidando la tienda mientras el padre almorzaba. Allí había hoy un racimo de bananos. ¡Qué bananazos! Llenaban con su esencia toda la tienda. El muchacho había manifestado a Irra que deseaba una bandola. Lo del tiple le sonaría. Irra observó la única cuerda de acero, oxidada, que le quedaba al tiple. Hizo girar la clavija y la cuerda gimió, un gemido doloroso, como de una cosa moribunda. Irra hizo girar más, un poco más la clavija, y la cuerda volvió a gemir. Pero el

instrumento se encorvó, despegándose aún más de la tapa anterior. Con el hambre que tenía ahora Irra era capaz de engullirse hasta la sábana santa. Con la uña del índice, dedo nervioso, nervioso quizá por la debilidad orgánica, con esa uña ancha pulsó la cuerda. La pulsó con la timidez de los niños que creen que tocando levemente una cuerda, esta no va a sonar fuerte. Pero la cuerda sonó llenando toda la habitación con un sonido bronco cansado. Lástima no tener más cuerdas. Irra pensó en el maestro Rícar. Qué bien tocaba. Hacía tiempo que había desaparecido. Unos decían que vivía en Panamá. Otros que había muerto tísico en Cartagena. La primera vez que Irra probó aguardiente fue una noche. Se encontró al maestro Rícar en una casa de mujeres.

«Venga muchacho», le había dicho. «Yo te estimo mucho porque tu papá fue mi amigo inseparable... Muchas veces me amanecí con él tomando trago. ¡Ah, qué gran amigo!...». Al maestro Rícar se le humedecieron los ojos... «Como yo he sido tan andariego, trasnochador, vago, no me encontraba aquí cuando él murió... Lloro cuando recuerdo que no estuve para haberle echado siquiera una pelota de barro en su sepulcro...». Gruesos lagrimones granearon sobre la camisa sucia del maestro Rícar... «Sí, a mí que me salvó la vida, hace dieciséis años este veinte de julio que viene... Un sinvergüenza quiso asesinarme vilmente, por la espalda, por culpa de una de esas negritas patirrucias... Y tu papá... ese gran padre que tuvieron ustedes, me salvó milagrosamente... Sí, Irra, sentate y acompañame a beber. El aguardiente es lo único que alienta. Nadie me comprende. Ellos no saben cuántas penas he sobrellevado. Es por mi dolor que me emborracho...». El maestro Rícar, con su tosca mano de hinchados dedos, se enjugó la cara negra, sudorosa, y sacando del bolsillo un pañuelo húmedo, maloliente, se limpió el catarro. «Si la vida no fuera tan mala conmigo yo no hubiera descendido al vicio... Y sin

embargo me río cuando esta parranda de imbéciles se burlan cuando me emborracho y vendo mi ropa para beber más. Yo me río de los tales buenos ciudadanos. ¡Qué negra tendrán la conciencia! ¡Y cuántos daños tendrán qué pagar en el infierno cuando mueran! Sí... Yo soy malo, yo soy borrachín... Y todo el mundo sabe que maté a mi mujer. Porque la maté me llaman reo. Pero yo la maté por puta. Tuve el valor de despacharla, cuando los buenos se rascan las güevas... ¡Cabrones!... ¡Gach!... ». El maestro Rícar, todo nervioso, golpeó la mesa con la copa. La cantinera vino...

«Y yo», recordaba Irra, «bebí aguardiente. No supe más nada. Me emborraché horriblemente. Casi me matan de la paliza que me dieron en la casa cuando me fui apareciendo, trastabillando, a las seis de la mañana... Tal vez debe de ser mejor vivir borracho en cambio de andar con la barriga llena de viento todo el día... Varias personas venidas de Cartagena cuentan que él murió tísico; lo encontraron dentro de una letrina pública, al lado de su guitarra; dizque ya se estaba descomponiendo. O ¿tal vez estará en Panamá? Me acuerdo el año pasado, cuando el maestro Rícar se emborrachó de seguido. Recién vino de Puerto Berrío trabajaba juicioso cosiendo pantalones, fabricando perfumes, sirviendo de organista en la iglesia... ¡Qué bien cantó durante los funerales de la reverenda hermana Laura! ¡Dios me perdoné!». Irra se hizo la señal de la cruz... «Yo le toqué los senos a la hermana Laura, la noche en que se fue la luz. Algunos muchachos nos ocultamos tras los almendros del parque, aguardando la salida de las niñas internas del colegio, que solían ir a la iglesia todas esas noches de Semana Santa..., ¡perdóname, Dios mío!... Pero después, como a los seis meses, el maestro Rícar se dedicó a beber a la diabla. Se metió a una cantina. Y cuando no le quedaba nada, vendió zapatos, camisa, pantalones, y se dirigió a su casa en calzoncillos, a plena luz del día. Permaneció bebiendo

cerca de cuatro meses seguidos. ¡Increíble!... Tal vez sí es verdad que murió. Debió de morir alcoholizado. Pero aseguran que cuando se fue de aquí ya iba enfermo del pecho...».

Pensativo, Irra alargó su brazo, y colgó nuevamente el instrumento. La vieja cuerda volvió a sonar sordamente en aquella habitación.

La mamá no llegaba. Raro. Muy temprano se había marchado a la Yesca para lavar un montón de ropa ajena. Unos sí tenían para desayunarse, almorzar, merendar. Los sirios y los antioqueños eran propietarios de grandes almacenes... Los blancos estaban empleados en el gobierno. Esos vestían bien y fumaban cigarrillos finos. Pero los negros nada. ¡Maldita nada! La mamá se mataba trabajando día y noche. Lavaba ropa, planchaba, cocinaba, hacía vendajes... Sin embargo, siempre lo mismo. ¿Dios no se acordaba de ellos? ¿Acaso ellos no rezaban bastante? ¿No le encendían muchas velas a la Santísima Virgen? Irra pensó que tal vez era mejor morir. ¿Qué objeto tenía la vida de ellos, como no fuera sufrir, soportar hambres, carecer de todo? Sí, morir. Y cuando la idea de la muerte se le iba haciendo más clara, más patética, al pensar verse él agonizando, sin saber al peso de quién sabe qué dolor terrible, Irra sintió miedo de haber invocado la muerte. Si se tratara de una muerte repentina, sin sensaciones horribles... o si la muerte fuera como un largo sueño, del cual no despertara ya nunca, entonces sí sería mejor morir que sufrir. ¡Oh, Dios!, ¿por qué tanto sufrimiento? ¡Por qué no conceder para ellos unos minutos de alegría, unos instantes de dicha, al menos frente a un plato de comida!

Irra se zafó los calzones de baño. Bostezó largamente. Y se echó al cuerpo la ropa; pantalones de dril blanco, camisa azul; hacía unos diez días que no se los cambiaba. Se arrojó en el catre de lona, mugriento. Olía a rata esa almohada; el catre, el piso, estaban

regados de lana, cuyas briznas cosquilleaban en la nariz, en los ojos, en los oídos. Irra estornudó recio; las ratas habían roto la almohada. ¡Malhaya sea!... El cuarto estaba opaco, tejido de telarañas por todas partes. Allí observó la viga plagada de comején; los comejenes iban y venían; la casa estaba completamente carcomida, y las rosadas bolitas de carcoma se desgranaban en el piso. Irra se estiró, y advirtió que la camisa se le rasgó de vieja. Tela podrida. Sentía la cabeza fuera de sí. El cielo raso parecía desmoronársele, y el catre giraba en un espacio lleno de un millón de puntitos de mil colores, algo así como diminutas luciérnagas con ojos de diferentes luces. Ciertamente, no solo hoy habían aguantado hambre. Pero en esta ocasión les estaba yendo peor. ¡Cómo diablos era eso!, ¿eh? ¿O tal vez tenía razón la mamá cuando repetía que «era preferible sufrir para después gozar»?... ¿Y si uno se moría durante los padecimientos?

—¡Elena!..., ¡Elena! —llamó Irra mecánicamente. Necesitaba oír a alguien. Ver a alguien. Saber que no estaba solo. Sus párpados luchaban por replegarse definitivamente sobre sus ojos. Las tostadas pestañas se entrelazaban al arrullo del sueño, del cansancio de Irra, a quien le había subido la fiebre.

—¡Nnnn... nnn! —gruñó Elena, un gruñido rabioso. Arrugó el ceño malhumorada, pero no hizo caso. Prefería mirar las calles, las gallinas picoteando arenillas, los transeúntes. La boca se le volvía agua ante el hermoso racimo de bananos maduros, colgados en la tienda de en frente. Una bandeja de panes también había sobre el mostrador. Y queso duro, moscas volantes, en otra mesa. La boca le sabía a la salecita del queso. Comer banano maduro con queso era sabroso.

Ana Clara y Aurora habían salido hacía un rato. Y le habían dicho que las aguardara, que no se moviera de la puerta. Elena se estaba aburriendo, y de pronto la invadía el sueño. Cabeceaba. Pero

súbitamente despertaba. Y esperaba nuevamente. Las hermanas tal vez regresarían trayendo algo de comer.

Irra despertó sobresaltado. ¿Qué le habría pasado a la mamá en la Yesca? ¿Le habría dado un ataque mientras enjabonaba esa ropa, y por estar sola se habría ahogado?... ¡No! No podía ser. Pero ¿aquello no ocurría con frecuencia? Por los huesos de Irra corrió un escalofrío de temor. Angustiado de presentimiento, saltó del catre. Caminó hacia afuera, deteniéndose en el umbral de la puerta. En sus ojos amarilleaban legañas, y de la nariz le fluía una masa gelatinosa, verdosa. Irra se sonó y la pastica gelatinosa remó quedándose pegada a la pared; se limpió con el dorso de la mano. Recostado al quicio de la puerta, con las manos se frotaba la cara, se rascaba desaforadamente la cabeza y la barbilla. Necesitaba hablar con alguien; hacer algo. Le parecía que si daba un paso a la calle iba a pisar en falso y hundirse en el abismo. Sobre su cabeza veía instalada una gran montaña negra a punto de desplomarse sobre su cuerpo y aplastarlo.

Allá en la esquina, al extremo del andén, un perro negro se revolcaba en el polvo. El perro se paró en sus cuatro patas. Perro alto, largo, la cabeza larga, las orejas escurridas. El pelaje se le había ido cayendo. El animal parecía no tener aliento para sostenerse. Perro flaco, hambriento. Perro desnutrido como las gentes de allí, sin savia en el organismo, como savia no tenían las plantas durante el verano. Tampoco valía la vida siendo perro o gato o gallina. Hombre o perro era lo mismo, a diferencia de que el perro no tenía conciencia de lo perro que era, y en cambio el hombre padecía la tremenda certeza de ser menos que perro. El animal flaco, con su armazón esquelética, metió el rabo entre las piernas; volteó su larga, huesuda cabeza, hacia acá, de manera que Irra pudo verle los tristes ojos y la lengua amoratada cuando el perro estiró el cuello y bostezó como bosteza una

persona hambrienta. Por el andén el perro emprendió una marcha fatigada, y se detuvo a la puerta de la tienda de en frente. Empezó a rascarse la piel sarnosa, a sacudidas despellejantes; en tanto miraba tristemente hacia el río, y el polvo que levantaba la brisa le arropaba la huesosa cabeza. El perro miró hacia adentro, a la bandeja de panes, y maliciosamente se echó, despistando la imaginación desconfiada del tendero, manifiesta en la torva mirada de este. El perro se incorporó mirando la bandeja, y nuevamente se quedó quieto, sumiso, lanzando un prolongado bostezo matizado de inocencia. El tendero saltó, aventando una patada al perro; este se paró y brincó al andén. Pero no se retiró. Estuvo allí parado hasta cuando el tendero volvió a su puesto tras el mostrador. El tendero, un mulato alto, espalda encorvada, sentose tras el mostrador, recostado al armario; encaramó la pierna derecha sobre el cajón, manteniéndola estirada, seguramente para amortiguar el ardor de la llaga que le tenía carcomido el hueso de la espinilla. El tendero se introdujo el índice dentro de la nariz y comenzó a hurgar como si se tratara de un tirabuzón; hurgaba y hurgaba la nariz, y se entregaba a ello en cuerpo y alma, hasta el punto de que cerraba los ojos y abría la boca, por lo cual fluía un hilo de baba. Al fin el hombre sacó el dedo de la nariz; adherido al dedo salió un moco duro, negruzco, que el tendero llevó a la boca casi inconscientemente. Lo saboreó, pero lo escupió lejos. El perro encaramó sus dos patas delanteras en el umbral de la tienda. Alargó el cuello para observar al tendero. Este estaba nuevamente entretenido hurgándose la nariz, algo somnoliento. El perro dio un paso, dio otro paso. Saltó al mostrador atrapando un pan en sus fauces hambrientas. El tendero despertó y agarrando una botella del armario, la arremetió contra el animal. Un estallido llenó la calle, y los vidrios de la botella se diseminaron, quedando entre las piedras el fondo de la botella. El perro huyó con el pan atravesado en la boca.

—¡Jueputa perro'e mierda! —gritó el tendero.

Irra miró de soslayo a Elena. Pero ella se había dedicado a arrancar el pañete de la pared echándolo en el regazo. Miraba quién la observaba y al sentirse sola se comía el pañete. En eso la vio Irra. Sobrecogiolo brutal sensación de odio, o de reproche, y le lanzó una patada. Elena gritó y rodó sobre el entablado. La patada la golpeó en el costado derecho. Al caer, el vestido remendado de tela ordinaria se le arremangó y la niña quedó desnuda unos minutos. Se incorporó, mirando airada a Irra. Su carita negra quedó untada de polvo, y lo mismo su cabello motoso en el cual se veían enredadas algunas basuras.

—¡Quite de ahí, estorbo! —le gritó Irra, preparándose a patearla nuevamente.

En el aire vibró potente rugido sordo de motor. Sí. Claro. Ya estaba llegando el avión. Irra alzó los ojos y pudo verlo volando sobre él. A la luz del sol el plateado del aparato brillaba mejor, y Elena alcanzó a verle unos números en una de las alas.

—Míralo bajitico, Elena...

—Síii, ya iba a tocá en el techo d'esa casa... Ajá, ya viene mi mamá, Irra... Se lo voy a decí que vó me metíte una patara... Pu eso é que mi barriga ya me tá oliendo.

Irra vio acercarse a la madre, caminando pesadamente, agobiada por el peso de una batea repleta de ropa mojada. Ropa limpia.

La mujer traía el ceño fruncido, y su semblante oscuro denotaba debilidad de todo su organismo. Irra la miraba acercarse, con las piernas frágiles a punto de astillarse por el peso que soportaba. Llegó al extremo del andén y descansó unos segundos para subir a este. Luego encaramó la pierna derecha sobre el andén y, haciendo impulso para subir, apoyó la mano derecha sobre la rodilla. El borde del terraplén de barro se aflojó, y el pie de la mujer se resbaló.

Cayó boca arriba, las piernas desparramadas. No gritó, sino que el golpe se le manifestó en las contorsiones de su rostro. Minutos después se incorporó con dificultad, pero sin lograr levantarse. Irra dio cuatro zancadas y estuvo presto a ayudarla. Algunos de los transeúntes tenían el rostro abotagado por la risa contenida. Se oían sí algunas carcajadas. Dos hombres se acercaron a la mujer para ayudarla también.

—¿Cómo se siente? ¿Le duele? ¡Ah, caracho, se rompió la pierna! —Irra se hallaba preocupado, tratando de levantarla. Con la ayuda de los dos hombres lograron poner en pie a la señora.

—¿Puede caminar, mamá? ¿O la llevamos en brazos hasta la casa?

—Noo... Toy bien... Má jué er sujto... Se ensució esa ropa ajena... Alabao siá er nombre e Dió. Queráte no má recogiendo esa ropa.

La madre, luego que Irra la ayudó a subir el andén, siguió pesadamente, renqueando.

¡Maldita sea! Él había estado pensando que ese andén era un peligro. Los dueños de esa casa eran una parranda de hijuep... Irra observó partida en dos la batea, y diseminada la ropa, completamente embadurnada. En esos momentos, Irra oyó la voz del muchacho vendedor de prensa. Sí. La prensa de Bogotá, que acababa de llegar por avión. La prensa del mismo día. Irra miró hacia el sitio donde resonaban los gritos del voceador. La misma calle vacía, llena de sol, con la silueta del muchacho andrajoso alejándose con el montón de periódicos bajo el brazo. Gritaba:

—¡*El Tiempo*!... ¡*El Tiempo*!... ¡Graves desórdenes en Barranquilla!... ¡El pueblo se apodera de los almacenes y los saquea!... ¡*Tiempo* de hoyyy! ¡Choques con la Policía!... ¡Muertos y heridos!... ¡Se temen repercusiones en Bogotá!... ¡Cali! ¡Medellín!... ¡Expectativa por la manifestación obrera del Primero de Mayo!...

La voz se iba debilitando, como se debilitaba la figurilla negra con el montón de papeles bajo el brazo. Irra, inclinado, pacientemente recogía la ropa ensuciada. Calzones de mujer, pañuelos, medias, camisas blancas, camisas azules, trajes de mujer, combinaciones, pantalones de dril, pantaloncillos, camisetas. Irra sacudía cada pieza de ropa, antes de echarla en una de las mitades de la batea... ¡Malhaya sea!... ¡Trabajo perdido!... La voz del muchacho seguía agitando el oído de Irra. Las noticias escuchadas a grandes gritos le parecían extraordinarias. Las gentes se habían metido a los almacenes a sacar comida y ropa. Es decir: ¿la gente había resuelto robar? Y, ¿robar públicamente era malo? ¿Aquí también no se podrían lanzar todos ellos y sacar cosas de los almacenes en vez de estar como unos pendejos aguantando hambre todo el día? Eso era terrible. Pero más difícil no debería ser vivir en Barranquilla que en Quibdó. Los que venían de allá decían que había mucho qué hacer. Que una persona podía ganarse la vida vendiendo cigarrillos y fósforos a la puerta del edificio de la gobernación. Aquí no había fábricas, ni talleres de ninguna especie. Si no ya él sería mecánico. Cómo le gustaría ser mecánico. Pero por más que Irra caminaba durante todo el santo día no lograba conseguir trabajo en ninguna parte. Ya había perdido la esperanza de que le dieran un empleo de portero porque él era negro y casi todos los puestos se los daban a los blancos, o a los negros que le lamían los zapatos al intendente. A Irra le dolían los pies de tanto ir y venir en busca de trabajo. No le quedaba nadie con quién más hablar. Ni en la carretera le daban trabajo como obrero raso. Tal vez el director de higiene le daría un puesto en la sanidad, como rociar petróleo en la zanjas, ahora que está tan crudo el verano, y las epidemias se habían desatado. ¡Maldita vida!... Había recogido ya toda la ropa, y se dirigió a la casa. El hambre volvió a hacerle chirrear el estómago. El sol ardía y el calor se le iba haciendo más sofocante, calor pegajoso.

—Ar juin, ¿qué te contejtó er diretó d'erucación, mijo? —habló la madre, voz cavernosa, doliente.

—Nada. Que no hay beca para estudiar fuera de aquí...

—¿Y vó no ganátei tu año, pué?... O é qué...

—Tampoco... Las becas se las repartieron a los blancos... ¡Que se vayan al diablo!... ¡Que se las metan por el jopo y se vayan a la porra!... ¡Prefiero la tisis o la lepra, pero no ser pobre!... ¡Ser pobre es la peor desgracia! ¡Maldita sea!...

—Peo nué necesario ojendé a Dio, mijo... Yo te lo tuve iciendo, Irraé, que no te metiérai en su mardita política... Qu'eso no t'ia tré sino peljuicio. Dejáloj no má que gocen... sí, que gocen... ¡Ajunto!... Vó veréi cómo vái a hacé... Yo ya toy mú vieja ya, y mú enjelma; lo que gano no loj arcanza ni pa la comira... Colmigo no contéi, no, Irraé... Tu mamá ya no resijte... Y tuj helmanitaj mujere necesitan tu apoyo...

—¡Pero mamá! —se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Ónde tan Ana Cláa y Audora? ¡Quién sabe qué tarán haciendo esaj vagamunda e mielda, Dioj mío!... Deben de tá putiando... —la madre se marchó a la cocina murmurando.

Irra se arrojó nuevamente en el catre. No sabía qué hacer. Le provocaba tener el poder de quedarse muerto con solo cerrar los ojos. A la habitación penetraban rayos de luz, que parecían tubos azulados, constituidos por una infinidad de partículas que giraban a velocidades fantásticas. Irra se incorporó súbitamente, y saltó al suelo. Sí. ¡Una idea brillante! El gobierno no hacía nada por remediar la suerte de los pobres. Había vivido de promesas toda la vida. En realidad el gobierno nada hacía por los pobres. Y lo conveniente era matar al intendente. Sacarlo del medio por inepto. ¡Culpable! La sangre tomó un ardor diferente en las venas de Irra. Ahora sentía cambiar el curso de la existencia. Una fuerza interior lo impulsaba a realizar algo. La

vida le mostraba una senda tremenda, pero llena de lucha, de significado. Hasta hace unos segundos Irra era solamente un muchacho cualquiera, resignado a soportar el hambre, y a acostarse cuando ya había agotado toda esperanza de llevar el plátano a la casa. Hasta hace unos instantes Irra era uno de tantos muchachos que soportaba con resignación la miseria de él y la miseria de toda la familia, dejando su vida a merced de la voluntad divina. Pero ahora había cambiado. Él mismo no entendía qué fuerza exterior se había infiltrado en su sangre. No entendía cómo su corazón latía al tic-tac de nuevos impulsos. Por fin Irra iba a hacer algo. De ninguna manera se detendría en ese camino. Él era otro muchacho desde ahora. Era un Hombre. Un hombre completo con responsabilidad de matar. Para liberarse de algo que se le atravesaba en su vida. Ahora Irra se sentía alentado. El hambre daba tregua para prepararse a la acción grande, a la acción libertadora del tedio y la ineficacia de la existencia. La vida lo llamaba a gritos. Las paredes le recordaban una misión. Las tablas le hablaban impulsándolo a cumplir el deber impuesto por los latidos de su corazón y el calor de su sangre. Y él, Irra, iba a responder a la voz de su ser. Si le pedía muerte, contestaría matando. Matando hoy mismo, esta misma tarde. Matando al traidor que los estaba engañando, como los habían engañado otros más. ¡No más engaño! «¡Vida... Dios Santo: dadme valor para ser hombre!...».

—¡Lo mataré! —gritó. Y se encaminó disparado hacia el entarimado, tras la cocina. La brisa del Atrato refrescaba. La playa del lado opuesto humeaba reverberante. Las canoas continuaban deslizándose al son del agua. Allí, ante el río, Israel se sentía mejor, más desahogado. Con los ojos en el cielo y hacia el río, el alma se le llenaba de esperanza.

La madre arrancó un pedazo de palma del cercado. Con el machete astilló la penca de palma y la dispuso entre los maderos del

fogón. Luego empezó a dar vueltas a la cocina buscando algo. Miraba dentro del horno: escudriñaba el platero: permanecía parada en la mitad de la cocina, el dedo índice en la frente, recordando dónde estaría ese algo. Se dirigió al platero, movió algunos platos, y cogió la lámpara de kerosene. Una lamparita hecha de un frasco, de esos en que envasan el Dioxogen. Dentro del frasco, la mecha se veía como si fuesen tripas empapadas en petróleo amarillento, sucio. La madre se acercó con la lámpara al fogón; aflojó la tapa, manteniendo la lámpara en alto sobre los maderos y las astillas de palma, para vaciar un poco de kerosene; la mecha quedó colgando, entre la tapa y la boca del frasco; de manera que unas primeras gotas descendieron a las astillas, y otras bañaron el cuerpo exterior del recipiente. Entonces el frasco se resbaló de los dedos que lo sostenían, rodando la lámpara al fondo del fogón.

—¡Se peldió el gá... Mandaya sea!... ¡Con qué loj alumbramo con la noche!... —y agarró nuevamente la lámpara, remándola contra el piso. Los vidrios se diseminaron, y una mancha de kerosene prevaleció sobre aquella tabla. La tapa, calibre y mecha quedaron entre las astillas; esto también la mujer lo azotó de seguido, rabiosa. Al oír el estallido, Irra se asomó a la cocina. Le pareció rara aquella actitud de su madre. Ella era demasiado paciente; casi nunca se exasperaba hasta tal punto. ¿Y qué culpa tenía esa lámpara? ¿Por qué no la azotó la otra noche, cuando se le derramó el kerosene sobre la mesa? ¿Quién tenía la culpa del hambre de ella? Pues ella misma tenía la culpa de su hambre. La mamá estaba ahora rígida, parada en la mitad de la cocina, contemplando los vidrios desperdiciados. Humildemente se puso en cuclillas y recogió la tapa, el calibre y la mecha, juntándolos debidamente. Tal vez podía utilizar el frasco de tinta que estaba en el armario. Botaría esa tinta que no estaba sirviendo para nada. Recogió también los vidrios y los arrojó al patio.

Luego volvió a buscar algo nuevamente en el armario. Levantó un papel extendido, de debajo del cual extrajo un fósforo de cerilla. Acercándose al fogón rastrilló el fósforo contra la corteza del madero. Un chisporroteo y la llama azulosa-amarillenta-rojiza, pálida luz vacilante, comenzó a arder mientras se quemaba la cerilla. La madre mantenía entre su índice y su pulgar el fósforo, y se quedó contemplando la llamita. De pronto se agitó íntegra, sacudiendo bruscamente la mano. El fósforo cayó sobre las astillas. Una gran llamarada surgió del fondo. La llamarada se aplanó y volvió a surgir más potente. Las astillas empapadas de kerosene se retorcían, comenzando a chamuscarse. El humo azul se iba esparciendo por toda la cocina, produciendo impresión de alegría; parecía como si ya pronto fuese a estar preparada la comida. Al olfato de Irra alcanzó a llegar el cálido olor de la palma quemándose; en tanto él permanecía entregado a la voluptuosidad de contemplar a las muchachas bañándose. Las muchachas blancas, las muchachas negras. Mejor, las muchachas morenas con sus voluptuosas caderas y sus senos duros, todo expuesto al sol. Irra las veía arrojarse al agua y hundirse bajo una grande ola formada por ellas mismas. La ola se iba agrandando, y cuando Irra esperaba ver surgir la cabeza de esta muchacha, ella resollaba en otro lugar. La muchacha movía rítmicamente las piernas y los brazos, avanzando hacia la mitad del río. Tal vez ella se proponía atravesar el Atrato e ir a correr en la playa opuesta. Nadaba ella, y a momentos se defendía, flotante, entre dos aguas, y sacudía la cabeza enredada en los cabellos motosos. Otra muchacha iba acercándosele, avanzando hacia la playa también. Era un color canela, de cabellos crespos. Irra se sentía atraído hacia la muchacha. Un escalofrío sensual lo empujaba a desearlas. Pero cuánta distancia existía entre un muchacho pobre como él y una de esas muchachas en plena juventud. Irra ofrendaría la vida a cambio de unos

instantes de lucha con esa muchacha, hasta vencerla sobre la arena y poseerla. Aun cuando se quedara muerto sobre su cuerpo. Nunca, casi nunca él había tenido oportunidad de poseer plenamente una mujer... Solo una vez estuvo con una puta del Bataclán... Era una antioqueña larguirucha, pálida, con la piel eruptada. Fue una noche fría de noviembre, una noche lluviosa. Irra tenía tres pesos en los bolsillos, y hacía tiempos quería poseer una mujer. Resolvió envolverse en el barrio de mujeres, pero él quería poseer una blanca. A la puerta de una casa de madera estaban sentadas en el umbral algunas mujeres negras, semidesnudas, y una blanca. Irra, tímidamente, se dirigió a la mujer. Temía que los descubrieran conversando y lo delataran ante la mamá. La mujer condujo a Irra hacia una pequeña pieza, una pieza muy pobre, remojada por la lluvia que se infiltraba por las paredes de palma raída. Se infiltraba un vientecito helado también. La mujer se sentó al borde de su catre de lona. A la luz de una bujía colocada en la mitad de esta y otra habitación, separadas por un tabique de madera, cuyas tablas estaban tan separadas que con facilidad Irra advirtió otra pareja besándose en el otro cuarto. Irra pudo observar la cara barrosa de la mujer, larguirucha, de cabellos reventados, sueltos, cabellos como pelusa de maíz. La mujer miró a Irra con una sonrisa tétrica, y se echó de espaldas sobre la lona. Irra continuaba de pie, sin saber exactamente qué decir, la cara bañada en sudor, el cuerpo tembloroso.

—¿No puede usted apagar la luz? —le preguntó Irra a la mujer.

—No. El suiche... —la mujer paseó los ojos alrededor de la habitación...—.No sé dónde está el suiche... Acuéstese, pues...

—Pero... Debiéramos apagar la luz... —dijo Irra. La mujer frunció los labios, mas no dijo nada.

Irra se sentó al borde del catre. La mujer seguía acostada, el traje arriba de las rodillas. Él empezó a desvestirse y poner la ropa sobre

un asiento de madera. ¿Por qué había temblado él tanto aquel día? Al fin se echó sobre la mujer. Pero ella no quiso desnudarse totalmente, como él hubiera querido. Él deseó observarla desnuda de pies a cabeza. Observar una mujer desnuda, cuidadosamente. Pero ella solo accedió a arregazarse el traje hasta la cintura. ¡Gach! No entendía cómo él había llegado a besar esa cara barrosa, salada de sudor. Él besó en la boca a aquella perra sucia, enfermiza; aquella paisa plagada de piojos... Pero él no estuvo mucho tiempo encima de aquella mujer... Instantes después ella le dijo que se bajara...; que ya había pasado el tiempo. Pero él no había logrado hacer nada... ¿Por qué no había podido hacer nada? ¿Era que la mujer le había hecho alguna trampa? Cierto que al día siguiente unos amigos que lo habían visto entrar con ella le dijeron que esa perra estaba sifilítica. Entonces... Ella le había contagiado la sífilis instantáneamente..., y por eso él no había podido hacer nada... Irra sintió mucho asco y repugnancia por el recuerdo de aquella mujer, que todavía se encontraba allí. Algunas veces se había topeteado con ella en la calle, pero él agachaba la cara para esquivar ese rostro barroso... ¡Qué dulce debería ser acostarse con una de aquellas muchachas que iban nadando hacia la playa!...

—Queráte aquí, avivando er jogón, Elena —dijo la madre—. Que yo vo a vé si er compa loj juía meria di arró, con una cualta e plátano... Ahora comemo, mijita, ¿tái uyendo? —la madre se retiró rápidamente, hacia afuera, y las tablas crujían bajo sus pies. Elena se paró delante del fogón e, inclinándose, comenzó a avivar la candela soplándola con la boca. Su carita se fue calentando al fuego lento, mientras ella seguía agitada, soplando, soplando.

—¡Elena! —llamó la madre desde afuera—. Decíle a Irraé que venga... Que lo agualdo aquí en la puelta... ¿Oíte?

—Mi mamá que vái, Irra —dijo Elena, mientras continuaba convertida en fuelle.

Irra, despaciosamente se dirigió adonde la mamá. «Sí, lo haré. No habrá nada que me detenga... Mi vida tiene que servir de algo... He sentido la necesidad de cumplir mi deber... Nadie había sido capaz de realizar lo que yo voy a hacer... Es cierto que algunos trataron de incendiar la carrera primera; incendiar las casas de la aristocracia, pero no se atrevieron por miedo... No se atrevieron por falta de valor para responder al llamado del deber. Dizque tuvieron listas algunas latas de gasolina para ponerle fuego a esas casas durante la noche... Y no fueron capaces... Todos hablan, pero nadie tiene coraje. Nadie tiene cojones suficientes. Nadie se conmueve hoy por la suerte de los pobres. Tampoco Dios se acuerda de los pobres. Todo se lo da a los ricos, a los que no lo necesitan. En tanto que a nosotros nos niega un pedazo de pan... ¿Por qué, Dios mío?... ¡Ja, ja!... ¡Nadie cree ya!»...

«Hay que matar», gritó. El grito se escapó sin sentirlo. Cuando él quiso detener el grito, este ya iba volando. Le corrió de pies a cabeza un escalofrío mortal. Junto a la puerta, descargó un puñetazo contra el quicio. Descuajó sobre su madre un vistazo fulminante, y toda la habitación se colmó de odio. Las blasfemias quedaron impresas en las paredes. Por la habitación se cruzaban relámpagos malditos, furias infernales, y los ojos del demonio aparecían donde quiera que se fijara la mirada. Si el Dios Padre hubiera descendido ahora, radiante de piedad, con el Cristo en los brazos, Irra habría descargado su ira y sus puños contra el Señor. Irra se sentía más afiebrado, el rostro encendido. Trataba de contenerse, pero el ímpetu de su sangre agitando su ser superaba el poder de su voluntad. Se sentía cambiado totalmente, cambiado de pies a cabeza, un cambio operado en las íntimas profundidades de su ser.

—¿Qué tienes, mijo? —le preguntó la madre, asombrada; una interrogación que se dibujó en sus cejas espesas, juntadas—.¿Tás

enjuelmo?... ¿Tenés jiebre?... —se acercó palpándole la mejilla con el dorso de la mano. Lo sintió caliente—. Te yamé pa que vái aonde er compa, pavé a vé si loj acreita meria di arró y una cualta de plátano... Que yo no l'he iro a cancelále toro polque toy enjuelma... ¿Tái uyendo, Irraé?... Anda vete corriendito, mijo... Aquí t'ejpero con l'olla lijta... —la madre confiada, risueña...—. Y un riá de manteca también, con una cabecita e ceboya... No, ceboya no... aquí hay ceboya —iban a comer arroz seco y le pondrían a Irra además un poco de pega, amarillenta, mantecosa, y un plátano asado, pampeado, frotado con manteca, con sal espolvoreada... En el rostro de Irra se dibujó en caracteres tremendos una profunda interrogación. Iba a hablar pero las palabras no se articularon, y hasta los sonidos guturales se ahogaron. Salió.

Siempre subordinados a los que tenían. ¿Y si el compa no les fiara? ¿Y más bien resolvía cobrarles groseramente, delante de todo el mundo?... ¡Maldita sea!... Ahora él no le soportaría insolencias ni a María Santísima. El sol ardía en el firmamento azul, ligeramente empañado de nubecillas blancas, pequeños surcos de algodón. Irra veía a su alrededor gentes anémicas, dobladas por la desnutrición.

Pasó rozando a Irra un automóvil. Irra miró el carro. Era ese viejo aparataje, que no sabía cómo a alguien no se le había ocurrido arrojarlo al agua durante la noche. El carro pitó. ¡Qué pitada! Le crispaba los nervios a todo el mundo. Irra lo observó alejarse levantando polvareda sobre las huellas de sus llantas. Parecía como si fuera un poco más adelante. Cierto día Irra tuvo necesidad de meterse en ese carruaje para llevar a su hermana al hospital. Noche tenebrosa golpeada por un aguacero torrencial. La lluvia penetraba a la cabina, y en la mitad del camino el carro se paró. El chofer, bajo la lluvia, bajo los relámpagos, se bajó para revisar el motor. Inútil. Hubo que bajarse y continuar a pie, llevando Irra a su hermana

Clarita en los brazos. Hubo que pagarle cinco pesos al chofer. No aceptó razones. Sin embargo aquel carro era ya una cosa familiar en la población. El carro tenía unos veinticinco años de servicio. Cada dos meses el dueño se veía atareado arreglándolo, adaptándole nueva carrocería. Los estudiantes, especialmente, se burlaban del carro cuando pasaba con su ruido fantasmal, asustando el silencio del día o la paz nocturna. Ahora el carro estaba pintado de azul, el guardabarro casi desprendido, los cojines flojos, la capota de hule, convertible.

Irra continuaba desentendido, sin saludar a nadie. En la esquina del palacio intendencial vio desplomarse un hombre. Un negro alto, fornido, harapiento. El hombre se revolcaba entre las piedras. Irra se acercó apresurado. Y se detuvo ante el cuerpo rendido de Hermógenes, cuya piel mugrosa estaba cubierta de babaza brotada de su boca, cuyos brazos permanecían encocados y anudados los dedos de sus manos y pies retorcidos. ¡Cuántas veces Hermógenes caía desplomado! Y la familia ausente. Ni un hermano de él aparecía en esos momentos, en que solo las piedras lo compadecían y solo el barro polvoriento de las calles sucias acariciaba el rostro congestionado. Un gato negro cruzó la vía. Con sus ojazos garzos miró durante unos segundos a Hermógenes, y continuó a paso largo, sin importarle nada aquel cuerpo, al mismo paso de los hombres a quienes poco importaba el hombre yacente.

Irra dobló la esquina. Hasta sus oídos llegó el chasquido de las bolas de billar, resaltando en las bandas de la mesa, a impulso de las tacadas de los jugadores. Más adelante, Irra se detuvo a la puerta de una joyería. El joyero estaba puliendo una pulsera de oro. El hombre sudaba dedicado a las figurillas: perros, gatos, elefantes, leones, temblaban alrededor del borde de la pulsera. Brillantes, brillo de oro puro. Todo formando conjunto armónico, donde había un elefante

del tamaño de un perro, y un león del tamaño de un gatito. ¿No sería posible regalarle a *ella* esa pulsera? Quizá no. *Ella* se pondría contenta. Y entonces él tendría el placer de haberle obsequiado algo a *ella*. Se pondría contenta con su pulsera. Haría todo el sacrificio por obsequiársela. Era tan buena ella, y tan linda.

Ah, cierto que se dirigía adonde el compa. Su madre lo estaba esperando. Dejó al joyero con la camisa sudada, abierta sobre el pecho, y caminó rápido hacia el mercado. La carrera primera estaba atestada de gente. Especialmente bogas. Negros fornidos, rudos, que se cruzaban sudorosos, con pesados fardos a la espalda. Los bogas negros se reían a mandíbula batiente, entre estridente griterío, empujándose los unos a los otros atropelladamente:

—Uppa, veggajo!... Aelante, aelante!...

—Hágasi a un lao, mano... ¡Vamo... vamo..., vamo!...

—Vean, vé comu anda Secundino con eje culo encaramao... ¡Je!... ¡Je!... ¡Je, je!...

—No me jorái Juan Ulogio... Que no te véi eje hocico como puelco jeriendo culo e marrana... ¡Je, carrisso!...

—Vaya pa la mielda, gran come mogo...

—Come mogo soy vó... Lambón...

—¡Juemama!...

—La tuya rabo'e inguana, qu'en er injierno tá muelta e gana...

—La tuya rabo e cabuya, qu'en er injierno tá haciendo bulla...

—¡Jippaaa!...

—¡Jéppa, jéppa, jéppa!...

—Campo, campo, campo...

—Vamo, vamo, vamo...

—Campo y anchura, que vá e rey de la basura...

—¡Santísimo Sacramento!... Padre Etelno...

—¡Jippaaa!... ¡júiiii!...
—¡Mausánica, animaj mea... ¡Dómine!...

* * *

El ambiente respiraba hedor a moho de queso, moho mezclado con zumo de cebolla y naranjas despachurradas. Olía también a axilas sudadas, y a nauseabundos hedores provenientes de zanjas.

Irra entró a la «casa de mercado». En aquel puesto se topó con una mujer que le guiñó los ojos invitándolo. Al lado tenía ella diferentes platos servidos, tal vez para los campesinos sentados en torno de una mesita rústica, de palo. Irra la miró furioso y siguió de largo. El caserón mostraba las paredes desvencijadas, el cielo raso ennegrecido de hollín, y el piso de madera desnivelado, húmedo, sucio, regado de papeles, hojas, cáscaras de huevo y de plátano, manchones de manteca, desperdicios de carne, huesos, granos de arroz, sobras de comida. Embutidos en las toscas mesas de madera, veíanse comiendo plátano frito con chicharrón y sorbiendo ávidamente escudilladas de chocolate y café tinto, los campesinos venidos de las vegas de los ríos. Irra los observaba de reojo, la boca hecha agua. Ahora sí era cierto que el estómago le chirreaba y en vano el jugo gástrico fluía incontenible.

Irra se paró en la parte de atrás, ante el río, apoyando el hombro contra uno de los delgados, cilíndricos pilares de madera, viejos pilares, que habían sostenido una pared ya totalmente caída. Contemplaba el río Atrato bañado de luz. La última arenilla de la playa. La última franja de cielo en el horizonte.

Fijó sus ojos en el pequeño barco anclado, unido a tierra mediante el angosto puente de tablones, por donde iban y venían los estibadores. Irra observó el comedor del barco, ventilado y bastante

limpio; sobre la mesa cubierta con mantel a cuadros, almidonado, un tarro de aceite de olivas, un frutero repleto de manzanas y naranjas. Irra, haciéndosele agua la boca, pensó lanzarse al comedor, morder las manzanas y comerse... aunque fuera una cáscara de naranja.

Quería ser marinero. A bordo podría al menos alimentarse bien. Ganar un sueldo y gastarlo en mujeres y aguardiente en los puertos, como lo hacían los marineros que llegaban a Quibdó... Si él fuera marinero conocería otras tierras... Viajaría a regiones exóticas, domaría el mar... Aprendería a pelear y a arrebatar mujeres ajenas, dondequiera que sus plantas anclaran. ¿Por qué no ir ahora mismo a proponerle al capitán? O a rogarle... Podría emplearse de lavaplatos o fregapisos... ¿Y si el capitán no accedía?.. No importaba. Centenares de jóvenes chocoanos se habían embarcado sin «cinco», habían subido a bordo furtivamente... Y a la vuelta del vapor habían regresado como tripulantes, plata en el bolsillo, y hablando con el tono de un boga nacido y criado en Cartagena: «¡Ja!... ¡Maddito!... En Tubbo...». Sin embargo, al llegar a Cartagena Irra preferiría hacer otra cosa: aprender algún arte; de mecánico le agradaría. Simpático eso de pasarse el día metido en un overol azul, engrasado, mugroso de óxido de las piezas de los motores. O, mejor, tendría oportunidad de trabajar durante la noche y estudiar de día. En las grandes ciudades uno mismo se puede costear sus estudios. Muchos grandes hombres se habían batido así. Claro. Él tenía que obtener algún título... «¿Aquí está el doctor Israel?». Irra sonrió.

El barco se balanceaba suavemente. Las aguas del Atrato se escurrían mantecosamente de debajo de la proa. El calor continuaba sofocante, aunque los rayos del sol se iban precipitando hacia la tarde. El humo de la chimenea se elevaba en espirales, que el viento desbarataba en el espacio luminoso. La playa de la desembocadura

del Quito hormigueaba de gente. Tarde de verano. Irra pensó en bañarse. Pero recordó que hacía una semana lo estaban acosando los fríos y las fiebres intermitentes. Hoy le había dado un vahído cuando se embarcó a pescar en compañía del viejo... Abajo rugían los motores de las lanchas rápidas, de las del gobierno, cargadas de blancos.

«¡Ah!...», exclamó para sí, «cierto que yo venía adonde el compa... Mi mamá me está esperando... ¡Maldita sea, condenada suerte!», murmuró, estrujándose el rostro entre las manos. «Tener que verle ahora la cara arrugada a Pastor... Es una vaina... Estos negros cuando tienen un tarro en un armario, y un moho de queso..., se vuelven avaros, de mala fe..., se vuelven completos vergajos..., y caminan mirando al cielo para que no los saluden...».

Irra dio la espalda al río. Y, pensativo, rociando su mirada sobre el mercado hirviente, detuvo los ojos ante aquella mujer delgaducha, negra, que estaba de pie al lado de su anafe, fritando bocachicos. Las brasas rojas ardían bajo la negra sartén, que berreaba cuando la mujer metía el cucharón revolviendo las ruedas de pescado en la manteca. El olor de pescado tostado penetraba en la nariz de Irra, que se saboreaba como si tuviera atravesada entre sus dientes una rueda de ese pescado. La mujer empapada de sudor ejecutaba esa labor con desgano, desazón, desespero. Ella dejó caer la cabeza pesadamente sobre el pecho. Rascándose despaciosamente el hombro izquierdo por debajo del vestido, movió la cabeza, y durante unos instantes sus ojos febriles se encontraron con los de Irra, el cual bajó sus párpados. No resistió la fuerza de aquellos ojos vidriosos, en la cara mantecosa, tiznada, enfermiza. ¿Qué le ocurría a la mujer esa? Seguramente la azotaba un paludismo crónico... ¿Por qué no se iba a acostar? La mujer movió su cuerpo de fideo, caminando dos pasos, parándose frente a una mesita tosca, delante del extremo

de una vieja banca de madera. Mirándola de frente, Irra pudo observarle el vientre inflado. «Por lo menos parirá dos hijos», pensó Irra, moviendo la cabeza afirmativamente. La mujer se desplomó perezosamente, asentando sus caderas sobre el extremo de la banca, que tambaleó en sus patas desiguales. La gran barriga redondeada reposó encima de los muslos. Miró a todas partes y se mordió los labios resecos, resquebrajados, mientras se sobaba las rodillas y los muslos. Irra observó las pantorrillas y los pies hinchados de la mujer. Y, maliciosamente, lanzó una mirada escudriñante por entre los muslos abiertos de la mujer, cuyo traje se había arregazado bastante. Ella notó a Irra mirándola fijamente, y frunciendo los labios unió las piernas automáticamente, templándose el orillo del vestido hacia la rodilla; la tela se rasgó. El semblante de la mujer traslucía desaliento. Sudor espeso manaba de su frente, bañándole las mejillas e introduciéndose a la boca por la comisura de los labios; y sobre el bozo el sudor brotaba perlático, abundante; ella se relamía los labios, saboreando las gotas salobres. Se levantó apoyando el codo sobre el ángulo de la mesa, y se dirigió a colocarse nuevamente de pie delante del anafe. Sentía el calor de la candela sancochándole el costado. Cogió el cucharón y revolvió el frito... «¡Mandaya sea!», exclamó la mujer, llevándose la mano al ojo izquierdo, restregándoselo: una gota de manteca ardiente, chispeada de la sartén, la quemó.

Irra seguía como una estatua, plantado, con la espalda al río, contemplando distraídamente a la mujer embarazada.

La vieja mulata, robusta, que le sonrió a Irra al entrar, se levantó de su banco, y vino hacia la delgaducha, del vientre inflado y las piernas hinchadas. Esta la miró de soslayo por encima del hombro, y le sonrió.

—Hoy nu he vendiro nara... ¿Y vó, Crecencia? —le habló con voz cansada, pero sonriente.

—Déjeme a mí, Toña... Toy plantara aquí dende la cinco de la marugaa, y no he vendiro mayó cosa...

—Ete tiempo tá mú malo ya... La gente se va a agotá luchando en balde... —miró a otra mujer gordiflona, negra, sentada, cabeceando, dejando fluir de su gruesa boca marchita una baba negruzca que le empapaba el pecho...—. Y sin embalgo fijáte a Chencha... ¿eh?..

—¡Jesú!... Me jajtiria... Tóo er santo ría se la pasa regoldándome en la mejma cara —apretó los dientes—. su mardito aguardiente...

—Sempre está borracha... Eta mañana...

—Y con lo vieja qu'é, tuavía bujca marío...

—... se me robó la mantequita que tenía ahí en un tarro...

—Y apena yega argún cajulo se le avienta pa que le compre a eya sola su comira babosiáa...

—Y qué habís sabiro e tu...

—Maj bié no me igái ná... Dió tiene que cajtigále habé abandonado una podre magre e jamilia... con siete hijo... Er anda por er patio e oj injielno...

—Y ya tái pa parí, ¿no?... ¿Y éte sí te rá manque pa la pieza?

—¡Mandaya siá la hora que me metí a cogé má hombre!... Ahora nu hay si no sinvelgüenza... plantilleroj... ¿A vé?.. Sí... Me parece que la semana dentrante ya voy a parí.

—Lo peó é qu'en lo'jpitale no ran cupo ar podre...

—Y er cualto onde toy viviendo ahora, esa paré tá caíra... y con la cualquié yublijna me moja la camita...

—Dió é mu grande Crecencia... No abandona a suj hijo...

—Puera sé que no me pelmita tené éta criaturita así —sus ojos navegaron en lagrimones que se desvanecieron, rodando por las mejillas negras, bañadas de amargo sudor.

«En fin...», pensó Irra, sacudiendo la distracción que lo embargaba. «En fin, iré adonde Pastor...». Y atravesó el amplio, desmantelado

salón, ennegrecido por el hollín adherido a las paredes y al cielo raso... La brisa fresca soplaba el ambiente e impregnaba la membrana de la nariz con el olor de los fritos, tostándose en las ollas de manteca chirriante.

Recordó lo que la gente contaba acerca de la vida de Pastor: sencillamente era un *vergajo,* que en las elecciones votaba por los blancos... Porque había conseguido algunos centavos —mal habidos quizá—. Ahora renegaba de su origen; y como si no tuviera ojos para mirar su piel negra, y como si no tuviera memoria para recordar lo miserable que había sido por causa de los blancos, se había convertido en servil de quienes lo habían despreciado toda la vida y lo seguían despreciando... No obstante que lo invitaban a las fiestas para que pagara la cuota, o mandara el regalo a tal matrimonio... De niño se había alimentado de las sobras que su madre reservaba y llevaba a la casa envueltas en periódicos: las sobras de los blancos, en cuyas casas la madre había sido sirvienta durante toda la vida. «El hombre no tiene derecho a ser ingrato», solía repetir Pastor, sonriéndose, «máxime con quienes le han llenado la barriga, ¿oyeron?...». Los blancos le habían dado trabajo a su madre hasta el día de su muerte; cuando la muerte, tras la larga enfermedad que ella no tenía oportunidad de cuidarse, la sorprendió, justamente a tiempo de pelar los plátanos del almuerzo... Sirvió treinta años, ganando un peso con cincuenta centavos mensuales... Y le permitían llevarse las sobras, y le regalaban camisas y pantalones viejos, que ella burdamente adaptaba al muchacho... Murió de unos treinta y nueve años... Y ahora Pastor se sentía blanco, y se metía en la política, porque su tienda, que valdría unos tres mil pesos, le infundía fuerzas, le aseguraba el derecho de considerarse GRANDE...

Irra sacudió su timidez, transformándose en una persona nueva, resuelta, y penetró a la tienda.

—Don Pastor —lo saludó Irra, sonriente.

—Quiubo, ilustre —contestó Pastor, abotagado, sentado en una silla de madera, aspecto y tono de hombre importante. Hablaba con voz autoritaria al grupo de contertulios, agitando los brazos y el periódico que sostenía en la mano.

Bajito, ventrudo, cabezón, cabello motoso, ralo, mal afeitada la barba, nariz chata, mejillas regordetas, Pastor miraba con ojo desconfiado, por encima de la circunferencia de sus gruesos lentes (astillado el vidrio izquierdo, turbio el otro), con aros de cobre ennegrecidos; rota la armazón en el punto de la nariz, pero unida mediante cinta pegante, envuelta, reenvuelta y reenvuelta. Sus brazos tenían adheridas las toscas manos cuadradas, uñas amarillentas, anchas, mondadas, repletas de mugre, cortadas con los dientes; encallecida, negruzca la palma de la mano. Vestía camisa *sport* azul, curtida, empapada de sudor, especialmente hacia las axilas; pantalones oscuros a rayas, estrechos, remendados en las rodillas, notoriamente gruesos en los bolsillos y la cadera. Continuaba Pastor charlando incontenible acerca de la política nacional, bandereando el periódico abierto, que al parecer ya había empezado a leer.

«¿Cómo hago para decirle?», cavilaba Irra sin atreverse a interrumpir el parloteo de Pastor, sin ánimo para exponerle el propósito de fiarle, ante los numerosos visitantes. «Voy a aguardar que entre alguien a comprarle, y cuando se meta tras el mostrador entonces le digo...».

—Sí, yo he sosteniro eso... vean vé la prensa pa que se convenzan... Si tá muy claro lo que dice er periódico... Lea usté hágame er favó... Lea duro *Er Tiempo* —ofreció el periódico a uno de los hombres, indicándole con su tosco dedo mugroso la respectiva columna de la página editorial.

«Ahí está la Virgen, que ahora le reciba el periódico, Pastor se pase tras el mostrador... Ahora le digo... Ya se está haciendo tarde y mi mamá me aguarda... ¿No nos irá a cobrar ahora?... Le digo que ella está muy enferma... Y que tal vez mañana le cubrimos la cuentecita...». Irra detuvo los ojos en el hombre que estiró el brazo para recibir el diario: de modales rudos, empaque ignorantón, el hombre cruzó las piernas metidas en los viejos, emparchados pantalones de dril caqui, verdoso, descolorido; pies llagados debido a infecciones interdigitales. Tenía camisa a rayas negras sobre fondo grisáceo, el cuello deshilachado, partidas las mangas sin dobladillar. Anchas espaldas triangulares; embutida entre pecho y espalda la cabeza ovalada. Miraba con ojillos negros, electrizantes ojillos de rata en pos de algo. Su nariz curvada, carcomida por una heridita descuidada, sobre la cual se asentaban moscos, cual cuervos en campo de vaca muerta. Él espantaba los moscos venteándolos con la mano abierta, o sonándose y moviendo las aletas de la nariz, o sacudiendo la cabeza. Su boca era ni más ni menos que ver la boca de un roedor; así que sus labios trompudos, cuando el hombre hablaba, dejaban advertir los dientes largos, sucios, afilados. Soliviándose, bostezó. Recostándose en el espaldar del asiento, colocó la página que iba a leer, delante de sí.

—Lo que dice el periódico é la pura verdá —dijo, moviendo la cabeza afirmativamente—. Nosotro lo que hemo sido viejo liberale, hata en la saliva qu'escupimo, tenémo qué seguí ar jefe único —comenzó a leer tartamudeando—. «Ayer tuvimos la oportunidad de escuchar por millonésima vez en sus funciones nocturnas al candidato...».

Irra se acercó al hombre lector, y miró el periódico por encima de su cabeza. Le suscitó cierto asco la herida sanguinolenta, invadida de moscos. Clavó sus ojos febriles sobre la página, observándola

de arriba abajo, de un lado a otro... ¡Qué gran periódico! Todo bien distribuido. Las ocho columnas, separadas por rectísimas líneas verticales; los títulos en letras bonitas. No tenía manchas la página, ni tiznes, como el periódico que sacaban allí, cada ocho días, con las líneas tronchadas, inclinadas; los renglones torcidos. A la margen izquierda, extremo superior, una caricatura grotesca representando a un hombre con un brazo inmenso, brazo fantástico, un brazononón, que parecía una gran lengua de tierra empujándose allende el océano... El brazo ostentaba una manaza dispuesta a atrapar el mundo... ¿Qué significaba aquello?... ¿Era eso un dibujo mal hecho?... ¿El primer trabajo de un principiante?... Al fondo una bandera blanca, triangular, con una marca en letras gordas: PANESLAVISMO... ¿Qué significaba paneslavismo?... ¿Qué quería decir ese brazo?

> «... Pudimos notar profunda decadencia en su movimiento que nació muerto... El Teatro Municipal vacío: la luneta llena, pero los palcos y galería desiertos. El desencanto de las masas fue evidente: no aplaudían con el desenfreno de otros tiempos... Y hasta se escapaban nutridos rumores de sabotaje en el seno de la mul...ti...tud».

Irra leyó algunos títulos... Artículos firmados por gentes de quienes se hablaba muchísimo, de las denominadas figuras consagradas... Debería ser noble la tarea de escribir... Y que a uno lo conocieran en todas partes... ¿Pero cuándo llegaría él a escribir en un periódico de esa magnitud?... Fijó la vista en la parte inferior de la página, repleta de cuadritos, conteniendo nombres de grandes personajes y leyendas: «DOCTOR...», leyó cuidadosamente,

> «Antonio F. Acosta, Universidad de Maryland (Estados Unidos), París, Berlín. Investigaciones experimentales y quirúrgicas

auspiciadas por el gobierno mexicano en el Instituto Finlay y en la Universidad de Harvard. Enfermedades de las vías digestivas, exámenes de orina, sangre, materias fecales, esputos, cirugía general. Consulta de 4 a 5. Carrera 10a nº 915. Tel. 3897. Bogotá...»

Me gustaría ser médico... Ganar mucho dinero... El médico del hospital de aquí gana un dineral, dicen... Podría yo examinar mujeres bellas....

El hombre-lector leía más recio; leía con gusto, tartamudeando. Los demás ojos abiertos, orejas paradas, vueltos estatuas, el busto hacia adelante, permanecían entregados en cuerpo y alma a la lectura; atendían por los cabellos y por las uñas, por los poros, por la boca, por la nariz y por los ojos. La tienda vibraba al influjo de aquella voz ruda, preñada de emoción.

… En su discurso no dijo nada nuevo. Ya lo sabíamos. Infames ataques contra nosotros, utilizando las mismas huecas frases hechas, el eterno disco gastado de siempre. Como si no lo conociéramos, igual que esta pluma con la que hemos combatido cuarenta años en defensa del pueblo y del liberalismo. Era de verlo bajo la profusión de lámparas radiantes en el escenario: cual lobo furibundo desparramaba la boca, levantaba los brazos. Retorcíase convulso, infringiendo las más elementales leyes de la oratoria, logrando sí un externo y desesperado dramatismo ridículo. Su aspecto era ni más ni menos que el de cualquier indiecito boyacense, con pretensiones de *leader.* Y para que nuestros lectores se formen una mediana idea de los disparates del nuevo redentor (véase adelante el texto completo del discurso, en la página 21), transcribimos lo siguiente: «Las masas no resistirán más la explotación de unos cuantos que se enriquecen a costa del trabajo del pueblo. Pueblo azotado por la miseria, el

hambre, las enfermedades. Nosotros no luchamos por la cosa pequeña, sino por la cosa grande: la justicia económica para los oprimidos... Yo tengo fe en estas masas batalladoras que no han aprendido a doblegarse, ni se doblegarán jamás de los jamases, ante la oligarquía. Porque la oligarquía mentirosa está podrida en sus cimientos, y el pueblo trabajador reclama justicia. Tengo fe en este pueblo descamisado, descalzo, hambriento, pero pueblo bravo, que ganó la guerra de independencia. Pueblo bravo, en cuya sangre arde aún el empuje de sus próceres... Pueblo liberal que acompañó a Uribe y Herrera en las luchas cruciales por la consolidación de las libertades cívicas... Y si tratan de detenernos, los aplastaremos. Somos el clamor de la justicia... Ganaremos la próxima batalla, por encima del poderío de los linotipos y sus cronistas mercenarios. Por encima de las ametralladoras del gobierno, empeñado en disminuir nuestra fuerza vital, segando vilmente las vidas de ciudadanos pacíficos, indefensos trabajadores del pueblo...

Se podía sentir el paso de una hormiga. Todos escuchaban atentos, en completo silencio. Irra, a la par que el hombre-lector, leía mentalmente.

... ¡*Cronistas mercenarios* nosotros! Bah... Nos da risa. Nosotros que hemos combatido con la pluma desinteresadamente al servicio de la Nación. Nosotros que nos hemos sacrificado por la patria, inclusive contribuyendo con nuestro propio dinero, para el sostenimiento de las instituciones de beneficencia, y para las campañas electorales. ¡Bah!, para lo que nos importa la fraseología del demagogo. Sí. Demagogo descarado que en veinte años no ha hecho sino empujar a la República hacia la anarquía. Después de aprovechar toda clase de prebendas aparece lavándose

> las manos. ¿No ha sido ministro de Estado varias veces? ¿Por qué calla las numerosas ofertas de embajadas? ¿No se paseó las capitales de Europa, con dineros de ese pueblo que él contempla miserable por culpa de nosotros? ¡Atrás farsante!... ¡Atrás demagogo ambicioso!

—¡Qué bien! —exclamó una voz. Resonaron unos palmoteos. Otra vez silencio.

> ... Como lo advierte el observador imparcial, el palabrerío del caudillo no estuvo a la altura del vocabulario de las cocineras. Cada vez el país entiende que se trata de un politiquero mendaz, inescrupuloso, traficante con la buena voluntad de este pueblo ingenuo, en pos de la satisfacción de apetitos nazifascistas.
>
> ¡Quiera el Cielo salvar a nuestra patria! En una Colombia gobernada por él, sucumbiría lo que hemos conquistado de libertad; perecerían las libertades ciudadanas; sería saqueada la propiedad privada, adquirida mediante el trabajo de los pocos hombres honrados que trabajamos. No habría ya paz en Colombia...

—¡Ahhjooo!... —exclamó el hombre, exhalando un fuerte resoplido, producto de su respiración contenida por la emoción. Se rio abriendo tamaña bocaza que mostró los dientes curtidos y moviendo sus ojillos de rata. Los demás respiraron, satisfechos también.

Pastor, emocionado, saltó del asiento, farfullando, rascándose la cabeza con ambas manos, dando zancadas a diestra y siniestra.

Irra quitó sus ojos de la página. Permaneció inmutable exteriormente. Encendido por dentro.

—Siga leyendo, hermano...

—Er qu’ejcribió ejto é un verraco, ¡je!...

—¡Jey, migente!...

—¡No siá pendejo!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!...

El hombre-lector se revolvió en el asiento maltrecho. Aspiró una bocanada de aire, cobijando a Irra en su mirada torva. Bostezó y reanudó la lectura con ardor:

> ... Con la autoridad que nos ha concedido el pueblo, llamamos la atención de todos los trabajadores... [el hombre-lector carraspeó, lanzando lejos un escupitajo], sin distingos de colores políticos, llamamos la atención de las madres colombianas, vástagos vivientes de una Antonia Santos, para que nos ayuden a salvar la República de la amenaza comunista. Amenaza pavorosa, a punto de cernirse ya bajo este cielo, sobre estos campos armados desde la infancia, desde cuando nuestros mayores nos enseñaron a quererlos, vertiendo su sangre para defendemos de la tiranía.
>
> Él trae los mismos métodos con que Hitler y Mussolini sojuzgaron las libertades públicas, sacrificaron a millones de seres en campos de concentración y crematorios, redujeron a la indigencia a millares de familias. Métodos que envenenaron en todos los rincones de la tierra el bello concepto de libertad, dignidad humana. Este demagogo colombiano, con su elocuencia brillante, su verbo ardiente, su garganta poderosa, no ofrece a la nación sino el desastre.
>
> Y si por alguna ironía del destino lo dejamos apoderarse del mando, para que gobierne con la chusma desarrapada y miserable, ese día, desde el primer instante, la Constitución rodará por el suelo. Y quienes hemos tenido afecto puro por el pueblo, y estamos luchando por su mejoramiento, habremos de huir o de suicidarnos... No lo dejaremos llegar a la presidencia... Primero preferimos el triunfo conservador, el cual al menos representa a uno de nuestros partidos tradicionales que ha servido a la consolidación de nuestras instituciones civilistas.

> ¡Dios salve a Colombia!... Tenemos fe en que la república no perecerá, mediante la ayuda del Todopoderoso, ¡y el concurso del pueblo!...

—¡Qué bien!...

—¡Miedda..., no siá bárbaro!...

—Que nos gane el putas estas elecciones —dijo uno azotando un puñetazo contra la pared.

—¡Mausánica!... Esa sí é pluma brava, hermano!...

—Tenemos qué hacéloj matá pu er triunjo...

—Ese tal... es un vendido, comunista disfrazado de liberal...

—Nosotros loj pobre, que necesitamos trabajo pa' erucá suj hijo, no poremo dejaloj engañá... Yo pelié en la guerra —agregó frunciendo el ceño, descuajando una mirada furibunda contra todo—. Tenemo qué ganá —afirmó, arremetiendo contra el mostrador, que cimbró tintineando vasos y botellas.

El ambiente caluroso blasfemaba con el griterío de los bogas. La brisa de la tarde soplaba frescamente, barriendo las basuras del pavimento. «Por la noche tengo que ir a verla...», pensó Irra.

El hombre-lector se paró, y fue a colocar el diario sobre el mostrador. Inmediatamente Irra se dirigió a coger el periódico. Pasó una tras otra varias páginas, buscando la noticia sobre la manifestación en Barranquilla. Se detuvo ante un título en letras de tamaño ordinario... Leyó:

> Nueva York. Febrero 25. U.P. —Linchado un negro en Macon, Ga., a eso de las cuatro de la tarde. Horrenda carnicería hicieron de él. Parecían querérsele comer la carne caliente. «No me despedacen», gritaba. «Soy inocente...». No se había registrado un linchamiento en que la pasión humana manifestara semejante salvajismo. Otras informaciones agregan que se verificaron

choques sangrientos entre negros y blancos durante cuarenta y cinco minutos. Se acusa al Ku-Klux-Klan...

Irra desvió la vista de la página, y se quedó pensativo, aterrado. La mirada vagando por aquel armario repleto de tarros, de telas. Aspiraba el olor a esencia del banano que salía del frasco de confites, tapado ligeramente. Contra la pared, hacia la calle, la mesa sobre la cual blanqueaba un pedazo de queso reseco, descremado, y una paca de carne de res, salada, seca también, bajo un anjeo roto que daba libre acceso a los mosquitos. Pegado al mostrador un granero largo, con varios cajones. En el del centro había arroz, y en los dos restantes había fríjoles y café.

Irra observó rápidamente cómo los hombres seguían discutiendo acaloradamente, exponiendo cada cual su parecer, al fin de cuentas acorde con el del contrincante. Pastor hablaba más enfático, enfrascado, parloteando acerca de la política nacional. Irra le echó un vistazo malicioso. «Tal vez puedo hacer esto ahora», pensó. «No me está mirando nadie... absolutamente nadie... ¿No me espía nadie desde la calle?... No... Me acerco sigilosamente al granero, me recuesto de espaldas, sosteniendo el periódico con esta mano..., haciéndome el que leo... Ladeo un poco el costado, y con esta otra mano comienzo a llenar de arroz mis bolsillos... En un bolsillo echo arroz y en el otro fríjoles... ¡Ay, Virgencita del Carmen!... Haz que continúen discutiendo... ¡Y que no me sorprenda nadie!... ¿Y detrás del armario no habrá gente?... ¿Ese ruidito que oigo?.. ¡Ah!... ¡Cómo jode ese maldito gato!...». Irra se acercó al granero, recostándose ladeado. Se puso al frente el periódico completamente abierto, y en vez de leer inspeccionaba al grupo, mirando por encima de la hoja...

—Buenaj talde, mi gente... —dijo una mujer alta, flaca, entrando. Aquí lej tréigo avena con leche, clavo di oló y canela... ¿Cuántoj

vaso, compae Pastor?... Mú sabrosa me queró l'avena, ¿aluyó?... L'acabo e prepará ahorita memo...

Irra cimbró. El periódico rodó... «¡Vieja condenada!... Por intrusa es que tal vez estás tísica!», gritole Irra mentalmente a la mujer, la cual tosía torciendo la garganta para hacer girar la cabeza, esquivando la jarra de cristal, dentro de la cual blanqueaba la avena. Irra agachose a recoger el periódico y permaneció doblado un momento, observando una aguja que brillaba entre el polvo de las ranuras de esa tabla. Se irguió dando una vuelta hacia el mostrador, donde dejó el diario. Se retiró hacia la puerta. Paseó una mirada sobre el grupo. Se destacaba Ramón, el hombre-lector (así lo veía Irra), saboreando un vaso de avena. ¿Por qué aquella turba de miserables gozaba leyendo el periódico?... ¿Por qué fincaban tanta fe y esperanza en esas palabras?... ¿Qué significaba linchar?... Palabra de honor que Irra no sabía exactamente el significado de linchar, pero por el contexto se lo imaginaba... Aquella noticia le infundía terror. Sí... ¡LINCHADO UN NEGRO!... Debía de ser que también allá el negro era mal mirado por los blancos... La sangre le hervía y el cuerpo le temblaba... ¡Maldito sea!... ¿Cómo diablos le decía a Pastor lo del arroz, los plátanos, la manteca?... Mucha gente allí para exponerse a la vergüenza. ¡Qué fiar, ni qué pan caliente!... «No solo de pan vive el hombre», parecía pensar, allá en el íntimo fondo de su conciencia. Mejor resultaba no decirle nada. Ahora no tenía temperamento de exponerse a soportar vergüenza.

Y sin pronunciar siquiera un hasta luego, pues le pesaban arrobas de plomo las palabras, obstruyéndole la garganta, Irra abandonó la tienda.

Todavía azul el claro cielo. La luz iba dorándose mientras Irra marchaba cabizbajo, amargado por la no realización de su propósito. Alzó la cara y bostezó. El estómago le ardía. Sintió más hambre

aún... No había comido nada, cierto. Y a pesar de ello, ahora como un perro cobarde no había tenido voluntad suficiente para proponerle al tendero que les fiara una mísera libra de arroz. El ir y venir de las gentes apeñuscadas en la calle no le importaba ni mu. ¡Maldita vida! ¿Por qué no se moría? Era preferible morir. Al menos la muerte ofrecía la oportunidad ineludible de comer barro y gusanos bajo la tumba. Continuó caminando con la cabeza gacha. Y se sentía en medio de la tempestad. Su cuerpo bamboleaba, frágil pelota en medio del océano tronante. ¿Por qué diablos no resolverse... y matarlo esa misma tarde?... «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy», oyó a su oído... Pero ese deseo de Irra nada que se cristalizaba. Se sacudió bruscamente en mitad de la calle, entre los transeúntes. ¿Miedo? ¿Acaso en el fondo de sí temía enfrentarse a la realidad del querer? ¿Miedo de qué? ¿Temor a quién?... ¡Por qué!... ¡Por qué!... ¿Era Irra un pusilánime? Entonces creyó que la falla residía justamente en su persona, en la estructura de su alma... La vida entera de Irra pasó velozmente por su cerebro, representada en una especie de película... No vio nada extraordinario en su existencia... Él había nacido para arrastrarse siempre como una tortuga..., para arrastrarse y enredarse en su propia baba como las lombrices... El viejo sí traería muchos pescados. Y él se había sentido morir cuando iba en pos de prender unos cuantos charres en el anzuelo... ¡Dios!... Qué barrigota tenía aquella mujer: pariría lo menos tres... ¡MATAR! ¡MATAR! ¡MATAR!... ¿Y después?.. ¡MATARLO!... Sí, matarlo... ¡Y qué!

A través del callejón veía deslizarse las aguas del Atrato. El sol marchaba perezoso también a su poniente, hastiado tal vez del mismo recorrido diario, enrojeciendo de luz viva los árboles en la lontananza. Las nubes se arrejuntaban movedizas; disipándose unas, tomando formas definidas otras: aquella representaba exactamente el mapa de España en relieve. El mismísimo estrecho de Gibraltar... Lo azul, el mar azul...

La calle exhalaba un vapor cálido, fastidioso, putrefacto. El pavimento resquebrajado, como las plantas de los pies de gentes enfermas del hígado, de mal de hígado... Y una mujer negra, tambaleante, iba aferrándose a la pared con las uñas frágiles pegadas como unas gomas a los dedos flacuchentos del brazo esquelético. Se detenía extendiendo la mano a los transeúntes, sin hablar con su boca blanqueada de baba espumosa; semidesnuda, las tetas enjutas, despachurradas, colgaban descubiertas; y a través del rasgado vestido asomaba la carne arrugada, pellejuda, de la nalga. Temblaba. La espuma de la boca se le resbalaba hacia el cuello, esparciéndose sobre el pecho.

¡Ah, un pueblo tan pequeño y habitado por gentes abajo de la miseria!

¿Habrase visto?

¡Puerca vida!

¡Ahsss!... Un penetrante olor a carne guisada saturó el ambiente. Se le volvía agua la boca. El jugo gástrico se le desperdiciaba en el estómago.

Existir mendigos allí... Esto le parecía incomprensible. Pero... ¿acaso Irra mismo no era uno de tantos mendigos? ¿Y no eran parias los que estaban leyendo el periódico, y la parranda de infelices que atestaban día y noche la calle? Tal vez en ello estribaba que Irra se encendiera en cólera al topetearse con los pordioseros. Aquella mujer le suscitaba repugnancia, intensos deseos de estrangularla, sepultarla de un solo empujón. Caminaba rozándose con los transeúntes. Negros descalzos, ropas raídas, arrinconados por allí sin itinerario. Allá, al extremo de ese andén, sonreía un hombrazo negro rascándose el vientre, las piernas rucias, las orejas, el cuello, hurgándose despiadadamente la nariz con el índice. Durante toda la semana se los vería siempre lo mismo. ¿Por qué no empleaban en algo su tiempo esos mugrosos, perezosos? ¡Negligentes! Deberían estar cortando leña y

cultivando plátanos. En las vegas del Atrato y sus afluentes el arroz se producía en abundancia. Por lo menos deberían sembrar arroz. Negros indolentes. ¡Qué cantidad de desocupados! Y la vida carísima; imposible mantenerse. Infamia. A los gobernantes de la nación no les importa un bledo la tragedia del pueblo. Ellos tenían el dinero y el poder. Pero no realizaban nada bien ¿Hasta cuándo debería soportarse aquello? Los pobres tendrían que rebelarse, aun cuando hubiesen de ser reducidos a calaveras, aunque las paredes, las calles, los montes, los ríos y mares se tiñeran de sangre. Pues si habían de morir de hambre..., ¿por qué no jugarse el todo por el todo?

E Irra, un negro del Chocó, iba a empezar matando al intendente. De seguido cundiría la noticia. Y en cada ciudad, camino, aldea, cabaña, tronaría el grito de los pobres. Y harían mucho más de lo que hicieron en Barranquilla. Serían pulverizados los culpables.

Abstraído, los pies de Irra tropezaron con un cuerpo arrastrándose. Brincó. ¿Perro o algo por el estilo? Con el rabillo del ojo advirtió cierta figura humana: una mujer, quizá venida de las orillas de algún río. Inconfundible su aspecto de campesina atrateña. Se arrastraba apoyada en sus rodillas, forrada en una especie de almohadilla hecha de trapos viejos. Labrada de llagas, de su nariz quedaba apenas el hueco cavernoso. Los huesos de la pierna blanqueaban carcomidos, sanguinolentos. Sus andrajos manchados de aguasangre.

Millares de moscos invadían ese espectro humano, que continuaba arrastrándose pesado. A la puerta de una tienda, viejo caserón gris, le arrojaron un pedazo de queso. Queso amarilloso, putrefacto, plagado de gusanos. El rostro del espectro iluminose de alegría. Y sus llagas parecían cicatrizarse al influjo de un rayo de misericordia. Los negros, sus hermanos de raza, no la socorrían. En cambio se burlaban. Aquel hombre blanco, bajito, rechoncho, ojos

y cabellos negros, dueño de la tienda..., ese sí era un buen hombre... Los labios de la mujer se movieron ligeramente, murmurando:

—Dios lo bendiga y la Virgen le aumente los bienes... —y siguió arrastrándose, desangrándose las llagas de sus piernas.

En la mente de Irra, cuyo estómago gemía, se dibujó la imagen de Cristo. Cristo con las heridas de las rodillas, de los costados, de las palmas de sus manos. Estampa de Jesús en el Calvario, según la vieja página de la *Historia Sagrada.*

Y aquella mujer tenía desflorada la palma de sus manos, debido al roce contra las afiladas piedras y las menudas arenillas. Su rostro reflejaba incrustados el horror de vivir y la angustia de arrastrarse como un gusano destripado. La mano desflorada, mendigando, sobre la tierra implacable, impasible, bajo el vientre de la mujer.

Irra cruzó la vía, saturado de tales visiones. La playa colmada de bañistas. El río sereno... Agradable navegar. Sí. Debía irse a Cartagena. En Cartagena cambiaría su vida. Calor sofocante. Se palpó la cara sudorosa; en la espalda sentía la camisa sudada, pegajosa. Iba a bañarse él también. Debía estar muy confortable el agua. Racimos de muchachas. Se torció el estómago. ¡Qué hambre! ¡Bendito sea Dios! ¿Cómo poder admitirse que Dios fuera tan...? ¡Que se vaya a la porra con su religión y sus curas embusteros, que se mantienen engañando y robando a los pobres!... Lo que decía el periódico... tal vez fuera cierto. Los audaces engañan, verdad... A los ignorantes y pobres, peor... «No creo nada».

Se detuvo un instante, azotando fuerte pisotada contra el pavimento. Su sangre calentada ardía entre sus venas; sus huesos, en las fibras de su carne. El mundo daba vueltas con las casas misérrimas de paredes de madera destrozada y techos pajizos; la gente hormigueaba envuelta en ropas harapientas y hambre. Sí. ¡Maldición!... Siguió caminando, las piernas flaqueándole, los ojos encendidos,

los labios desgajados, los puños cerrados, las mandíbulas rígidas. ¿Por qué no se devolvía, e iba de una vez adonde don José? Era un sirio muy bueno. Podría fiarle unas camisas, calzoncillos y camisetas, para el viaje. Y hasta prestarle la plata del pasaje... Aquí no se podía seguir viviendo. Irra detúvose girando sobre sus talones. Reflexionando: sí, iría adonde don José. Caminó pesadamente a lo largo de la misma carrera primera, por entre las gentes que iban y venían, el aire enrarecido, hediondo a moho de queso; dominado por el hambre mordiéndole las paredes del estómago; desengañado ante la contemplación del cielo azul brillante cubriéndole su mísera cabeza, apretada entre aquellas calles enfermas, resecas, malolientes, misérrimas. Ahora pudo ver el reloj de la torre. La superficie amarillenta del disco, alrededor del cual parecían girar las negras manecillas. Irra no precisó la hora. No le importaba, quizá. Quería, sí, lograr convencer a don José. Prosiguió, arrastrando sus pies sobre el ardiente pavimento que parecía evaporarse. A unos metros de la esquina del parque, hacia acá, estaba el almacén de don José. Ya distinguía las puertas, la pared, el color ocre... ¿Estaría solo don José? Siempre se mantenía repleto de muchachos, estudiantes, ese almacén. «¿Cómo le enfoco mi problema? Lo mejor es entrar animado. Posiblemente él estará pegado a su maquinita Remington, escribiendo. Los cuatro ayudantes, midiendo las telas. Le diré de una vez, sin rodeos, que voy a viajar. Y que me preste unos diez pesos... No... quince... Pues el pasaje cuesta doce con cincuenta. Me quedan dos pesos para pagar la dormida; mi primera noche en Cartagena... Y que me fíe unas dos camisas. La marca Publix es la más barata, y resultan buenas camisas. También uno o dos vestidos interiores...».

Imposible que don José no le hiciera el favor. Le diría que su mamá le cubriría su cuentecita más o menos dentro de un mes, si don José no desconfiaba... ¿Por qué los sirios y los antioqueños

eran ricos? ¿Acaso todo el mundo no tenía metido en la cabeza que el Chocó padecía una miseria terrible y que no circulaba dinero? Entonces ¿por qué estos se enriquecían y sus negocios prosperaban, con enormes ganancias?... A ver, ¿qué chocoano tiene plata?... ¿Eh?... Pues los blancos de aquí, que son los que están mejor, no tienen ni m... Hay que ver: los paisas llegan aquí desnudos; con su machete, sus alpargatas de cabuya, carriel terciado, tragando panela y agua. A la semana siguiente ya los topa uno vendiendo cachivaches... Y... ¡Jum!... Al momento menos pensado ya tienen montado un gran almacén, y son recibidos con alborozo en la alta sociedad... ¿Y, nosotros?... ¿Por qué diablos no tenemos ni para comer malamente? ¿No sabemos trabajar? ¿Somos pésimos negociantes? ¿Carecemos totalmente de visión comercial? Forzosamente esto obedece a algo...

Frenó el paso. Casi se pasa. Entró al almacén. Irra paseó la mirada, arropando el extenso armario repleto de mercancías, mercancías de distintos colores. Sus ojos se llenaron de telas, vitrinas, camisas, zapatos, cintas... ¿Cuánto valdría el almacén? ¿Qué tal él, Irra, dueño de semejante cantidad de mercancía? Y aquello pertenecía a una sola persona, a don José únicamente. Este trabajaba sin socios. Tampoco tenía mujer, ni hijos, ni noticias remotas de familiares vivos. Por la calle Irra vio desfilar a un muchacho negro, con una pequeña caja de madera, dentro de la cual iban dos termos de café, cuatro pocillitos, cucharitas, azúcar. Café... ¡Ah..., CAFÉ!... Ni siquiera poderse tomar una tacita de café caliente. Sintió resbalar en su paladar el dulce amargo del café. El muchacho prosiguió sin detenerse. Don José, sentado detrás del mostrador, humedecía con la lengua el pegante de un sobre. Sus hombros notábanse agobiados, su rostro demacrado, huesudo, compasivamente lívido, los labios llagados, requemados, ojos negros hundidos dentro de las órbitas cadavéricas, lengua amoratada, mirar vidrioso. Don José tosía.

Tosía. Otra vez tosía. Le pareció a Irra que don José escupió sangre.

—Don José... —dijo Irra, desviando sus ojos hacia aquella vitrina.

—Qué tal, Israel —respondió, dirigiéndole una mirada lúgubre, sensual—. ¿Qué se le ofrece? —don José dejó caer el sobre y se puso de pie.

—Yo... —murmuró Irra.

—Diga, diga no más... O si quiere, entre adentro —dijo tosiendo.

Irra atravesó el espacio entre dos mostradores y amplias vidrieras. Don José le señaló la trastienda. Ambos penetraron. Hacía exasperante calor, y costaba trabajo ver algo porque aquello era bastante oscuro. Estaba repleto de cajones vacíos y bultos rellenos de mercancías.

«Este hombre tiene aspecto rarón, ¿eh?... ¿Será cierto lo que se comenta?», pensaba Irra, aterrado.

—¿Qué le pasa? —preguntole don José, voz débil, plena de ternura. Acercósele a Irra. Tosió.

—Para no dar más vueltas, don José... En fin..., don José... Que si me puede facilitar quince... —la voz de Irra se estranguló.

—¿Apenas?... ¿Quince no más?

—Yo se los pagaré... —Irra tragó saliva.

—No, no... Tómelos —replicó don José, introduciendo su mano esquelética dentro del bolsillo delantero izquierdo de los pantalones. Sacó tres billetes que puso en las manos de Irra—. Me siento feliz —.gregó don José, susurrante. Y se acercó más a Irra. Este retrocedió.

—¿Por qué?... —inquirió Irra, nervioso, manoseando sus tres billetes.

—No sé... Pero me siento feliz ahora —repitió don José, tierno, meloso.

LIBRO SEGUNDO

Ira

IRRA HUYÓ DE la trastienda, sintiéndose aplastado por el mundo... Tembloroso, sudado, avergonzado de sí, ante sí, ante la luz que ahora alumbraba la calle, ante los transeúntes que lo miraban señalándolo, Irra sentía su ser reducido a una masa pastosa, gusanosa, bajo el cielo azul que para él cobijaba solo hambre y humillación.

Corrió hacia el parque, con un terrible ardor en la espalda, ardor causado por los ojos de toda la humanidad clavados en él. Salvó la calle, y a la sombra del anciano almendro se dejó caer en la dura banca de cemento. La brisa arrastraba las hojas secas desprendidas del ramaje de los almendros... y por los claros de la ramazón, focos de sol vespertino de las cinco abrillantaban el musgo y la grama marchitos al paso largo del verano. Irra, arrellanado pesadamente sobre la banca, sobrellevaba el humillante escozor en el trasero, y el calor de la banca soleada. De pronto sacudió el pie derecho y se agachó, arrancando una hormiga que le tenía clavada la ponzoña. Puso la hormiga debajo de la cabeza del dedo gordo de su pie, y... ¡psss!... Tenía Irra la cara bañada de sudor y se enjugaba con la palma de la mano... «Maldito turco», increpaba mentalmente. «¿Nadie habría visto?.. ¿No se habría enterado alguien a través de la ranuras del

piso de arriba?...». Irra se mordía los labios y quería arrancárselos para arrancar el beso malnacido del turco, beso vivo aún en su boca... «¡Maldita sea!», exclamó abofeteándose la mejilla... Se estrujó la cabeza entre las manos ardientes, y tirándose los motosos cabellos, motas enmarañadas, Irra empezó a llorar de rabia; lloraba de desesperación; lloraba de ansiedad; lloraba al sentirse tan miserable, tan empequeñecido, estropeado por la vida a cada paso. ¿Qué había hecho él para sufrir tanto?

Irra se iba haciendo hombre. ¡Cuánto había deseado él, impaciente, por llegar a ser hombre! Y pensar —sin saberlo él— que apenas estaba empezando...

Mirando las paredes forradas en hojas de zinc oxidadas, pasando revista a la tosca arquitectura de la iglesia, Irra se torturaba el cerebro, ingeniándose la manera de ponerle punto final a su existencia.

Un largo rato permaneció allí, sentado, vagamente impresionado por cuanto sucedía en torno suyo. En cambio, adentro, en las grietas de las profundidades de su conciencia, se agitaba la desesperación nutrida por el hambre, la ignorancia, la incapacidad.

Alzó los ojos a la torre de la iglesia. El disco amarillento del reloj, marcado con números romanos, tenía la flecha pequeña andando sobre la "v", y la flecha larga tocando el número "xii"... ¡Dios mío!... ¡A qué hora se hizo tan tarde! Ya no veía el sol sobre su cabeza, ni hacia el horizonte. La luz rojiza del crepúsculo se esparcía viva, pintando las paredes blanqueadas, las copas de los almendros, y los techos de zinc de los alrededores. Pero como el sol se iba hundiendo hacia el lado del Atrato, al punto de la desembocadura del río Quito, donde brillaba una estrella al comienzo de la noche, las casas de la orilla estorbaban la vista del horizonte. La sombra de las casas se volcaba sobre el parque. Y los focos de luz que traspasaban los claros de los árboles ya se habían ido.

Por la esquina de allá pasó un muchacho, papeles en la mano. Llevaba el legajo a alguna parte. Sí, ese estaba empleado, como portero de la Alcaldía y ganaba sueldo. En cambio él, Irra, aquí arrellanado con el estómago vacío, descalzo, pantalones y camisa podridos. ¡Qué vaina! Toda la mañana estuvo buscando trabajo: no solamente lo indignaba el no hallar colocación, sino que le provocaba pisotear al ingeniero de la carretera por haber tratado a Irra en semejante forma humillante. Le ardían las venas al evocar el momento en que aquel hombre, sentado al escritorio, dando mil vueltas en la silla giratoria, miró a Irra con sus ojos claros, frunciendo los labios despectivamente, mientras enjugándose el copioso sudor con un pañuelo fino le dijo en tono terminante, autoritario:

—¡Fuera de aquí, so mierda!... ¡Estoy ocupado!...

Irra se incorporó aspirando una densa cantidad de aire, abrió la boca como un lobo en un prolongado bostezo, y los ojos se le llenaron de agua. Se paró, desperezándose; volvió a bostezar, se sonó la nariz, y dando unos pasos se alejó del parque meditando: «Mi mamá desesperada aguardándome... No me puedo presentar sin llevarle nada... ¿Por qué diablos no le fie el arroz al compa Pastor?... ¿Quién me autorizó a mí a no decirle nada?... Tal vez ahora puedo volver... Él estará solo y entonces no hay inconveniente... A lo mucho me insulta y paso una vergüenza... ¡Y qué!... O... más vale ir donde la señorita Mariquita... Ella una vez me fio cinco centavos de bananos maduros y cinco de queso... Se los pagué y me dijo: "A la orden, Irra"... ¡Uff!, la señorita Mariquita es lo más buena».

Dobló hacia la carrera tercera, observando de reojo unos cartelones de cine, en la acera del teatro Salón Colombia... Y al divisar transversalmente el frontis color ocre del palacio intendencial, lo asaltó el pensamiento de que sí podía y DEBÍA matar al intendente... «Puedo matarlo... El gobierno es el culpable del hambre». Una

fuerza interior que le bañaba el rostro y le impulsaba todas las fibras de su ser comenzó a agitarlo infundiéndole energía. Era como una gran inyección que lo transformaba de muchacho hambriento, tímido, desnutrido, sin voluntad, en un hombre indómito, hombre decidido a ejecutar algo grande. Ahora sintió ante sí la fuerza de la vida, el vigor de la voluntad ardiente, el ímpetu de la idea palpitante impulsándolo. «¡Manos a la obra!», le gritaba la conciencia. «¡Manos a la obra!», le gritaban las piedras de la calle... «¡Anda!», respondían sus músculos. «Los cobardes no han realizado nada», le repetía su conciencia.

E Irra, erguido, a paso largo, se dirigió a la casa para armarse. Debía ir rápido y regresar antes de que el intendente hubiera salido del despacho. Todavía estaba allí el automóvil verde, empolvado, con el guardabarro desgajado. Escudriñó la cabina del carro a través del vidrio de la portezuela: no estaba dentro el chofer... El intendente demoraba en la oficina todavía...

Le faltaban treinta pasos para entrar a la casa. Trastabillando sobre el andén derrumbado, alcanzó el entablado, cuyos tablones en falso se levantaban al pisarlos.

Cielo encapotado. De pronto se vio el cielo rasgado por una línea de luz, ráfaga zigzagueante, y se oyó el retumbar de truenos lejanos.

Se acababa el verano.

Todo terminaba.

Y el hombre también.

Debía apresurarse y apertrecharse cuanto antes. ¡Lástima no tener revólver o una pistola!... Se metería dos piedras grandes en los bolsillos traseros de los pantalones. Mejor, hoy se pondría ese viejo saco que mantenía colgado, sin uso, en cuyo caso, más cómodo resultaba empacarse las piedras en los bolsillos del saco. Y en un papel envolvería, bien envuelto, el pedazo de hacha mohosa que estaba en

el armario. Las ideas se ejecutaban de una vez. ¡Qué cuento pasarse toda la vida de pendejo! Ahora mismo iba a bajarle la cabeza al intendente... La cabezota estúpida del gordiflón ese. Qué grandotes, y cómo miraban de chocantes, hipócritamente, sus ojos verdosos... ¡Pronto!... ¡A atraparlo saliendo de la oficina!... Ojalá lo alcanzara en el despacho... O si no, paviarlo en la casa. No era difícil entrar en la casa. Inventaría una diligencia, como ir a hablar con la cocinera... Lo dejarían pasar a la cocina... Y entonces se haría el bobo; con el rabo del ojo miraría dónde estaba sentado el muy vergajo, y de un... ¡pris-pras!... ¡Adiós paloma! Para sí, lanzó Irra una carcajada nerviosa. Se sentía valiente. Solo los muchachos ejecutaban acciones machas. Él, Irra, por fin iba a realizar algo en servicio del pueblo. El mal gobierno era el culpable de la miseria. Todos los gobernantes que él había conocido, pésimos. Al principio llenaban qué cantidad de papeles con promesas de trabajo, de abaratamiento de víveres, de yo qué sé qué. ¿Cómo era eso de que ni siquiera hubiera una solita obra pública en construcción? Bello que los pobres se apoderaran del mandato... Una vez Irra oyó hablar de que en cierta ocasión el pueblo había derrocado al gobierno por inepto.

Y esta tarde él, Irra, colocaría un grano de arena. Luego toda la nación entendería su deber. El gobierno era malo. Irra tenía una vaga idea de lo que llamaban re-vo-lu-ción... El gobierno era malo. Gobierno en las manos de los ricos que no sabían cómo era aguantar hambre, no ponerse un vestido, caminar descalzo o con zapatos rotos, vivir dentro de un rancho podrido. La gente se mantenía anémica. Los niñitos morían a montones. El pabellón antituberculoso estaba repleto. ¡Qué le iba llamar la atención a los ricos la estrechez de los pobres, cuando Dios mismo no hacía caso! Ni siquiera había logrado que los curas levantaran templos decentes. Siempre igual ese viejo caserón de madera carcomida, amenazando ruinas. Y las

imágenes viejísimas también, ahumadas, rasguñadas, con hábitos deshilachados... Ah..., cierto que eso no tenía que ver con los milagros de los santos... ¡Humildad, Santa Humildad!

En un abrir y cerrar de ojos Irra llegó a su casa. Entró desaforadamente. Se encaramó el saco. La habitación estaba oscura. A tientas, Irra metía la mano en todos los cajones del armario, buscando el viejo pedazo de hacha. Sentía la palma de la mano untándose de polvo, enredándose en las telarañas. Por fin un pedazo de hierro frío, tosco; lo palpó con el extremo de los dedos hasta encontrar el filo. ¡El hacha!... Se había apoderado del hacha. Al empuñarla quedó rebosante de energía. El arma le infundía ánimo. ¡Heroico manosear el arma! Revólver o escopeta. Disparar, oler el olor de la pólvora, ver caer, bañado en sangre, un hombre en la calle. Necesitaba matar. E iba a matar al intendente. Acarició el arma. La olfateó. Olía a hierro viejo, hierro oxidado. Al acercarse al hacha para olfatearla, sus labios y la punta de la nariz rozaron el pedazo de hierro frío, que le inspiró escalofrío fatal; salió disparado. Caminó cuadra y media, rápidamente, balsudo como una mota de algodón. Luego el cuerpo se le fue tornando pesado. La realidad era terrible. Había colocado el hacha bajo el brazo, y el filo le ardía entre las axilas. ¡Dios!

Marchaba quebrajando la tierra al peso de sus plantas. Le dolían los talones. Las casas tambaleaban, y las viejas paredes se rasgaban desplomándose, así como se hundían los negros tejados de paja reseca. Las piedras pisoteadas estallaban y gemían por encima de la arena. La naturaleza arrodillándose a su paso. Los demás hombres desfilaban como hormigas minúsculas, como ruines niguas confundidas entre el polvo. El sol ahora estaba incrustado en su pecho. Irra tenía potestad sobre la luna y las estrellas. Y si a él, Irra, no le provocaba su perra gana soltar una ráfaga de luz a la tierra de los mortales, jamás de los jamases regresaría la estrella matutina.

La estrella grande que brillaba todas las noches sobre el espejo en que se confundían las aguas de los ríos.

Y como cada hombre nacía bajo el signo de una estrella, Irra iba a ser el depositario del destino de los hombres. Iba a darse cuenta de por qué unos nacían bajo el signo de una estrella buena. Y conocería por qué otros hombres nacían bajo el imperio de una mala estrella.

Durante la noche brillaban millares de estrellas en el firmamento. Unas titilaban como la verde candelilla entre el verde follaje del bosque.

Otras inundaban el cielo azul y la parda noche con el purísimo brillo del diamante.

Miles casi no se advertían, sino que navegaban en el universo, como navega una gota de lágrima sobre la mejilla de una niña.

¡Oh, influjo implacable de los astros sobre el alma de los mortales!

¡Oh, Dios! ¿En cuál estrella pusiste mi llave?

Algunos nacemos para morir sin tregua... Otros nacen para la alegría.

Son estrellas diferentes.

Las de ellos titilan eternamente y tienen el precio del diamante.

Y la mía, Señor, es una estrella negra... ¡Negra como mi cara, Señor!

El turno del intendente había llegado. Irra subiría al tercer piso. Cruzaría los pasillos veloz. No miraría a los empleados, momificados en los escritorios. Entraría primero a la oficina de la secretaria privada. Le hablaría golpeado para que lo dejara pasar. Ya se veía frente a aquella muchacha pequeña, enfermiza, nerviosa. Si ella resultaba con antipatías, Irra le reventaría la boca, y de seguido la arrojaría a la calle por la ventana. Los dientes de la muchacha

se astillarían; esos dientes anchos que se escapaban de la boca; le remaría el cráneo contra el filo de la mesa.

Le chocaba toparse con los niños negros, barrigones, paliduchos, mocosos. Irra llevaba los puños cerrados, las uñas enterradas en la palma de la mano. De pronto se detuvo en medio de la calle y sonrió; se le escapó una carcajada seca, que se llevó el viento, y se perdió en la bóveda celeste oscurecida; la bóveda por encima de su cabeza, cubriendo calles grisáceas, empedradas, de aceras paralelas torcidamente sembradas de caserones misérrimos.

Irra se encontraba ya frente al palacio intendencial. Edificio grande, tres pisos, burdamente pintado de ocre; viejo edificio construido en madera, repellada; por lo cual se había podrido, y los pisos estaban apuntalados con guaduas. Sí..., se desplomaría pronto. A través de las ventanas, allá en penumbra, distinguía cabecitas y escuchaba el tá-tá-tá-tá de las máquinas, antiquísimos armatostes Remington... Miró hacia la puerta, y contra la acera estaba todavía quieto el automóvil oficial, Ford verde, empolvado, embadurnados guardabarros y llantas.

«¡NO MATARÁS!», oyó quizá desde el fondo de la tierra. O tal vez arriba en el cielo. Palabras milenarias, escritas por Dios mismo, entre rayos y relámpagos. La maestra le había enseñado los mandamientos de la Ley de Dios. Cuán encantador evocar la vocecita de la maestra, enseñando la religión..., y las oraciones. Irra se erizó. Sentía miedo. Temor horrible. Invadido por un frío violento, temblaba. Iba a desplomarse. Sentía reventadas las articulaciones de su esqueleto de barro. Los dientes le castañeteaban. Y forcejeaba por mantener rígidas las mandíbulas tremolantes. Un escalofrío mortal le sondeó la columna vertebral. Y la cabeza le dolía, tal si fuera martillada.

Se espantó ante la tierra, húmeda de sangre.

El sol y las estrellas que él había tratado de encerrar en su pecho se habían escapado, se precipitaban también al abismo de sangre.

Y contemplaba Irra las casas edificadas sobre una masa negra.

El líquido cárdeno, manando de las heridas de la tierra, corría furibundo, anegándolo a él hasta la cintura... Y las hormiguitas humanas se revolvían con sus harapos manchados, gritando, blasfemando...

Vio el cielo pardo, instalado sobre su cabeza encanecida.

Y descendió la noche. Noche negra; más temible que la vida de Irra.

Las tejas metálicas desprendíanse, y huían en el viento, tajando las gargantas de los transeúntes, cuyas calaveras volaban en alas de la paja arrancada de las techumbres.

Un rayo descuajose contra la testa de Irra. Le chamuscó las ropas, pero lo dejó ileso, desnudo, plantado en mitad de la calle. Y el polvo le tapaba las ventanillas de la nariz, y le llenaba la boca, y se le introducía en los ojos y en los oídos. No podía respirar, ni oler, ni ver, ni oír. Pero advertía lo que estaba ocurriendo.

Un ejército de cocuyos del tamaño de tortugas, arrojáronsele, devorándolo...

—¡Dios!... ¡Dios Santo!... —murmuró—. ¡O es el diablo!... Defiéndeme también, oh, Virgencita del Carmen, navegadora del mundo!... ¡Me ahogo!... —chapuceaba en el gran mar, abismo de sangre...

Las estrellas del cielo tambaleaban. Las piedras se reventaban bajo sus plantas...

Y el sol seguía otra vez, encerrado en el pecho de Irra. Porque su pecho era duro como la roca, en la cual se hallaba el astro rey, incrustado. Y era Irra depositario de la luz, y no quería el menor agujero, por donde se escapase al mundo.

... Pero quizá podría vender el sol y las estrellas por un pedazo de pan.

Hallaría al intendente en su despacho, sentado en la silla giratoria. Posiblemente lo sorprendería en cuerpo de camisa, repantigado, echado hacia atrás, el vientre inflado. No le ofrecería más que un mascullado «buenas tardes», seguido del hachazo.

Ahora ganaba el umbral de la ancha puerta. El primer escalón allá adelante, y a sus pies los baldosines verdes, rojos, blancos, azulosos. Al fondo un patio cercado por una verja de hierro lindando con la otra calle. Por esa calle debería de estar ahora el joyero puliendo las brillantes pulseras de oro. Patio triangular, ventilado. Pero sin un milímetro de pasto, sin el temblor de una florecilla. Se escuchaba una voz. Irra paró las orejas: chorro de palabrotas lanzadas desde el patio, en medio del cual se erguían tres palmeras de cocos.

—¡Mardita sea, carajo! —vociferaba el incógnito—. ¡Ejto mardeciroj robonej que no tienen qué comé, ya s'iban a robá loj coco e la entendencia!... ¡Que no me joran toy riciendo, injuelice, jijueputa!... Se lo vo a contá a mi tío entendente, que no vienen si no a una parranda e malnaciroj, que no me rejpetan... ¡Carajo e mielda!... ¿Ujteren no saben, no, que yo vó a sé entendente?... ¡Jáa!... ¡Ji-ji-ji!... ¡Jáa!... Me riyo y me sabe a queso... ¡Me riyo pio si nu ej d'eso!... ¡Jáa! ¡Ji-ji-je-ji! ¡Ja-ja!

—¡Candelo rabo e chucha! —gritaban otras voces más allá de la verja.

Ah, sí. Candelo. El loco. Su destino había sido custodiar aquellas palmas. Celar el edificio durante la noche. A veces, a medianoche, se escuchaban las notas de una dulzaina en los pasillos del palacio. Candelo se divertía, tocando mientras cesaba de lanzar improperios, sin importarle si era el más inocente de los varones de la tierra. Era una vaina el tal Candelo. Él no tenía familiares, ¿o tal vez sí? Vagaba y vagaba, demonio sin Dios y sin consideraciones para con

nadie. Sin embargo, había gentes a quienes Candelo respetaba profundamente.

Irra tambaleaba. Necesitó agarrarse del quicio. Mascullaba... Le flaqueaba la voluntad. Y debía matarlo, por tarde dentro de cinco minutos. Tenía la impresión de que junto a él desfilaban muchas sombras, y que esos espectros se reían de él, quizá. «Pusilánime», mascullaba. «¡Yo pusilánime!... ¡Maldita la semilla de mi padre!... ¡Y la matriz y el vientre de mi madre que me parió!... ¡Malditos sean! ¡No quiero ver nada! ¡Ni necesito ver nada! ¡Ni necesito nada!». Sentía que el piso le quemaba las plantas. Que sus pies estaban ampollados. Las ampollas habían reventado, e Irra caminaba en carne viva, pisando sobre la tierra salada. Espeso sudor le bañaba el rostro, el cual enjugaba con la palma de la mano, relamiéndose los labios salobres. Sus manos eran pálidas, flacas, en cuyos dedos pellejudos, resecos, se podían advertir los huesecillos, para estudiar anatomía.

Irra tenía todavía la sensación de un mundo oscurecido, y todo desmoronándose en un espacio oscilante, aire viciado. Sin embargo, continuaba. Se detuvo ante las escaleras. Y apoyó una pierna. Luego tiró la pierna más arriba, dejando un escalón de por medio. Saltó tres escalones más. Sentía el pecho oprimido; el cuerpo pesado, le pesaba una tonelada. Acezaba. Hizo otro esfuercito: subió otro escalón, y estaba ya en la segunda planta. Se detuvo un instante mientras aspiraba bocanadas de aire. En su mente se anticipó viva la escena en que asestaba el hachazo. La sangre salpicando papeles del escritorio, el piso, las paredes. Irra avanzó unos cuatro pasos, hasta ganar el primero, el segundo, el tercer escalón, de la segunda escala. No podía sostenerse, y viose obligado a agarrarse de la tosca balaustrada de cemento. El cuerpo le pesaba cuatro toneladas, y los huesos de sus piernas traqueteaban. Con ojos rígidos miró hacia la izquierda y observó las oficinas cerradas. Solamente

se escuchaban las blasfemias de Candelo. Irra quiso gritar. Pedir auxilio de alguien. Pedir el auxilio de Candelo... Se sentía a punto de estallar. Sus dedos frágiles, atacados de nerviosismo, iban a desprenderse de la baranda. Permaneció estático durante segundos. Si se movía un milímetro podría rodar escaleras abajo, y matarse... Continuó subiendo trabajosamente. Sudaba. Tenía la camisa remojada. Otro salto, y ganó el tercer piso. Miró a la izquierda un salón rectangular, donde había varias mesas con sus respectivas sillas, y al fondo un busto de bronce: César Conto, envuelto en la bandera de Colombia. Permaneció indeciso un momento. Miró hacia el corredor de la derecha. A lo largo el corredor de madera, lavado, tablas carcomidas; al extremo del corredor se veía la puerta de la oficina de la secretaria.

Se cernía la noche.

Le pareció que la puerta estaba cerrada. ¿Cómo podía estar cerrada la puerta? ¡No! Esforzó la retina para escudriñar si la condenada puerta estaba cerrada. Y caminó hacia allá. Se restregó los ojos nublados... No, sus ojos no estaban nublados. La puerta estaba cerrada. ¿No habría nadie? ¿Sería que el gordiflón había ordenado cerrar la puerta para quedarse trabajando, que nadie lo perturbara? ¡Claro! Eso tenía que ser. Pues Irra no tenía idea, ni la más leve impresión de cuándo los empleados se hubiesen retirado. O ¿no se daba cuenta? Se sentía con la cabeza pesada, el cerebro embotado. Afiebrado. Y ahora conservaba solamente una imagen borrosa de su existencia durante aquella tarde... ¿Por qué no golpeaba la puerta? Sí, podía golpearla. Debía golpearla. Así era mejor; que el gordiflón y la secretaria estuvieran encerrados. Y que no hubiese nadie más en todo el edificio. Si él estaba encerrado con la muchacha, entonces matarla a ella también. Pues si no mataba a la muchacha, esta lograría escaparse y servir de testigo después. Pero... ¿cómo hacía

para matar dos, él solo? Sí. Había que hacer las cosas bien hechas. Levantó el brazo con el puño cerrado. Ya debía golpear la puerta. ¿Golpes rudos? ¿O golpes suaves? Si golpeaba fuerte, los golpes resonarían adentro de manera extraña y ellos se asustaban. Y no saldrían a abrir sino que asomarían la cabeza por la ventana a la calle, gritarían, y acudiría la Policía. Entonces, sin haber ejecutado nada lo arrastrarían como sospechoso, entre las esposas... Y si daba unos golpes suavecitos, tal vez no se imaginaban nada malo, e inmediatamente vendrían a abrir. Pero, unos golpecitos suaves producían la impresión de que procedían de una persona nerviosa; se asomarían por el ojo de la cerradura, lo sorprenderían a él, y abrirían otra puerta para salir por ella y atraparlo, descuidado. O, a lo mejor, el intendente sacaba su pistola y lo mataba. Entonces, ¿qué? ¿Devolverse? ¿Portarse como un cobarde? No. Debía jugarse el todo por el todo. Si lo apresaban, bien, y si no, también. Como un resorte, su mano en alto, automáticamente, se descargó sobre la puerta. Un golpe sordo llenó el corredor. Dentro se movieron las hojas de las ventanas. ¡Maldición! Irra giró sobre sus talones. Vio el patio solitario con la palmera agitada por el viento. El viento frío le rasgó las mejillas, otra vez sintió traquetear el edificio. Una gran sombra blanca entró por la puerta. La puerta se abrió y se entornó tras la sombra. Inconsciente, Irra se acercó a aquella puerta. Pero la puerta permanecía cerrada, inmóvil. «¡Qué pasa!...». Le flaqueaban las rodillas. Caminó, corrió, voló por el piso de madera, cual bola de algodón. Aquí estaba el primer escalón. Dio un salto. Y... burmmmm... bumbum... Irra rodaba escalera abajo. Martillazos contra su cabeza. Su frente un martillazo azotado contra el yunque. Infundía alientos a sus manos y les rogaba se agarraran, ¡de por Dios!, se agarraran de algo, de una brizna. Quiso abrir la boca y con los dientes agarrarse al filo de los escalones de cemento. Pero nada.

Fue a descansar al segundo piso, reventado, estropeado, con una vaga noción de que era una masa viviente todavía.

Nada al fin. Nada. ¡Nada!

Contra la acera no se veía ya el automóvil. ¿A qué hora se había fugado el intendente? ¿Sería el gordiflón que salió, cuando traqueteó el edificio, y gimió aquella puerta? Y tantos empleados, ¿cuándo se escurrieron? ¿Deliraba quizá? ¿Allí donde yacía Irra ahora, era el catre mugroso de su casa o el patio de la intendencia? «¿Dónde está Nive? ¡Oh, Nive!...». Le dolían los huesos, le ardía la cabeza, la carne le ardía...

¡El buque!... Estupendo embarcarse, y viajar día y noche con el rugido del motor, cantando las canciones de los bogas, al ritmo alegre, resonante, de las maracas y del bongó... ¡Cartagena!... ¡Trabajo!... ¡Mujeres!... Tener plata... El mar azul... La playa soleada al viento... Barcas, blancas velas hinchadas... Le dolía la cabeza. Le dolía la cabeza, y el cuerpo le pesaba toneladas. El dibujo de los baldosines gastados, borrosos, giraban en la sombra. Las paredes amarillentas habíanse tornado grises. Soplaba la fresca brisa.

—... ¡Maldita sea!... ¡Ladronej... ¡Marnaciroj!...

Mentiras de Candelo. La gente gozaba haciéndolo rabiar... Le ardían los huesos a Irra, y sentía su carne desmilanchada. Se apretó el estómago. ¡Hambre! Deshechos los riñones, alterado el ritmo respiratorio... Acezaba... Exhaló un suspiro profundo: SU MADRE Y SUS HERMANOS, ¿DÓNDE ESTABAN? ¿NO SE HABÍAN QUEDADO AGUARDÁNDOLO? ¿Y ACASO ÉL NO HABÍA ENTRADO A LA CASA? ¿QUÉ PASABA, PUES? ¡MALDITA VIDA! ¡MALDITA MEMORIA!...

* * *

Ahora sí regresó a la casa. Volvió revolcado. La habitación estaba oscura. Rápidamente se quitó el saco ensangrentado, y se puso otra camisa, ensuciada, hedionda a sudor curtido. Oía las voces apagadas de su madre y hermanas en la cocina. Susurró animado por el tintineo de cucharas rozando con platos. Atravesó los cuartos oscuros, apestados, y apareció en la cocina-comedor, rociando a todos su mirada iracunda, agitada, bajo el ceño fruncido. Agarró el esqueleto del asiento, arrimándolo a la mesa, y se sentó.

Miró fijamente al plato de arroz enfriado, un plátano asado encima. «¿Y esta es toda mi comida?», pensó. Quiso hablar, pero se tragó la frase. Con una mano cogió el plátano y le chantó un mordisco; con la otra llevose a la boca una cucharada de arroz. El plátano endurecido, insípido. El arroz le supo agradable. Mediomasticó el arroz y el trozo de plátano. Tragó. «!Ah... Nnnn!...». Exhaló un quejido silbante, murmurante: un grano de arroz se le introdujo en una muela hueca. Irra dejó caer la cuchara bruscamente y azotó el pedazo de plátano contra la pared. Abrió una bocaza así de grande y se metió el dedo índice al fondo de la muela; la uña hurgaba, hurgaba, hurgaba, luchando por extraer el grano de arroz, pero nada que salía... Sacó el dedo y empezó a hurgar la grieta con la punta de la lengua. Ya casi lo sentía afuera. Pero en realidad el grano de arroz permanecía muy bien acurrucado. Entonces estiró el brazo y arrancó una astilla de palma de la pared. La astillita sí pudo penetrar. Irra, como libre del peso de una montaña, escupió triunfante el grano de arroz.

Quedose mudo, sin decir ni «mu». Lo incomodaba un nudo en la garganta. Su áspero talante denunciaba un humor de jabalí. Y al mirar de soslayo a alguien, parecía querer derrerlo.

Clarita y Aurora, acabando de comer, lamiendo sus platos todavía, miraron a Irra furtivamente. Clarita lo adoraba y veía en él la

más firme esperanza de la familia. Clara se preocupaba por mantener la ropa limpia; le almidonaba y planchaba decentemente las camisas y pantalones de dril blanco. A Aurora le chocaba la miseria. Ver ella a un pobre era como el rechazo de algo contrario a la naturaleza. La mantenía de mal humor no estrenar un vestido, sino al cabo de meses, a costa de sacrificios ingentes; solía ser grosera, especialmente con la madre. Hoy Aurora estaba terriblemente desesperada. No podría asistir al baile del domingo, y no sabía cómo arreglárselas con esos zapatos viejos, de trabilla reventada, tacones gastados.

La madre se movía encorvada, encendiendo el horno. Su rostro sudoroso traslucía profundo cansancio, acumulado durante una vida entera golpeada por la miseria. Estropeada por la angustia de no haber cumplido con uno solo de sus deseos en bien de sus hijos. Todo el día lavando ropa a pleno sol, sin comer. Y ahora el amasijo, que le embargaría más de media noche. No había otro remedio: trabajar, luchar, no importa que el organismo se abocara a estallar. Para el pobre, ¡luchar! No desfallecer mientras hubiera respiración, y unos hijos necesitados de pan.

—¿Cómo te jué, hoy mijo? —dijo la madre, rompiendo el silencio, mientras atizaba el horno.

—¡Cuidado le pega, mamá!... Si tiene la cara amarrada como el diablo —le dijo Aurora.

Irra gruñó, haciendo un gesto temerario. Le fastidiaba que le hablaran. Que se preocuparan de él. Él no debía importarles nada a ellos. Debían de irse a la m... Quería ser libre. ¡Libérrimo!

—No me hagái sufrí tanto —asintió, adolorida, la madre.

—Pero ¡qué fue!... —gritó Irra, disparando encima de todo una mirada de odio.

—Es que... —habló Clarita. Y sus ojazos negros, húmedos de ternura, se inundaron.

—¡Que no me vea así, Elena! —profirió Irra—. Si quiere mi comida, ¡jártesela!...

Elena gruñó retorciéndose, y se escurrió temerosa, debajo de la mesa. Tenía el rasguño de cuando Irra la pateó, por la tarde. Ahora él querría azotarla de nuevo.

—¿Por qué soj así con tuj hermanita, hombre? —murmuró la madre, angustiada.

—Es el Patas —asintió, chillona, Aurora.

—¡Que no me jodan más, carajo!... ¡Váyanse a la porra! —gritó Irra, descargando el plato sobre la frente de Aurora.

Los vidrios se desperdigaron, y llovió arroz en la cocina. Irra se levantó azotando el asiento contra la pared. El asiento maltrecho se desarmó.

Clarita, enternecida, quedose quieta, interrogando al mundo, con el rostro bañado en lágrimas. Pobrecito su hermano Irra. Su hermanito estaba desilusionado porque no iba a poder continuar estudiando. El sueño de Irra era poder tener una carrera, médico o ingeniero, proporcionarles buena vida a su mamá y a sus hermanitas. Las adoraba entrañablemente. Le ardía suavemente la nariz a Clarita, y el llanto silencioso fluía de sus ojazos negros. ¡Maldito gobierno que le había negado la beca a su hermano! Pero Dios estaba allá arriba... La Virgen del Perpetuo Socorro le ayudaría a Clarita a que concluyera sus estudios de maestra el año entrante, para ella poder costearle los estudios a Irra. Lo sostendría aunque tuviera que darle más de la mitad de su sueldo... aun cuando ella no alcanzara a comprarse buenos trajes... Pediría una escuelita bien apartada para ahorrar más... Clarita se enjugaba el rostro en la falda.

—Eta casa tá peldira —dijo la madre, llorando, encorvada sobre el amasijo—. Eso é polque yo toy aquí, que se jolman esaj peloteraj... Cuando yo muera querarán tranquiloj...

Hubo un hondo silencio.

Aurora se había retirado, la cara ensangrentada, gimoteando. Irra permanecía arrinconado, de pie, contra la pared. La lamparita de kerosene, alumbraba con débil luz rosada, luz a punto de fugarse con la brisa. ¿De dónde habían sacado esa otra lámpara? Irra veía todo brumoso. El nudo de su garganta más ajustado, y en su boca tenía esponjada una gruesa saliva amarga, difícil de tragar. Irra pensaba en el barco balanceándose; su chimenea arrojando gruesas nubes de humo negro; la mesa del corredor repleta de frutas, salsas, el mantel limpio, extendido. ¿Cómo diablos había él hecho añicos el plato en la frente de Aurora?... Pobrecita la madre, trabajando sin descanso... Y Elena se había quedado dormida bajo la mesa.

—Cuando murió tu papá —continuó hablando la madre—. yo creía que vo íbai a sé l'hombre de la casa... Qu'íbai a sé e'lamparo e tuj helmana... Como véi, cuando te juíti hora rato a bujcá l'arró onde er compa, no golvítei... Y loj hubiéramos muelto di hambre si Ana Cláa no ía traído eta comira que loj tamo comiendo... Nué que yo te té sacariñando la jaltiña eta... —la madre empezó a romper huevos, echándolos a una totuma que tenía en el suelo. Los sacos de harina también blanqueaban el piso, y parecían moverse alistándose para transformarse en la masa elástica, amarillenta.

Irra observaba aquella actividad de la madre. No entendía cómo el ambiente había cambiado tanto, en la casa que horas antes él había abandonado, tétrica. Las frases de la madre le resonaron a Irra en el fondo del corazón. Él sentía hondo amor por sus hermanas. Las adoraba siempre, y aspiraba verlas bien, con finos vestidos, perfumadas, las uñas esmaltadas; aspiraba a que ellas pudieran asistir a bailes, y al cine los domingos. Pero él mismo no se explicaba lo que sucedía. ¿Para qué tratar de justificarse, cuando en el fondo de su corazón lo atormentaba precisamente la tremenda situación

de su familia, cosa que él deseaba remediar? Lo mejor era irse. A Cartagena, su más indicada ruta. Allá conseguiría trabajo. Y al cabo de meses les giraría el pasaje a su madre y hermanas. Elena estaba muy niña todavía, para no tener derecho siquiera a una muñeca. Y Jesús listo para pasar al colegio.

Relampagueó. Se desmoronaron truenos lejanos. Una cinta lumínica, quebrada, rasgó el cielo oscuro y los fogonazos penetraron por las rendijas. La llamita rosada de la lámpara de gas quiso apagarse. Iba a llover. El barco zarparía a las cinco de la mañana. Se sentía atado a esta tierra, pegado a las paredes destartaladas de su casa misérrima, donde había vivido siempre. El amor al hogar se le despertaba con más fuerza. ¿Cómo dejarlo de un momento a otro? Sus plantas, los cabellos de su cabeza, la médula de sus huesos, adquirían raíces más profundas, agarradas a esas piedras lóbregas, malolientes, a esa tierra polvorienta y reseca. A esas piedras rechinantes. A ese sol que lo había quemado desde niño. A su río majestuoso, sobre el que había galopado su piragua, castigándole Irra las ondas con el canalete.

En ese momento fue llegando Jesús, el otro hermano. ¡Jesús! No lo había visto en todo el día. ¿A ver? Lo vio a las ocho de la mañana. El muchacho se presentó cariamargado, la bandeja en la cabeza, y un plato de cocadas en la mano. Sin embargo —continuaba pensando Irra—. debía irse. Mañana ya no le correspondería dormir en el mismo catre mugroso, sino que iría rodando sobre las aguas, entre los verdes murallones lindando con el inmenso río. Y el buque lo arrastraría camino de la salvación, como la cesta de mimbre para el infante de las madres de Sión.

—Mamá —dijo como airado Jesús—. que loj pane no se vendieron, ni laj cocaraj tampoco... Er dijo que no le mandara má suj porquería; que no hacían má que llenále su mojtraró de mojca.

El muchacho colocó bandeja y plato sobre la mesa, y se sentó ante un plato en el que estaba su comida: sancocho revuelto con arroz y plátano. Ávidamente empezó a comer. Tenía la frente sudorosa y una vena gruesa, sobresaliente en las sienes. La madre dejó de romper huevos y con el rostro inundado de tristeza y angustia miró a Jesús.

—¿Y cuántoj eran los pane..., te acolldai, Jesú? —dijo ella mecánicamente.

—Tré cincuenta —murmuró Jesús, continuando al frente de su plato, ya casi desocupado. Tendría él unos catorce años. Era delgaducho, escuálido, las piernas secas descansando sobre los pies anchos, rucios; uñas largas, repletas de mugre; nariz chata, labios gruesos; frente ancha, brillosa; orejas paradas; el cabello bastante crecido, cabellos cual mota de carne molida. Jesús hablaba poco, pero era un muchacho activo, preocupado por salir temprano a vender los panes y demás mecatos. Además, por propia iniciativa, solía hacer pequeños negocitos, cuyo producto en ocasiones había salvado del naufragio el mercado. Vestía viejos calzones de dril caqui con un notable remiendo atrás; su camisa manguicorta había sido hecha mediante añadidura de talegas de harina; magnífica tela para camisas. Lo único defectuoso era que en el pecho o la espalda leíanse las marcas correspondientes, gruesos caracteres rojos o verdes, con algún dibujo al centro; una corona, por ejemplo.

—¿Y quién taba ahí, cuando ér te lo rijo?

—Ahí taban unoj hombre comprando...

—¿Y cuánto se vendió?

—Uno quince...

—¿Y lo de la harina cuánto es ya? —inquirió Clara.

—Siete peso..., quince peso con lo di hoy.

—Peo farta lo e laj otraj tienda...

—Por tóo lo que yo vendí juero séi peso —dijo Jesús.

—¿Farta mucho pa completá?

—Bueno, y...

—Entonce yo marugo mañana a vendé ejte amasijo, mamá.

—Pero...

—Y no se orvire mi mogollita... ¿oyó?

—De la mía tampoco —agregó Elena, que al parecer estaba dormida.

—Atiza l'horno, Ana Cláa...

—Y Aurora debe estar roncando...

Más fogonazos celestes. Por doquier el viento soplaba fuertemente. Luego, ruido en el espacio... Y goterones golpeando los tejados.

Se iba el verano.

Irra, que había estado atendiendo la conversación, sin decir palabra, se retiró silencioso. Traspasó aquellas habitaciones oscuras. Salió a la calle.

* * *

De nuevo se vio en la misma calle empedrada, con los viejos caserones de madera débilmente iluminados por pequeñas bujías, luciérnagas eléctricas, clavadas en el extremo superior de viejos postes de madera, podridos. Iba a visitar a las amigas de siempre. ¡Cómo había gozado de la dulce compañía de aquellas niñas!... Ahora sentía tapada su nariz y respiraba con dificultad; le dolía la cabeza, un dolorcito agudo hacia la derecha. La lluvia arreciaba lavando las paredes descoloridas, derritiendo el pañete rodante. Pero él estaba acostumbrado al aguacero. Andando apegado a la acera tal vez no se empapaba mucho. Por lo demás, él no era sal para derretirse.

Se hicieron amigos desde la noche en que Israel compró allí, en la tiendecita de la mamá de ellas, una pasta de jabón de cinco centavos. Las cuatro niñas sentadas alrededor de la mesita preparaban las lecciones escolares. Se cruzaron unas palabras, y parece que las encantó la manera de charlar de él, su modo de ser. Siguió visitándolas y él y ellas pasaban largas horas refiriendo historietas. Casi alcanzó a tener amores con Tini. Claro que nunca la había besado, pero ella lo quería. Tinita era una mulata elegante, gruesa, de ojos negros, grandes ojos, mejillas rellenas, labios carnosos, el pelo ondulado. Pero la mirada de Tinita tenía una expresión confusa. Tal vez sus ojos reflejaban cierta frivolidad, un carácter hipócrita. Y esa risa taimada... Tal vez era por eso que él no se le dedicaba. La otra no era muy bonita; tenía las piernas largas. Pero qué simpatía, ¡qué golpes fuertes prodigaba jugando! Le daba a ella cierta gracia ese color canela fresca de su tez. Buena casa aquella. La madre sí que era una gran persona. A cada amigo lo llamaba con un gracioso diminutivo. Cuando ella lo llamaba «Irr...», él se sentía pequeñito, suavecito, colmado de cariño. ¡Qué cantidad de vecinos se congregaban allí, las noches de luna! Seguía lloviendo. Israel no se atrevía a vagar calle. ¿Sería mejor irse directo a la «Yesquita», a bailar un rato con las mujeres? Quizá no. Esas mujeres estaban enfermas, sifilíticas. Lo mejor sería conversarle a Tinita. Y con la cosa del viaje ella se pondría sincera... Irra acercaría su asiento al de Tinita, tan pronto como desapareciera la madre. Generalmente esta se acostaba primero y los dejaba charlando. Él le diría unas cuantas frases conmovedoras. Que no se volverían a ver. Que la había amado desde la infancia. Y otras frases de ese estilo... Y... *chic,* la besaría en esos labios carnudos, humedecidos... Ella quedaría sufriendo, le rogaría que le escribiera, y a él le encantaría... Ahora observaba que su ropa no estaba tan sucia. ¿Por qué estaba

de noche? Pues de noche no se notaban un pantalón y una camisa tan sucios como a la luz del sol. ¡Maldita sea! ¿Se rompió la frente Aurora? Pero si él la quería...

La lluvia seguía golpeando los tejados, y el agua escurría a torrentes en la calle, brillando a la luz de las bujías. El Bataclán le quedaba más cercano. ¿Irse sin ver a Nive? A pocas cuadras estaba el Bataclán, caserón destartalado, con su salón inmenso, sucio; peligroso bailar sobre ese piso averiado. Distinguía moverse a los borrachos, y sus gritos destemplados se oían también... Casi entendía la letra de la canción que ahora cantaba el traganíquel: «*Bésame mucho... como si... noche... como si fuera esta noche... la última vez*»... Aquello tenía buen sabor, y no existía otro sitio de diversión en la población, como no fueran esos cines pésimos. Daban una magnífica película llegada en el avión de hoy. Pero costaba veinte centavos: *Cuán verde era mi valle.* Los cartelones exhibían, además, pegados con goma, recortes de comentarios de la prensa de Bogotá... Dizque la película se basaba en una estupenda novela... Irra no tenía muchos deseos de asomarse al Bataclán, repleto de bogas cartageneros, venidos en el barco; eran muy pendencieros los bogas; borrachines. No fuera que hoy ocurriera como el otro día, cuando mataron al zapatero. ¡Qué escena más bárbara! Irra se levantó de la cama esa noche para curiosear. No había presenciado otra igual.

Los hilos de agua que escurrían de los tejados se iban adelgazando. No cesaban los relámpagos, aunque ya no estaba tan recio el aguacero. Era temprano todavía: no más de las siete y media... No, no... Ah... ¿Ir a dónde?... ¡Imposible! Irra tenía la visión sangrienta de aquel día...

Irra se apegó más a la pared de esa esquina porque el viento soplaba la lluvia contra la acera. Se le habían remojado las patas de los pantalones, salpicándose de arenilla. Sentía los pies fríos, sobre

la tierra mojada... «En fin, no iré al Bataclán...». La escena no se le borraba del cerebro... Cómo corrieron todos y se escabulleron pronto... Sí... La trifulca ocurrió por causa de la negrita aquella. La moza del zapatero. Pero esa noche no había querido separarse del cartagenero. ¡Qué diablos!... Los bogas daban whisky, y dizque pagaban bastante plata...

—¡Quiubo ilustre, benemérito! —le habló alguien a Irra, palmeándole la espalda. Irra se sobresaltó como pelota de caucho, mirando nervioso atrás.

—No se asuste, hermano. ¿Qué piensa?

—Ah, no me he podido mover de aquí.

—Está juerte el aguacero, ¿eh?

—... Y es muy temprano para acostarse uno.

—Ar fin me voy mañana.

—¿Medellín?

—Depende... Lo resolveré...

—Me gusta más Cartagena...

—Es mejó centro... Má trabajo, ¿ah?

—¡Ah, carajo, nos estamos mojando!

—Aguacero ventiao... ¡Huyyy, que frío!

—Se fue el verano...

—Ya eta sequía taba poniendo eto invivible...

—Mucha peste... Olía a m... por todas partes...

—Hay que ver esa playa...

—Y a gallinazo... ¡Ah, hijuep...!

—Qué carajo... El verano es lindo...

—Amanece como si juera a llové...

—Y después de las once, el sol comienza a arder...

—Hizo hoy un caló horrible...

—No. Quitémonos...

—Noj vamos a remojá...

—¿Qué hacemos?

—¿Al Bataclán, entonce?

—Nnnn...

—¡Clado! Bailá un rato... Manque sea la última vé...

—La última vez... —repitió Irra, melancólico, y tragó grueso. Silencio.

—Toy pensando...

—¿Y cómo va en su trabajo, profesor...

—¡Ah!... tengo loj pies empapaos... ¡Mardito zapato!

—La calle está fría...

—¿Qué?... Malísimo... Toy sin trabajo... Por eso me voy...

—¿Qué pasó, pues?

—Vea, hermano: toy sumamente aburrío aquí. Hace diecisei año, como usté sabe, me vine yo der San Fan. He trabajao en tó lo qu'he podido, hasta de silviente, porque yo no tengo inconveniente de hacé lo que se me presente, para ganarme mi centavitoj. Ciertamente, yo no sé nengún alte... Peo lo que soy yo, me muevo. Ahora hacía un año y merio que taba de ependiente onde el armacén de don Valentín... Peo esoj desgraciaos tulcos son tóos unos hijueperraj... No me había pagao nada, sino que me había mandao a comé a la casa y de vej en cuando me daba una camisita y cualquié pantaloncito, y la entráa a matiné loj domingo... Eta semana que me avisaron que mi mamá taba grave en Condoto, necesitaba íme, o po lo meno mandále argo, ya dende que me vine a rorá joltuna no l'he hecho nenguna atención. Ar fin me resolví, y le dije: «Bueno, don Valiente, arreglémo cuánto é que usté me debe, polque yo necesito dir a vé a mi mamá que tá e muelte en San Fan...». Er, riyéndose, me decía que no había cuidado, que ahí arreglábamo... y yo preguntále y preguntále, hasta que me aburrí y le dije que no trabajaba má con er, y que me diera mi plata...

El aguacero seguía susurrando. Los relámpagos rasgaban el cielo pardo. Y a lo lejos, a la pálida luz de las bujías, se movían rápidamente los transeúntes. Irra escuchaba atento el relato de Iván. Era un muchacho. Tal vez no un muchacho. Tenía unos treinta años. Pero siempre se mantenía jovial, y todas sus maneras reflejaban las de un mozo de diecinueve. Todos los años conservaba el mismo aspecto. Hoy igual que ayer. Bajito, gordito, pecho plano, moreno, de un moreno oscuro, ojos castaños, ojos vivos, detectivescos.

Generalmente se lo encontraba sonriendo, lleno de alegría contagiante. Gustaba mantenerse con pantalones blancos; ropa impecablemente lavada, planchada con almidón. Todo el mundo lo conocía y era de lo más servicial. Todos lo querían, y de ser tan bueno, quizá se dejaba explotar. Cuando hablaba tenía la peculiaridad de rascarse la cabeza, lanzar miradas picarescas con el rabillo del ojo. Caminaba brincando, nervioso. Sufría de sinusitis, enfermedad que le impedía trabajar materialmente, embargándole muchos días a Iván, que en ocasiones se veía obligado a cargar pesados bultos.

—¿Y qué le pagó?

—Aguante no más. Cogió, dio güerta, se jué ar cajón der mostraró, sacó unoj biyetico, y me tiró tré sobre el mostraró... La sangre se me subió a la cabeza... Pero la hoda de matá se pasa, Irra... Veí loj tré biyetico sobre el mostraró... Me dio gana e yorá... Salí uno de su casa, dejá la familia, no ayurale uno a su mamá aun cuando a tréle una lata di agua, y en cambio veníle a trabajá de balde a un individo que no sabe cómo yegó aquí... Se lo digo, hermano, que lo veía chiquito a don Valiente, y má bien prejerí retiráme, y le dije con lágrima en mis ojo: «Ma bien no me dé nada... que trej peso no enriquecen ni empobrecen a nadie... Usté me roba a yo hoy, argún día lo pagará».

—Pero eso tiene arreglo —dijo Irra—. ¿Por qué no lo denunció en la inspección del trabajo? Eso allí lo arreglan.

—¡Qué vá!... Esa mardita ojicina é una vagamundería que han inventao pa acabase de tirá ar pobre... Allá tuve. ¿Y sabe qué me dijieron? Que golviera espué... Y cuando vorví, ya don Valiente, como él tiene plata, había tao allá, y lej dijo que ér no me debía nada, y que tenía testigo que ér me había pagado loj día d'ejte mé, qu'era lo único que yo había trabajao con er... Y que más bié el me había manteniro y me había da e comé pa que yo me mantuviera caminando la caye...

—¿Y llevaron el testigo?

—¡Cómo que si lo yevaron! Yevaron a unoj d'estos mueltos de hambre que hay aquí que no se mantienen sino lambiéndole laj pata a loj que tienen... Er testigo jué José, que hasta é paisano mío der mismo pueblo, y tuvo boca pa ejclará en contra mía... El ispertó de trabajo, sin sabé bié laj cosa, se hizo er pendejo y me mandó salíme de su ojicina; que ér no tenía tiempo pa oíle queja a un negro ajqueroso... Po eso me voy... Un chofé que vino ayé de Boliva y que tiene conociroj en Betulia, me ofreció yeváme en su camión sin cobráme nada, y dándome la comira, con tár que yo le ayudara en lo que me juera posible... Me voy, hermano... Aquí no se puere viví... Toy aburrido, Irra... Gracias a Dió que mi mamá ya tá mejocita...

Había cesado un poco la lluvia. A lo lejos, allá al fondo de la calle, se escuchaban las canciones brotadas del traganíquel. Y se oía la bullaranga de los bogas borrachos.

—Vamos pal Bataclán, que ya no tá yoviendo, Irra.

—Bueno... Atravesemos, Iván...

Atravesaron la calle. Iban caminando, silenciosos sobre la otra cuadra. Irra se detuvo de repente:

—Oye: yo voy a ver una cosa acá... Me esperas allá, ¿eh?.. No me demoro mucho —agregó, dando la vuelta.

—Noo, no sias pendejo. Ya me vas a embolatá... Caminá, vamo

—replicó Iván tirándolo del brazo.

—Es que...

—No importa. Mañana vas.

—Me voy. Es urgente... Allá me aguardas, si quieres... Hasta luego.

Iván se alejaba por la acera húmeda, caminando brincadito, ademanes nerviosos, rascándose la cabeza. Se iba. Otro que buscaría refugio en tierra extraña.

LIBRO TERCERO

Nive

IRRA SE DEVOLVIÓ por la misma acera. Continuaba lloviendo. Lo tenía horro aquel aguacerito constante, como llanto de niño quicato. A momentos parecía escampar, pero mentira; cesaba unos instantes, e inmediatamente arreciaba. Y así sería durante toda la noche, y posiblemente durante todo el día siguiente.

Cruzó la carrera tercera diagonalmente. Y continuó por la acera: andenes derrumbados, barro resbaladizo. Iba caminando rápido. Vio de nuevo el edificio intendencial. Y le parecía mentira lo de antes. ¿Realmente él, Irra, se dispuso a matar al intendente? ¡Claro!... ¿Por qué no lo mató? No dilucidaba preciso en su mente lo acontecido. Debió ser que al subir del río se había acostado en el catre mugroso, había dormido y soñado la escena. No era raro. Él había tenido en vigor el plan de matar al ventrudo ese... Relampagueó hacia el norte. El trueno sacudió el firmamento... Cuando sus pisadas sonaron ahora sobre el pretil del edificio, al sentirse frente a la puerta, Irra creyó su cuerpo hundido en mar de horror. Quiso gritar. Lanzar un lamento que estremeciera las entrañas de la tierra, las entrañas de los cielos. Corrió, y le parecía que cien brazos poderosos, armados de garfios, lo detenían de la camisa. No

podía respirar. En la esquina, al frente, vio de par en par abierto el café Puerto Nuevo. Se tranquilizó. Allí había gente. Las dos bolas blancas y la bola roja del billar chasqueaban al impulso del taco; las bandas de caucho rechazábanlas, haciéndolas buscarse unas a otras, coquetonas. Irra siguió de largo. Torció hacia el Atrato. Salvó la calle otra vez diagonalmente, y subió con esfuerzo el alto andén. Por un instante creyó que estaba recogiendo sus pasos. Aquellas callejas en adelante vivirían en su corazón para alentarlo. Pero, quién sabe cuándo tornaría él a recorrerlas y herirlas con su risotada, o con su rastro maldito... Desde la esquina miró al frente, el caserón antiguo, dos pisos, el teatro Colombia. A través de las curtidas cortinas, vagamente distinguía unas siluetas de espectadores. Y a pesar de la lluvia el público había asistido a *Cuán verde era mi valle*. También se oían música y voces del cinematógrafo. Exactamente al frente de Irra, en el piso bajo, se veía el pequeño establecimiento de juegos, repleto de gente, atestado de voces y ruidos. Sentados en las enclenques silletas de cuero contemplaban a quienes jugaban billar; más adentro, las mesas mugrientas rodeadas de hombres que hacían restallar las fichas del *dominó* contra las tablas de la mesa.

Todavía le faltaban unas cinco cuadras. Menos mal que esa calle estaba pavimentada. No obstante, tenía muchos baches. La lluvia arreció nuevamente, y fulguraban los relámpagos entre truenos estridentes. Unas cuantas pálidas bombillas alumbraban las calles desoladas. Irra siguió corriendo. Saltó a la acera contraria, buscando aleros. Corrió atrás. Volvió a saltar. Caminó bajo los remojados almendros del parque. Miró el reloj de la torre: horario en el nueve, minutero rondando las seis. Nueve y media. Prosiguió por la mitad de la calle y luego subió a otro andén alto. Allí era. Casa grandota, de madera; hacía mucho tiempo la habían pintado de verde. A la luz del día eran sus paredes curtidas, desteñidas, carcomidas; con

rendijas y hasta faltas de tablas enteras, por donde podía mirarse el más puro fondo. Caminó por el andén de cemento. La lluvia se desgajaba en gruesos chorros que aporreaban los tejados, azotaban las paredes y barrían las calles, ensordeciendo el ambiente.

Parose a la puerta contigua al zaguán. Estaba cerrada. ¿Estarían durmiendo? Dio dos pasos adelante y miró por el portón prolongarse una escalera de madera, muy inclinada, tenuemente iluminada por el reflejo de la bombilla del comedor. Echado, estirado a lo largo del último escalón de arriba, permanecía alerta un perro de piel negra, manchada. Cuando presintió a Irra, se le encaró, ladrándole desesperado, pero sin abalanzársele. Irra se retiró. Volvió a plantarse delante de la puerta. El viento le rociaba la lluvia, e Irra se apegó, casi incrustándose en la pared. Quería llamar pero le daba pena perturbarlos si se habían acostado. En fin, ellos no se disgustarían. Se pondrían contentos de que él no se hubiera ido sin despedirse. Empujó la puerta. Estaba sin trancar... Se abrió lentamente..., descubriendo un antro tenebroso. ¿No habría nadie? Entró, paso entre paso. De pronto: brumm... Rodó al suelo, formando un ruido espantoso. Había pisado un hueco, por el cual se le escurrió la pierna. Apretó un grito en la garganta. Permaneció allí unos segundos, aterrado.

—¿Quién es? —gritó, en el fondo del caserón, la vocecita.

Irra se incorporó. Le ardía la espinilla. Se pasó la mano, sobándose... Nada grave... ¡Maldito roto! Caminó sin responder, y remó contra una puerta cerrada.

—¡Que... quién es! —volvió a oírse la vocecita.

—Yo, Nive... Está muy oscuro.

—¿Quién yo?

—Yo... Ábreme... Es Irra, Nive...

—Ah, un momentico... —adentro crujió algo, así como cuando uno se levanta de la cama.

—¡Nive!

—¡Ah!...

—¿Ya están acostados?

—Voy a abrirle... Espéreme... —se sintieron venir débiles pisadas.

Las pisadas crujieron más cerca sobre las tablas. Se sintió descorrer una pesada tranca. Chirrió la puerta, abriéndose; pero Irra a nadie veía. Esforzó la retina, pero era imposible distinguir. Estaba muy oscuro.

—Ya está abierto, Irra.

—Muy oscuro, Nive.

—Entre no más... ¿Usted tiene fósforos?

—Creo que no... —se esculcó—. No, Nive.

—Es que el viento me apagó la lamparita... Entre no más... Cuidado se golpea con esa mesa que está allí...

A tientas, Irra entró. Con su mano húmeda, fría, tanteando en la oscuridad, tocó la cabeza de Nive.

—Usted está mojado...

—¿Cómo hacemos, Nive? ¿El fogón no se podrá encender?

—Ese sí que está empapado... Más que usted —dijo Nive, dejando escapar el resoplido de una risita—. A ese fogón le llueven muchas goteras, hasta sin llover... ¿Sabe? Mejor aguárdeme aquí... Yo la voy a encender allá afuera...

—Pero la lluvia está fuerte, Nive... Te mojas, Nive... Es aguacero venteado, hija...

—Aguárdeme, no más... Yo voy corriendo... —dijo Nive, saliendo.

* * *

Irra le iba a preguntar por los demás, pero la silueta de Nive se había esfumado. Estarían roncando, dormidos, los otros. La ropa húmeda se le pegaba en el cuerpo e Irra sentía frío. Le ardía la pierna, un

ardorcito fastidioso. Volvió a sobarse la espinilla, quejándose. Estaba plantado en un largo corredor dispuesto en escuadra. Daba a una reja de madera, partida en dos, por donde se bajaba al baño, cubo de cuatro hojas de zinc paradas. Luego seguía el patio, pantanoso, enyerbado, enlodado, putrefacto. Ese patio comunicaba con un estrecho callejón. El viento silbaba a través de aquel pasillo oscuro y vacío. Irra continuaba de pie, tal vez en la mitad del corredor, pero no había tocado ninguna mesa ni nada sólido. Sobre su cabeza, en el piso, cimbraban las tablas, al paso de unas pisadas. Miró hacia arriba: ¡Dios, qué veía!... Piernas de mujer... Las tablas no estaban bien unidas e Irra lograba mirar a través de anchas hendiduras. Estiró el cuello, abriendo tamaños ojazos, empinándose sobre la base de los dedos... ¡Claro!... Los muslos de una mujer... ¿Tendría calzones? Quizá no. La luz penetraba ligera a través de sus faldas vaporosas... Se empinaba más, mucho más... Ah, caracho. Tenía el cuello cansado y le ardían los ojos; le lloraban debido al polvo que le llovía, sacudido por las piernas de aquella mujer; los ojos le escocían debido al esfuerzo al que los sometía tratando de ver mejor, para escudriñar aquellas entrañas. La mujer permanecía quieta, junto a una mesa... ¿Qué estaría haciendo allí? Ojalá no se quitara todavía. Violento impulso sexual le erizó el cuerpo a Irra. La puerta se abrió de repente. Y la tenue luz rojiza iluminó el corredor. Irra, sorprendido, gritó.

—¿Lo asustaron?... No me demoré, ¿cierto?

—¿Te mojaste, Nive?

—Hace tiempo se fue mi mamá... Yuma tampoco ha llegado; dejó la hijita, y no ha vuelto desde el mediodía.

—¿De manera que te dejaron solita? ¿Dónde está tu mamá?

—Sí, sola, con la hijita de Yuma —Nive hablaba sosteniendo la lamparita a la altura de su frente. Lámpara alimentada de kerosene. Idéntica a la lamparita que la madre de Irra astilló.

—Qué lluvia, ¿eh?

—Entre al cuarto y me acompaña...

—¿No tenías miedo?

—Al principio, sí... Pero me quedé dormida... Y además estoy con la hija de Yuma... Y cuando uno está con un niñito chiquito, en caso de espanto, lo rasguña o le da una palmada; cuando el niño llora, el espanto se va...

—Entonces... te vine a interrumpir tu sueño...

—Usted ahora me cuenta un cuento. ¿Sí?

—Claro que sí, Nive.

Ella entró primero. Puso la lamparita sobre un asiento de madera, recostado a la pared, pues le faltaba una pata. Habitación estrecha, de cuatro paredes de palma, rasgadas por sinnúmero de rendijas. El cercado del frente daba al patio; en el centro había una ventana con barrotes de chonta. Todas las paredes estaban sin empañetar, y el piso tenía tablas gravemente heridas. En uno de los rincones se veía un baúl grande. Nive se sentó sobre una cama de madera, que tenía extendida una esterilla de paja. En la cama estaba una niña de unos tres años, profundamente dormida, la cabeza rodeada de la almohada de lana, forrada en tela azul, mugrosa, babeada. La niña estaba desnuda, descobijada, la carita sucia, mocosa, el cuerpecito color canela flacuchento, el vientre crecido, con un inflado ombligo semejante a una verruga inmensa.

—Siéntese, Irra, aunque sea en ese cajón, y me cuenta el cuento... O siéntese aquí en la cama.

—Aquí en el baúl grande quedo bien, Nive.

—¿Por qué no había vuelto? Tampoco me había traído los veinte centavos que dijo que me iba dar.

El fulgor de los relámpagos destellaba a través de la ventana. La lluvia golpeteaba las piedras del patio, y se escuchaba el tintineo

monótono de un chorrito, cayendo sobre un tarro. La dura tormenta resonaba en lontananza.

—Usted había quedado de... dizque de...

—Sí. Ya sé. Pero...

—Hombre, Irra, sí.

—Bueno...

Irra clavó los ojos en Nive. Ya se estaba desarrollando. Tenía catorce años. Ahora no tenía puesta sino la combinación. Estaba como se había levantado de la cama. Además, tenía arrollada una sábana, que se le había rodado del hombro. Ella no lo había notado. ¿O había fingido no notarlo? Las piernas de Nive, desnudas hasta los pies, estaban recubiertas de vellos finos. El pelo castaño oscuro llovía chorros de bucles sobre sus hombros. Su mirada sombría bajo largas pestañas; labios húmedos con ímpetu de dejarse besar. Su cara pálida se veía más pálida a la pálida luz. Pero Nive no tenía grandes, redondos senos llenos, todavía. Sobre su pecho asomaban apenas dos limoncillos. Como los verdes limoncillos que los niños arrancan del limonero.

—Pero continúe —le dijo Nive, observando que Irra se silenció, mecánicamente—. ¿Por qué me mira tanto? —agregó sonriendo, inclinando la cabeza, entornando los ojos bajo largas pestañas. Y se subió la sábana, cubriéndose los dos pechos verdes.

—Sí... —Irra volvió a quedarse en silencio, ensimismado.

—Ah, usted no va a contarme nada... Me voy a dormir —echose de espaldas encima de la cama. Las piernas le quedaron colgando, y la camisola se le arregazó hasta medio muslo. Irra se incorporó a mirar la cara de Nive. ¿Realmente ella tenía sueño? Los párpados se le habían replegado sobre aquellos ojazos pardos.

Relámpagos. La lluvia no cesaba. El viento penetraba frío por la ventana abierta, impregnando de hielo la habitación. Por las

paredes agrietadas fluían gotas de agua. Tal vez Nive estaba «buena». Una profunda sacudida sensual le alborotó el organismo. Los muslos de Nive... La combinación arrezagada. Irra oyó abrirse la puerta. Advirtió pisadas, voces... Tembló. Paró las orejas: solamente zumbaba el viento, y la lluvia golpeaba las paredes. ¡Diablos! Trató de levantarse a responder. Justamente, no se sentía el menor indicio de presencia humana.

—¡Nive!... ¡Nive! —ella se quejó... Se había dormido—.Entonces no te cuento nada... ¿Estás dormida, Nive?

—No... —murmuró ella, removiéndose en el lecho, somnolienta... Entreabrió los párpados y volvió a entornarlos.

Irra guardó silencio. Era el momento. Nive comprendía ya. El gas de la lámpara se había ido consumiendo. La lucecita, más tenue aún, apenas si alumbraba. Irra trató de levantarse. Sus ropas se habían secado al calor del cuerpo. ¿No sería intencionalmente que Nive se había echado bocarriba en esa cama? Quizá Nive no tenía malicia respecto a eso... Era muy nena todavía. Pero ¿acaso en el colegio no se aprendía de todo? Y Nive era muy precoz, muchísimo. Ese cuerpo era ya todo un cuerpo... E Irra un hombre hecho y derecho, un hombre de dieciocho años que no había poseído, ¡poseído!, una hembra. Irra miraba ansioso el cuerpo de Nive, que ahora se le presentaba como toda una ¡hembra! Temblaba y un sudor le corría de la cabeza a los pies. ¿Del piso de arriba no lo estarían espiando? Aquel ruido que oyó hace un momento, ¿no sería el de las personas del piso de arriba, que habían bajado especialmente a observarlo? ¿No habría nadie debajo de la casa? ¿Nadie estaría pegado a las paredes, escudriñando a través de las rendijas? Esa nenita dormida... —la hija de Yuma—. ¿no hablaba? ¡Maldición!... Irra se mordió los labios empapados de sudor.

—¡Nive! —murmuró—.¿Estás dormida?... —y su voz vibró presa en la garganta. Irra quería convencerse a sí mismo de que no tenía miedo. Pero temblaba. ¿Por qué diablos temblaba? ¿Resultados de instintos sexuales? ¿Temor a alguien? ¿Nive lo revelaría? ¿Le hablaría Nive?.. Quizá no... «Ella me quiere mucho...». Desde cuando era pequeñita e Irra también, se querían muchísimo... Desde cuando vivieron juntos, pared de por medio, hacía mucho tiempo...

... De continente apartado por océanos vinieron hombres blancos, desembarcaron con las manos vacías, zapatos rotos, ropa deshecha por el viento y la sal de los mares. E instalándose en cualquier pueblucho comenzaron a trabajar. Levantaron el primer tinglado, bajo el cual fundaron hogar. Y fue la madre una mujer negra, pobre analfabeta, de estirpe igual...

Irra auscultaba en estos instantes en el fondo íntimo de su corazón inundado de la angustia del mensaje de las sangres: Nive era la naturaleza humana salvaje, más la sangre exótica, civilizada y dinámica.

«Yo el negro de aquí. Ella la mulata». La voz de la tierra le gritaba a Irra acerca del imperio de la fusión de las sangres. Y, como en película proyectada lentamente, le mostró concretamente las casas de los extranjeros, con mujeres negras como la madre de Irra y como la madre de Nive... Y unos hijos mulatos. Casa donde se vivía en orden y no faltaba el pan. Donde vibraba la alegría en torno a la mesa.

Irra sentía ya el advenimiento del milagro. Y vio cómo cargaban frutos los campos de todas las orillas. Y vio cómo el oro de las minas no huía de la noche a la mañana. Y vio cómo los peces venían a las propias manos de los pescadores.

Irra miró a Nive con ansiedad, allí dormida. ¡Cuánto había crecido! Aquellos muslos semidesnudos eran una marejada envolvente.

Le gustaría besar a Nive... Acostarse allí, la cabecita de ella sobre su pecho... Embriagarse al calor de una muchacha virgen...

—¡Nive!... ¡Nive!... —susurró. Ella dormía.

* * *

Irra se levantó del baúl y se acercó al borde de la cama. Tembloroso, asustadizo, lanzó a todo una ojeada indagante. ¿No lo estarían espiando? ¿Seguro que no? ¿De dónde provino ese ruido? Tal vez el viento... O, más precisamente, ¿alucinaciones? Otras veces no solamente había oído ruidos, sino visto visiones, sombras siguiéndolo. No era nada. Se plantó contemplando a Nive, al pálido reflejo de la luz mortecina. Nive sudaba. Sudaba, y el pecho, como un péndulo horizontal, ondulaba al impulso del ritmo respiratorio. Y el mundo se llenaba del latido de su corazón. Como si todo el universo dependiera de aquel péndulo. Irra se sentó al borde de la cama. Un sobresalto: tintineo de objetos de cristal... ¡Vive Dios!... Desparramó los ojazos y paró las orejas aterrado. Sintió pisadas arriba, y otra vez el tintineo, como cuando se está revolviendo el azúcar en un vaso. Lentamente se dejó caer de espaldas en la cama, quedando en la misma posición de Nive. Atajó la respiración y puso más atento oído. Su propia respiración le prohibía oír, como se lo impedía también el ritmo de su corazón. La luz pálida luchaba contra el viento. La lluvia golpeteaba. Irra estiró el brazo buscando la cabecita; su mano rozó la cara de ella; el vapor de la boca y el soplo húmedo de la respiración le daban en la palma de la mano. ¿No sería mejor apagar la luz? ¿Qué le pasaría a Nive? Nada. Había leído en un libro de un médico ruso que en las tierras tropicales las niñas se desarrollan muy temprano... A los diez años. Y Nive tenía muchos más. Le pasó fuertemente la mano por la mejilla, y comenzó a juguetear con los bucles de ella,

enredando en ellos sus dedos nudosos. Luego, con el índice, Irra tocaba los párpados de ella desplegándolos suavemente, como si le estuviera cerrando los ojos a una niña muerta... ¡Horrible presentir que Nive fuese a morir!...

Irra seguía jugueteando y las pestañas y las cejas de ella le cosquilleaban en las yemas de sus dedos. Irra temblaba, agitado. Era sumamente precoz. Irra soliviantó la cabecita, colocándola sobre su pecho. Nive se removió, suspirando. Irra se dio media vuelta, y le pasó la mano acariciándola desde la cabeza hasta las pantorrillas. La espalda de Nive era ancha y sus caderas... Imposible que ella estuviera dormida. ¿Cómo diablos un sueño tan pesado? Era mejor apagar la luz. ¡Cómo se le ocurría la brutalidad de mantener la lámpara encendida! Le palpó cuidadosamente el pecho y sintió apenas dos escollos, las raíces de los senos de Nive. Todavía no tenía senos llenos. Eran pechos como las rosas en botón. Ella estaba calientica, sudorosa. ¡Maldita sea! Irra se sentía como una barra de plomo. Temblaba y sudaba un copioso sudor ardiente. Su corazón latía violento, y forcejeaba ahogando la respiración, mientras agudizaba el sentido del oído. Por fin se incorporó. Miró la luz, y estuvo a punto de soplar fuerte hacia la llama y extinguirla. Pero prefirió dejarla viva. Dejó caer la cabecita florecida de bucles. Le dio un beso en la frente..., frente húmeda, salobre. Luego rodeó el cuerpo entre sus brazos nerviosos. La estrechó fuertemente contra su pecho palpitante... y la besó en los labios. La apretó mucho más... Y saboreó los labios de Nive...

—¡Ay! —gritó Nive, esquivándose—. ¡Mamá!...

Irra la soltó. Y se quedó pensando. Nive se sentó, y lo vio a su lado dormido. ¿Quién era? ¡Pues Irra! ¿Y por qué? Ella regó una mirada por la habitación: no había llegado su madre; ni Yuma. Irra se incorporó como si tal, desperezándose.

—Me había quedado dormido, eh, Nive...

—A mí me asustaron... Me tenían abrazada, besándome —dijo, sonriendo. Y toda nerviosa, terriblemente azorada, se pegó a él, abrazándolo con ahínco...

—No te asustes... No es nada, Nive... Ya vendrán ellas —le habló Irra, el pecho rebosante de gozo. Le pasó otra vez la mano a Nive por todo el cuerpo. Ella apenas si se esquivaba. Irra resolvió tumbarla, pero se contuvo...

«¡Ah!, la fórmula estaba allí», pensó Irra. Allí palpitante en su cerebro: el secreto para enamorar. Ese secreto lo había comprado a un campesino por siete... Los secretos se compraban por un valor de número impar. Quizá esos secretos eran meras supersticiones de gente ignorante. Sin embargo se aseguraba que los secretos no fallaban. Había que tener fe. Muchísima fe. Además, los libros, los profesores, negaban la eficacia de tales supercherías. Mitos tradicionales. Pero no se perdía nada ensayando. Un poco de fe, «mirar a fulana de tal» cuando ella tuviera los ojos fijos en el enamorado, rezar el secreto antes de que ella retirara sus ojos. Hecho esto, la mujer quedaba inyectada de amor, inclusive caminando detrás del hombre. Sí... le iba a poner el secreto. ¿Y cómo haría él después, eternamente perseguido por Nive?... Angustioso debía de ser vivir perseguido por una muchacha. ¿Y si Nive lo seguía esa misma noche?... ¡Dios! También aseguraban que había muchachas que no resistían el impacto del secreto y enloquecían... ¿Nive resistiría el secreto?... Y la locura se manifestaba en un fuerte dolor de cabeza, al principio... «En fin... ¡qué vamos a hacer!». Clavó Irra sus ojos en los ojos pardos de Nive. Tenía los músculos tensos. Sentía como si su espíritu fluyese... «¡Eah!... ¡Pronto!... ¡Mírame!...». Ella le fijó sus brillantes ojos, mientras él, ensimismado, murmuró: «KAFE KARITA, NON KAFETE... ET PUBLICA FILII... OMNIBUS SUIS... Padre Nuestro que estás en los cielos... santificado sea tu nombre... hágase tu voluntad... hágase tu voluntad...

¡Ríndete!... ¡Ríndete a mis plantas, Nive, como la Magdalena a los pies de Jesús!...».

Irra temblaba y de sus ojos fluía alma. Tenía una fe profunda en aquellas palabras, aprendidas en su segunda infancia. Creía fielmente en la influencia poderosa del secreto. Aquel campesino se lo había enseñado, prometiéndole que solo bastaba la fe para alcanzar lo deseado. Los campesinos eran sinceros. No tenían para qué engañar a nadie. Máxime por miserables siete reales.

Hizo a un lado la sábana con que Nive se cubría. Nive temblaba, asida fuertemente a Irra, y le chantó un mordisco nervioso en el brazo. Irra volvió a deslizarle la mano temblorosa, a lo largo del cuerpo sudoroso, como frotándola. Detuvo su mano en los dos pechos verdes. ¿Por qué ella no se defendía? ¿Por qué no lanzaba un grito estridente? La apretó más. Y deslizando su boca fue descendiendo por el cuello... Y le saboreó largamente los pechos. En un instante Irra regresó a la infancia, y Nive se convirtió en madre. Ella serpenteaba, risueña, al cosquilleo de la lengua del niño.

... Sí. Una cuerda alrededor de la cintura... ¿Por qué no insinuarle que... ¡Diablos!... En esto no se preguntaba... ¡Maldita sea!... Reventó la cuerda de un tirón... Nive se extendió.

—¿Qué me va a hacer? —protestó, rendida.

—Nada —dijo él, ya sobre ella.

El viento le arrebató la pálida lumbre. Bajo la oscuridad ella y él acezaban. La lluvia gemía. El chorro tintineaba sobre el tarro del patio. El cuarto lleno de resoplidos.

* * *

Extenuada, Nive se incorporó rechazándolo.

Irra, sudoroso, afiebrado, yacía encima de ella.

—¿No me ha pasado nada? —murmuró ella, temblorosa, tierna.

—Estás bien, Nive —respondió él, fastidiado. Ahora ella preguntaba. No la veía, por la oscuridad, pero podía palparla. Y la odiaba. No sabía exactamente por qué odiaba a Nive y le chocaba incluso sentirla respirar. Tal vez la odiaba porque había venido a acabarle de amargar la existencia. Nive misma, inmediatamente llegara la madre, se encargaría de contarle todo. Entonces lo cazarían para meterlo a presidio. ¡Preso Irra!... ¿Por qué diablos no había podido contenerse? Maldita voluntad débil la de él. ¿Por qué esa vieja condenada y Yuma se habían largado, dejando a Nive sola? Si ellas hubiesen estado, él no habría tenido oportunidad de hundirse. Odiaba a Nive, sí, la odiaba, muchacha corrompida, seductora. Ya no le importaba el hambre, no le importaba la falta de ropa, no le importaba la suerte de su familia. «¿Por qué, Dios mío, le suceden a uno estas cosas?... Ya no es el hambre lo que me atormenta; no es el hambre lo que me impulsa a arrebatar un pedazo de pan, o a matar... Bórrame esta conciencia, ¡eh, Dios!... No sé nada... No entiendo mi propia vida...».

—Yo creía que podría tener un hijo —tartamudeó, ingenua, una ingenuidad del fondo de su corazón, ingenuidad que se esparcía por toda la casona y llenaba la más diminuta grieta de aquellas paredes raídas.

—¡Un hijo!... —replicó Irra, colérico.

—Sí... Porque cuando mi mamá se muera, yo no quedaré sola... —dijo con una vocecita frágil, desconcertada—. De verdad, ¿no me ha pasado nada, Irra?

—¡No joda más, Nive! —replicó Irra—. Estoy jarto de oírte majaderías... ¡Mandaya nunca!...

—Usted me ha engañado, Irra... ¿Por qué hace eso conmigo? —Nive comenzó a llorar; en silencio comenzó a llorar Nive—. ¡Váyase de aquí! —dijo, rabiosa—.¡Váyase!... ¡No lo quiero ver!

—¡Maldita sea, carajo! No sigas llorando... Los vecinos se imaginarán que te está ocurriendo algo... —en el ánimo de Irra se alborotó más odio contra ella. Cada palabra de Nive, cada suspiro suyo, lo hacían sentirse más miserable. Él era un perro chandoso. Una criatura maldita, revolcándose en un gargajo del demonio... ¿Cómo había hecho eso? Jamás lo pensó. Nive continuaba llorando, arrancándose los cabellos, golpeando su cabeza contra la pared—. Mañana me voy para Cartagena, Nive... —tratando de serenarse—. Saludes a tu mamá... y a Yuma... Y no les digas nada, ¿sí?...

Irra se levantó bruscamente. Nive tras él.

—No se vaya... ¡no! —decía, sollozante, agarrada a la correa de él—.Tengo miedo de quedarme aquí sola... aquí asustada... No... no se vaya... aguarde a mi mamá... Yo no cuento nada...

Harto le chocaba a Irra esa ternura. Quizá porque le inspiraba compasión. Y la compasión lo enlodaba de culpa. Salió rápido. Azorado, sudando, ardiéndole el cuerpo hecho ascuas. Irra se lanzó a la calle.

He aquí la primera sensación de soledad dentro de Nive. Ahora empezó a comprender cómo jamás había ella pensado en la realidad de su existencia, diferente de la de muchos otros, hijos de padres como los padres de Nive. ¡Ah, la muerte! La muerte había privado a Nive de una vida mejor. Nive vivía pero en el fondo se sentía muerta, porque: ¿para qué un ser preso en el propio corazón de todas las miserias?... Su madre le había anunciado ya que no podría matricularla en el instituto. Y ahora acababa de entregar lo último. En verdad una dulce ofrenda de amor intenso y puro. Empero, lo decían las gentes, allí terminaba la vida de la mujer. La tiniebla del sepulcro de su padre se abría poderosa a un recóndito deseo de Nive. ¡Si pudiera desaparecer en un instante! Y había oído también que cuando a las muchachas les ocurría esto iban a parar a... ¡Oh, Dios mío!... El cerebro y la experiencia de ella no alcanzaban a comprender que

Nive estuviese revoloteando en el abismo. ¿Por qué? ¿Tan grave era todo esto que estaba sucediendo?... «¡A qué horas penetré yo en esto tan abominable!... ¡Maldita sea mi suerte! ¡Y maldito el que me trajo a la vida!... ¡Yo no quiero vivir!... ¿No podríamos casarnos?... ¿Así no quedaría todo arreglado?». ¿No era el deber de Irra casarse con ella?... «¡IRRA!... ¡IRRA!... ¡NO! ¡Imposible todo! Mi madre misma me va a cortar la cabeza... Sí... Es capaz... Ha dicho que para verme casada con un negro preferiría verme tendida en una mesa, con cuatro velas encendidas... ¡Cómo confesarle entonces lo que me ha ocurrido». «El día en que a una hija mía le ocurra una cosa de estas, le corto la cabeza», solía repetir su madre en conversación con sus amigas. Preferible sufrir. «Y que esto permanezca como en la tumba», pensó Nive, y la rodeó el día triste de su infancia que nubló para siempre su vida y la tronchó en el alba luminosa de los senderos de la esperanza, ¡por la alegría!...

Una madrugada lluviosa, vestigio de la conmoción de la naturaleza, cuando la gente se había puesto en pie para defenderse de la inundación furibunda del río Andágueda, el padre de Nive lanzó un lento quejido. Y con los ojos rígidos, abiertos bajo las largas pestañas, largas como las pestañas de Nive, su padre no se volvió a mover...

Y al siguiente día, mientras las aguas bramaban, arrastrando árboles, ranchos, embarcaciones, dentro...

Dentro de un largo cajón forrado de negro...

Sacaron de la casa el cadáver...

El cual cargaron en andas a la iglesita del pueblo, al tiempo que un muchacho negro tocaba lastimeramente hondas las campanas...

Rezaron.

Salieron con el negro ataúd al hombro hasta un poco más allá de donde termina el pueblo...

Y en un sitio fangoso de cruces de madera y sepulcros en tierra... Sombreado de árboles gigantes...

En un hoyo profundo botaron el cajón...

Primero le arrojaron pesadas pelotas de barro...

Hasta cuando llenaron el hoyo de barro...

Y pisaron duro la tierra con los pies todos...

Y Nive también echó pelotas de barro...

Como se las arrojarían a ella mañana, quizá.

La lluvia había cesado, pero el viento le taladraba las costillas, se le infiltraba en el tuétano de los huesos. ¿Por qué permitió Dios su caída y la caída de Nive? No comprendía por qué Dios era así. Sí. Dios tenía razón. Lo que le sucedía a Irra era un castigo del Señor. Irra no era bueno. Dios abandonaba a los réprobos. ¿Podía Dios salvarlo si Irra se mantenía pecando? Ahora sí tenía que irse. Lejos. Muy lejos. Adonde nadie se acordara de él. Adonde no lo pudieran encontrar más nunca. Y sin más plazo que la venida del alba para marcharse. Aunque a pie, por la carretera. Su última resolución era partir. Quince pesos tenía en el bolsillo... Le alcanzaban para el pasaje en barco. No necesitaba más... ¡Ajo!... ¡Perra suerte! Iba a botar esos billetes; a quemarlos. Él era un desgraciado. Irra se sentía aún más ruin, más pequeño, más gusano. Le flaqueaban más y más las rodillas. Sus piernas no obedecían, y quiso tumbarse en la calle encharcada. Se detuvo recostado sobre una pared... ¡Maldito turco!... Pero no. Irra no debía recriminarse nada. Era un hombre. Sí. Hombre. ¿No acababa de poseer una muchacha, ahora mismo? ¡Claro! Irra era un verraco... Porque si no lo fuera, entonces no la habría poseído. No todos podían ufanarse de haber poseído a una muchacha virgen. ¡Claro! Todos sus actos estaban bien hechos. Allí recostado a la pared, Irra jadeaba; abrió las piernas para sostenerse en pie. De pronto advirtió un crujido sobre la tierra. Miró adelante: corrían.

¿Gritos? ¿Voces? Algo tremendo debía estar ocurriendo. Cuando la ciudad se estrujaba de tal manera a esas horas, horas de imperturbable calma, algo debería estar sucediendo. No lograba tranquilizarse. Su conciencia lo acusaba, y sentía el pecho devorado por fuego encendido en lecho nefando. Él había perjudicado a una criatura. Sí... Maldita vida... Ahora, a la luz de la calle, observó una mancha roja en sus pantalones... Tenía que lavar esa mancha, ya mismo, con agua de esos pozos. Y untando de barro el sitio de la mancha, para encubrir mejor. Allá, al oscurito, se podía agachar y lavarse con cuidado. Se dirigió a un pozo, y mirando asustado a lado y lado empezó a lavarse. Se restregaba fuerte. Y se embadurnó los pantalones con arena barrosa del pozo. ¿No lo estarían observando? ¡Y qué! Nadie podía imaginarse... ¡Nada! Simplemente lo veían echarse agua... agua... Se levantó, sacudiéndose, y caminó hacia el parque, hacia la iglesia. Se detuvo en el atrio. A la tenue luz de los faroles, brillaban las hojas húmedas. Al huidizo viento, sollozaba el follaje. Y apenas se distinguían las siluetas de las bancas empozadas. Miró a un lado del edificio del Banco de la República. A través de los ventanales de vidrio de la segunda planta, aparecía una luz verdosa, radiante. Música alegre también. El clarinete decía. ¡Y qué jazz! Bueno el baile. Irra se empinó para distinguir más claramente las figuras danzantes. Eran blancos. Se trataba nada menos que de un baile de «la cren». No había negros en el salón. Únicamente blancos. Los músicos sí eran negros... Ese... Sí... ese era el ventrudo ojiverde. A Irra le provocaba convertirse en hormiga, subir hasta allá, meterse por debajo de las faldas de las mujeres. Pues en el Chocó existían zánganos capaces de eso... Y si era para pelear, entonces se transformaban en tigres... Mejor sería volverse sombra. Penetrar por las ventanas y, una vez dentro, aparecerse él, Israel, de carne y hueso... y agarrar a su pareja... bailar... besarlas a todas aunque tuviera que

pelear y matarlos a todos como viles bichos... Irra se pasó la mano por el motoso cabello embebido. La lluvia había mermado. El cielo aclaraba. La gente continuaba su marcha en tropel, descendiendo la empinada calle Alameda Reyes... Irra sentía que las piedras chocaban, y bajo sus pies la tierra palpitaba. ¡Maldita sea! ¿Qué habría ocurrido?... Se arrojó a la multitud agarrando a uno por la camisa:

—¿Qué fue? —preguntó.

—¡Lárgueme, carajo!... Se mató Ramón —dijo el hombre, zafándose.

—¿Qué Ramón? —inquirió Irra, encarándose al otro.

—Pues «Nariz-carcoma» —respondió el hombre, siguiendo.

Irra se enroló entre los noveleros. «Claro —pensó—. el que estaba leyendo *El Tiempo*... ¡Ah, vida!... El mismo que leía tan emocionado. Muerto». Abriéronse las ventanas del edificio del banco, y unas dos docenas de rostros sudorosos, apelotonados, se asomaron a la calle. La lluvia arreció. El aguacero brillaba, traspasado por la luz de las bombillas. Sus pies chapuceaban en las calles encharcadas. A unas tres cuadras se detuvo, donde se había agolpado el gentío. La esquina de una casona derruida, paredes rasguñadas, húmedas, cubierta de espesa mugramenta. La lluvia escampó nuevamente. A tres metros de la esquina, por la carrera, se escapaba la luz rojiza de la habitación, cuya puerta estaba atestada de gente. Había que abrirse paso. O si no se quedaba uno sin ver. Irra, con los codos hechos barras de acero, fue penetrando por la montonera, pisoteando a todo el mundo. Se oía el susurro del centenar de voces agitadas... Sí. Irra logró entrar. La pieza estaba dividida por un bastidor de madera, forrada en tela; bastidor batido por la brisa.

* * *

¡Horror! Yacente el tronco de Ramón, extendido en un catre de lona, empapado de sangre cárdena, coagulándose. El brazo izquierdo estirado. Las piernas rígidas, alargadas un decímetro más allá del extremo del catre, colgantes. ¿El otro medio brazo? Toda la habitación salpicada de sangre. Las paredes forradas en papel periódico escurrían sangre. Hacia el cercado de la izquierda una astilla de hueso clavada. ¿La cabeza? Tal vez oculta sobre la almohada. Alguien acercó la vela. Se veía mejor. ¡Fantasma! ¡Dios! ¿La cabeza? La almohada ennegrecida, como quemada. Contra el cielo raso, pegado un pedazo de cuero cabelludo. En la tela del biombo, esparcida una masa blanduja de sesos. Aterrada, la gente observaba aquella habitación, embadurnada de residuos de carne humana. La pieza estrecha; al rincón debajo del catre, un baúl; retirada, contra la pared de la derecha, una pequeña mesa, repleta de papeles amontonados, entre ellos periódicos y revistas extranjeras, escritas en inglés y francés; revistas viejísimas, cuyos títulos notábanse borrosos. Colgados en puntillas en el cercado, el saco de Ramón y otras prendas de vestir, posiblemente ajenas, porque Ramón solo se había quitado los zapatos. Irra recordó que cuando Ramón leía el periódico estaba sin saco y descalzo. Ahora ¿de dónde saco y zapatos? Seguramente se había vestido bien, para morir... ¡Claro! Ramón no vivía allí. ¿Dónde el inquilino verdadero? No era siquiera amigo de confianza de Ramón. O, ¿sí? ¿Por qué se acostó en un catre ajeno para matarse? Probablemente la puerta estaba abierta, en el preciso momento de su inapelable resolución de suicidio... cuando Ramón deambulaba, buscando un recodo donde atender la urgente campanada. En esos precisos instantes, observó la lucecita roja escapándose por la puerta. Entró. La luz de una esperma. ¿A quién se le ocurría abandonar la habitación dejando encendida una vela? No. Tenían que ser amigos. Y Ramón sabía que al salir el otro acostumbraba dejar

la puerta apenas entornada. ¿O él cargaba la vela y la encendió para alistarse? Hacía mucho calor en ese cuarto. El olor raro. Relajaba el estómago.

Entre los circunstantes Irra localizó a Iván. Se saludaron con los ojos. E Iván le insinuó a Irra: «Acércate». Irra, siempre mirando al cadáver, caminó de lado hacia Iván.

—Y yo le vi esta tarde leyendo el periódico, en la tienda de Pastor... ¡Cómo te parece!

—La vira no vale un galgajo —dijo Iván.

—Pensar que, por encima de sus hombros, yo también estuve leyendo...

—Con razón yo m'encontré, allá alantico, un perro comiéndose un pedazo de carne frejca... ¡Jesú!... Era calne e gente...

Otras voces:

—¡Uff!... eso fue con torpedo...

—Ni me lo diga, compa.

—Y fue que al sostener el torpedo en la boca, con la cabeza se voló también el medio brazo... ¡Dios Santo!...

—... Er Señó lu háiga peldonao...

—¡Al infierno!

—Soberbia... Sí, la soberbia...

—Mandaya hasta la autoridad que hay aquí...

—¿Y apena lo pelcáta ahora, helmano?

—Solo Dios puede disponer de la vida del hombre...

—¡Ar quinto pailón... ¡Ujú!...

—¿Y pol qué se mataría ete hombre, mi gente?

—Ni un injuelí polecía pu aquí...

—lz que jueron a ñamá ar jué... Peo tá borracho...

—... En er baile der Banco, seguro...

—Los médicos también...

—Y como ahí está la moza del doctor...

—¡Beh!... Más bien no diga nada...

—Caminá. Vámoloj, Irra... Hajta se mi ha regüelto el buche... ¡Gach!...

—Esperemos un momento. Me gustaría ver el levantamiento...

—Ya lo vimos... Lo importante era vé al muelto... Lo emá no tiene chijte...

—Bueno, vayámonos —dijo Irra, con voz quebrada—. Pero yo jamás he visto un levantamiento de cadáver...

—Folmulijmo... folmulijmo... fólmula...

* * *

Se fueron. Calles sombrías, húmedas. Espacio salpicado de llovizna brillante, a la luz de las bujías.

Calles empozadas por donde marchaban silenciosos, guareciéndose bajo los aleros.

La vista se le perdía, mirando hacia adelante.

Tejados de paja. Casas viejas a lo largo de la vía, contemplábanse cenicientas, al fulgor de los relámpagos.

Las pisadas de Irra e Iván crujían, aplastando la tierra pantanosa. Húmeda tierra de callejuelas lóbregas.

Doblaron hacia el sur.

—Tengo sueño —manifestó Irra—. Y me toca levantarme con el último canto del gallo —suspiró.

—A volverlo a ver, ¿eh?

—... Es que yo también me voy, si Dios quiere...

—Ah, ¡no chajle!

—Tal vez...

—¿Ar jin a estudiá?

—A Cartagena.

—Y... —Iván frunció los labios, gesto interrogante.

—Pues...

—No siás pendejo, Irra. Yo sabía...

—Me acuerdo cuando pasaba por aquí, todo asustado, a las dos de la mañana...

—Ejtudeaban bastante, ¿eh?...

—Aquel corredor, con el tablero, nos sentirán más tarde... Éramos muchos... Unos ocho nos metíamos allí para preparar los exámenes... Un día nos amanecimos... Nos pilló la maestra...

—Güena muchacha, ¿no? lz que se casa en fulio...

—Pésimo tipo... un calavera...

—Un bachillero...

—¿De dónde saliste ahora, Iván?..

—Ella meéce otro mejó...

—Este mundo es al revés...

—¿Ah?... Depué que loj encontramo allá en la Yejquita, tuve un rato en er Bataclán, ejperándote, y como no yegaste me vine a dá otra güerta. Entonce pasé po er Banco. Ayí tan en un baile mú tejío, y taban bujcando un muchacho que juera a comprá una boteya e güijqui... Ahí mejmo la juí a comprála y me gané mij chivoj... Me dieron doj peso...

—Yo estaba oyendo el baile precisamente cuando supe la cuestión de Ramón...

—Y yo taba ayá encima... Me taba comiendo una ensaláa der carajo... Lechuga, ceboya, güevo, papa, piña, güen aceite e comé, tomate, vinagre, ton clase e aliño y verdura... y un arró que... ¡mónteme er trompo en la uña, helmano!... También me dieron mi presa e gallina... Yo no me varo, no, Irra.

—Esos blancos todos viven muy bien...

—Tóos no... Ahí donde los ve bailando, hay blancoj que amanecen sin er desayuno... Yo me doy cuenta, Irra, porque yo le hago mandao a tóos... Pa no y mú lejo, er mé pasao juí a dejále una razón a la señoíta Biatrí... Era un domingo de mañanita, y no sé pol qué..., como cosa del diáulo, la mamá me dijo que entrara no má, qu'ella taba acostáa..., y como elloj me conocen tanto a mí, me tienen conjianza... y creémelo, Irra, te judo pol mi madre santísima, que la señoíta estaba acostáa en una cama que parecía que ayí dulmiera perro... Po Crijto que yo no mi acuesto en una cama así...Y laj vé uno en la caye mú bien vejtira, y mirándole a úno pu encima der hombro... ¡Gach!...

—¿De veras, Iván?... ¿Y ella qué dijo?...

—¿Y qué iba hacé? ¿Ya yo no lo había vijto?... Y nu é solo eso: aquí hay casa e blancoj, que en la cocina no tiene si no dó plato güeno e loza, un cuchiyo, un pociyo e tomá café; tanto así que a la hora de almuerzo tienen que ejperá que unoj coman primero pa que esocupen loj plato pa selvíle el armuerzo a loj otro... A mí sí no me hablan duro eyoj... Yo loj tengo pisaos...

El viento les azotaba el rostro. El frío se les infiltraba a los ojos, a las narices, a los oídos. Aquella llovizna fastidiaba. Caminaban rápidamente.

—No vale la pena eta puta vira, ¿eh?

—Nada.

—Creo que no loj veremo otra vé...

—No hablemos tonterías...

—Puera que tuavía loj dure eta puelca vira... Peo dí hoy a mañana yo caigo a Barranquiya...

—Nos escribimos, ¿eh?

—Güeno... loj dejperimo...

—Cierto que te quedas por aquí... Te vas por esta calle, ¿no?

—Adió, helmano... Acuéldate... —le habló con una vocecita chillona, triste.

—Adiós... —murmuró Irra, estrechándole la mano—. Tantos años juntos...

—Adió... —dijo con voz quebrada Iván. Y se alejó por la calle húmeda, caminando brincadito, nervioso, rascándose la cabeza.

Se iba. Se separaron.

* * *

Nuevamente Irra pisaba la acera del edificio amarillento, el palacio intendencial. Sus pisadas resonaban en la calle solitaria. Calzada tenuemente iluminada por algunas bujías. Irra se detuvo receloso, parando las orejas. La brisa silbante. El silencio nocturno, cobijando el mundo. ¿Qué iba hacer mañana? Al fin, ¿qué significado le iba a imprimir a su existencia? ¿Qué más aguardaba? ¿Por qué él y todas las gentes de allí se resignaban a esa existencia miserable?... «Porque vendrán días mejores», parecía responderle la vocecita, desde el íntimo fondo de su corazón. Pero había vivido esperando. Todos esperaban. Y los tales días mejores no se asomaban. En su vida no brillaba un destello de alegría. La alegría quizá penetraba por las puertas, ventanas y rendijas de otros hogares... pero a la casucha de Irra, nunca. ¡Jamás!... Él hubiera querido llegar sonriendo siempre a la casa. Hubiera querido sentarse en medio de sus hermanos y de su madre, para charlar animadamente, reír, gritar, cantar, gozar... ¡Oh, calor limpio, sano calor en torno del seno maternal!... Pero Irra no podía presentarse risueño... No comprendía por qué... ¿O era que la miseria desunía a los seres? Realmente a Irra le repugnaba de los pies a la cabeza encontrarse con un mendigo en la calle. Ya los pordioseros no le inspiraban compasión, sino odio. Odio de

que fueran pordioseros. Odio de que se arrastraran con las manos extendidas, el rostro suplicante, los ojos humedecidos ante el ceño fruncido de los ricos. De los que vivían bien vestidos, comían carne, queso, mantequilla, manzanas traídas por avión, arroz, aceitunas, ensaladas, y bebían buenos vinos...

Una musiquilla fue invadiendo el ambiente. Una melodía que surgía de los pasillos desolados del amarillento caserón, impregnando de dulce alegría las paredes humedecidas, los vidrios polvorientos, el ramaje de las palmeras, la verja de hierro... Una cancioncilla alegre, agitando dulcemente el silencio del mundo.

Sí. Candelo. Cantaba cuando cesaba de blasfemar. El viejo guardián del edificio le encontraba vivo significado a su existencia. Había comprado una dulzaina, con la cual tocaba alegres canciones, dulces, antiguas melodías, iluminadas de recuerdo...

¿Cómo podía un loco evocar sus viejos tiempos, hilvanar en su mente descobijada las notas de una canción? ¿O quizá Candelo se hacía el loco por joder? Imposible tanto cinismo, tanta paciencia, presentarse durante años en tan tremenda condición... En fin, loco o cuerdo, Candelo vivía felizmente, sin hambres, sin limitaciones, ¡libre!, con derecho a maldecir al intendente, a todo el mundo, a Cristo... Y con derecho a acompañar su soledad al compás de la dulzaina que le arrancaba dulces viejas melodías de su corazón.

¡Salud, corazón! El hombre se pierde en elucubraciones cerebrales... ¡Dadle alegría, corazón!... ¡Alegría!...

Hondas campanadas llegaron en el viento. El eco de las campanadas le produjo espanto. El zumbido del tiempo imprimía en el espíritu respeto por las cosas que están pasando, o que permanecen en el hombre... Porque las horas, los minutos, los segundos, lo remueven todo. Y despiertan a las piedras para que cante el alma de los muertos. Y despiertan a los ríos para que solloce la arena. Y

llaman duro a las olas de la mar... ¡Oh, las horas huyendo!... ¡Oh, las horas que no dejan un rayo de alegría en el pecho de los miserables!... ¡Maldita hora esta, Dios Santo!

Irra miró atrás, como al grito imantado de una llamada mental. Bajo la tenue claridad de una bujía, iba caminando encorvada, a unos doscientos metros, una mujer blandita. Irra la enfocó esforzando hasta donde más pudo la retina. ¡La madre de Nive! ¿No era?... «¡Viva el Alto», exclamó. Y pensó: «Me anda buscando... Viene hacia acá... Me ha visto...».

La imagen de Nive no se le dibujó ahora pletórica de ternura, ni radiante de amor, ni coronada de esperanzas. No. Nive era su enemiga implacable. ¿Cómo borrar su imagen definitivamente, para siempre jamás? La imagen de Nive se le convirtió en celda de presidio, en calabozo, en grillos, en el derrumbamiento de sus aspiraciones... «¡Soy preso!», exclamó. «¡Oh, Dios!... Tengo los pantalones manchados todavía... ¿Por qué lo contaste todo, mi Nive querida?..».

Irra prestole las patas al venado, y se dirigió a su casa, cuya puerta ya divisaba, cerrada, impasible, allá al extremo de la calle, sobre el río... Otra vez el ruido, las canciones borrachas del traganiquel, la música olorosa a aguardiente y axilas de mujer.

Empujó la puerta. El asiento arrimado contra las naves para que no se abrieran al soplo del viento, el asiento hizo leve ruido al rodar en el suelo. El cuarto muy oscuro, pero Irra respiró libre. En tinieblas siempre Irra localizaba el catre; se desvestía y colgaba la ropa, después de algunos segundos buscando a tientas las puntillas de la pared. Se echaba a dormir hasta mañana. Ahora Irra sentía el cuerpo como una tonelada de plomo. La mente embotada. Quería tumbarse para quedar dormido de un solo golpe. ¿Ya habría llegado la mamá de Nive?... «Tum... tum... tum... ¡Ábrame, canalla!...». Pero Irra no le abriría. No le abriría. No. ¿Qué le habría contado?

Tal vez no dijo nada, Nive, ni lo confesaría... Irra sintió en su boca el sabor de la lengua de Nive. Cómo los brazos de ella lo estrechaban efusivamente. Le besó la frente. Nive aún no tenía senos llenos. Ojalá le hubiese dejado un hijo. En verdad, Nive había sido su único amor, su primer amor, más o menos verdadero amor. Se enamoraron sin darse cuenta. Se amaron sin esperarlo... Debía llevársela. ¿Pero cómo diablos? Si fuese en una ciudad grande, la metería en un automóvil, y ¡adiós!... Pero aquí... ¡Maldita sea!... Debía levantarse tempranísimo, arreglar sus corotos, largarse. Lo mejor sería no advertírselo a su madre ni a sus hermanas, pues resultarían apabullándolo con razonamientos estúpidos, quizá logrando hacerle desistir. Pero, justamente, ¿qué más camino le quedaba a él? Irse. Irse. Andar. Andar. Irse a estudiar. De hambre no se moriría allá, como tampoco se había muerto aquí. Allá no le importaría lavar platos. Lo esencial era ganarse el pan. ¡Mandaya nunca! Quería despedazar esos billeticos infames que tenía en el bolsillo... ¡Qué bajeza! ¡Puta vida! ¡Ser pobre! La casa traqueteaba. Parecía hundirse... A través de las rendijas se infiltraba la brisa refrescante. El aire se respiraba viciado. Irra se desvistió rápidamente. En la oscuridad rasgó un pedazo de papel, del de los periódicos que forraban el armario, y se limpió el pantano de los pies. Hedían a pecueca sus pies. Se acostó. No era muy suave el olor de la almohada, ni mucho menos el de la cobija de algodón. Y la lluvia se le convirtió en arrurrú... arrurrú... arrurrú... Cómo tenía aprisionado el cuerpo de Nive... Su mente embotada. Ladró un perro allá en la noche. El Atrato estaba creciendo... se sentía su oleaje debajo de la casa. Volvió a aullar el perro. Con seguridad era el perro sarnoso que a mediodía se robó el pan... ¡Qué bien haberle robado el pan al vecino!... Pero, si lo toca el botellazo, no habría quedado ni la cola del perro. Los párpados se le iban desplegando sobre los ojos, mientras las cosas,

las impresiones, se iban trasformando apenas en brumosa imagen, ideas brumosas... El barco balanceándose... Irra dentro del barco... aferrado a la barandilla, contemplando las aguas grasientas... Ramón... Lo vio leyendo el periódico... los sesos de Ramón pegados a la tela del biombo... De pronto Irra saltó, encogiendo una pierna. ¡Malhaya!... Las ratas no respetaban ni a una persona despierta... Se acababa de acostar y ya la rata lo roía... ¡Mandaya sea, carajo!... Se rascó luego hacia el omoplato. Una rasquiña suave, de cierto modo agradable... El extremo de su índice tocó una bolita esponjocita... quizá una bolita de algodón, desprendida de la cobija... Pero la bolita trataba de zafársele, cuando la atrapó entre el pulgar y el índice. Claro que sí. Una chinche... También ya venían las chinches a comer... a chuparse su sangre... Apretó fuertemente la chinche entre los dos dedos. La prensó bien prensada. La chinche se destripó... La yema de los dedos quedó húmeda, pegajosa... A veces estos animalitos chupaban tanta sangre, tanta, que caían desplomados o se reventaban de por sí. El cuerpo de Irra se iba haciendo más pesado, y los párpados luchaban por cerrarse definitivamente... Irra tenía aún vagas ideas en la mente, brochazos de ideas en el cerebro embotado. Tenía aún conciencia de las cosas. Pero lo doblegaba el sueño... Al fin no había comido... Cuando se sentó a la mesa no faltó la discusión... Y él tuvo que levantarse dejando la comida... Y descuajó el plato en la frente de Aurora... El sueño se iba apoderando más, el sueño iba rindiendo sus músculos... Y los ojos sentían el peso de los párpados replegándose... Tal vez el astro anidado en el crepúsculo... La luna... Sí, la luna... Y once estrellas purísimas... Once estrellas de plata... Y el hijo de Jacob, tal vez dormía en una cama profunda, a la orilla de un lago... Una gran gallina de oro, nadando en las ondas azulosas... y alrededor de la gallina, una docena de pollitos de oro... pío, pío, pío... Los viejos habían visto cluecas de

oro... Pero ahora ya no se las encontraba porque la gente era mala y pecadora... Si las personas que encontraban las cluecas de oro tenían mal corazón, entonces estas se sumergían con sus pollitos amarillos brillantes... ¿Por qué Irra no descubría por allí una clueca de oro?... Once estrellas purísimas, como las estrellas del hijo de Jacob... jugueteando entre los claros de los árboles, a la orilla del lago, en cuyo fondo Quibdó se convertía en un castillo rutilante, lindas hadas entre las pompas de jabón...

LIBRO CUARTO

Luz interior

IRRA SE DESPERTÓ DE PRONTO. Sentía frío. La sábana se le había escurrido durante el sueño. La agarró del rincón y se arropó. ¡Vive el Alto! ¿Era la claridad del día?... Quizá el barco había partido. No alcanzó a percibir siquiera el último alarido de la sirena. Echó a un lado la cobija, incorporándose. Quedó sentado en el catre, restregándose con la mano los pesados párpados; se peinó con los dedos el enmarañado cabello motoso, se rascó la cabeza. La boca le sabía amarga, saliva amarga. Tal vez le había subido fiebre mientras dormía; con la lengua se humedeció los labios resecos. Sentía la cara molida: el golpe en las escaleras de la intendencia. Suspiró. Saltó al suelo, y las tablas endebles flaquearon. Se vistió rápidamente, echándose la camisa, introduciéndose los pantalones. No se puso camiseta, calzoncillos, ni mucho menos saco. Se sintió muy paria. ¿Acaso no era él un mendigo? Le horrorizaba pensar detenidamente en su situación, porque la respuesta era tremenda... ¿Qué diferencia había entre su vida y la de la mujer que había visto arrastrándose por el pavimento, ayer tarde? Que ella había adquirido la responsabilidad de extender la mano, y en cambio él se reventaba los sesos, cavilando

en la nueva manera de postrarse ante el tendero para obtener fiada una libra de arroz y ocho plátanos...

Contra el rincón, acurrucado en un petate deshilachado, advirtió un cuerpo, cuyo resoplido llenaba el cuarto. Jesús, cuyo porvenir era idéntico al de Irra. Quizá peor. Porque la vida, allí, a todo trance rodaba hacia el aniquilamiento del hombre...

Entonces Irra sintió el aullido del hambre. El hambre aulló en todos los agujeros de la casa. Y en el polvo de las calles. ¡Hambre!...

Escuchaba alrededor y a distancia el llanto de los niños indigentes, amontonados en los umbrales de las puertas.

Porque las madres lavan ropa, bajo el sol quemante a la orilla del río... En cuyo fondo ellas contemplan sus imágenes famélicas, enfermizas, quemadas por el sol a las orillas de las fuentes.

¡Y pensar que la tragedia había sobrevivido siglos!

¡Presentir que el destino de las generaciones venideras era el mismo destino!

Irra tomó la resolución definitiva de marcharse. Viajar. Sí. Viajar. Irse lejos. Allá, más allá. Mucho más allá. Si posible recorrer el mundo y estrellarse contra el horizonte. No detenerse mientras le faltara el pan. Pan para su madre. Pan para sus hermanas. Pan para Jesús. Pan para él... para todas las gentes... PAN...

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

Parecía ser la plegaria íntima de su corazón.

Irra iba a abandonar el Chocó, aun cuando no lo volviera a cobijar ese cielo. Cielo donde se extasiaron sus ojos infantiles... Aunque nunca más pisara la tierra reseca que había enjugado el vaho de su sangre...

Paso a paso, caminando en la oscuridad sobre las tablas traqueteantes, Irra se dirigió a la alcoba de su madre. Tanteando, al fin sus manos toparon un vacío: la puerta sin nave. Se detuvo. Silencio

aterrador. Se sentía la impresión de que alguien recorría aquellas casas por todas partes. Resoplaba la respiración lenta de su madre, sus hermanas dormidas. No, no podía irse en silencio...

Desaparecer sin dejar una marca de su ruta era ingratitud... ¿No decirles adiós? Su despedida podía ser eterna. Le dolía el corazón observando cómo su madre languidecía inútilmente entre las blancas rosas de la espuma de jabón... Y ellos, los hijos mayores, no podían ayudarla con un plátano más, puesto que no conseguían trabajo. Tendió su mirada ciega hacia el altarcito de los santos. El corazón contrito, fe profunda, musitó una antigua oración.

Metió la mano rígida en el bolsillo. Iba a dejarle un billete a Elena. ¡Qué buenas sus hermanas! Todas eran buenas... Cómo era de activo Jesús... Cuando llegara a ser hombre, Jesús sería un gran trabajador. Irra se agachó tentando la cama de Elena y le palpó la cabeza cálida, a un lado de la almohada... Le dolía la riña de la noche anterior en el comedor... Pero ellas tal vez comprendían que él las quería mucho... Juntos habían llorado la muerte del padre... Unidos habían aprendido a soportar el infierno de la vida. Irra revolvió sus dedos encalambrados dentro del bolsillo... ¡No estaban los billetes! ¡Bien!... Los había arrojado quizá allá mismo, donde ese maldito turco... ¿Qué les dejaría?... Se enderezó, permaneciendo en pie, tieso, músculos tensos. No podía moverse. Sus piernas atadas a las tablas endebles, y a su cuerpo lo aplastaba una tonelada de lodo... Por fin logró aflojar los músculos y mover las articulaciones. Tragaba espesa saliva amarga. Y no se le deshacía el nudo grueso de la garganta. Una gotita suave le rodó por las mejillas, y saboreó salada las comisuras de los labios. Quiso hablar, pero nada obedecían esas mandíbulas rígidas. Quizá el propio órgano de la voz se había dañado. Los ojos le ardían en la cerrada oscuridad. La respiración silbante de su madre y de sus hermanas dormidas llenaba la habitación.

—Mamá —murmuró al fin. Su voz resonó en las tinieblas, bajo el silencio. Sintió miedo de sí mismo. Quizá no estaba amaneciendo. ¿Qué hora sería? ¿La una de la mañana? Siempre la gente había considerado *la una* como una hora respetable. ¡LA UNA!... Hora de los espantos. Hora de las tragedias. A la una las ánimas del purgatorio abandonan su morada, para vagar en procesión, a la luz de las espermas encendidas, por las calles vacías... A esa hora las ánimas se presentan a quienes no estén en el lecho. Por el centro del esqueleto de Irra cruzó un escalofrío medroso. También los enfermos agonizantes salían a recoger sus pasos a la una. El propio palpitar de su corazón le suscitaba miedo. ¿Por qué temía? ¿Qué era aquello que estaba ahora contra la pared? Aquella cosa se movía. ¡DIOS! Una cosa vestida de blanco sudario.

—¡Mamá! —gritó.

—Nnnn... nnnn... —la madre, revolviéndose en el lecho, gruñó.

—Mamá... que se levante —dijo Irra, gritando.

La madre se revolvió pesadamente entre las sábanas. La cama de madera chirreó. Se incorporó en la oscuridad, y empezó a tantear dónde estaría la caja de fósforos, que solía dejar bajo la almohada. No atinaba a agarrar la caja.

—Irraé... —dijo ella, buscando los fósforos—. ¿Tenéj ahí un jojorito?

—No, señora —la imagen de Nive se le apareció viva. Ella también le había hecho la misma pregunta, anoche. Su cuerpo se erizó al evocar cómo había permanecido un gran rato sobre el cuerpo de Nive, y cómo habían trabado sus vidas en un beso de lengua. ¡Oh, Dios!... Ahora sentía los brazos de Nive atados a su garganta. Brazos yertos, ahora, los brazos de Nive.

—Ah, sí... Aquí la topé —los palitos de fósforos se movieron dentro de la cajetilla. La madre, inclinándose al suelo, desde la cama,

estiró el brazo hacia el rincón; agarró la lamparita de kerosene de donde solía dejarla al acostarse. Un rastrillo, y la habitación iluminose con la débil llama azulada de la cerilla, la cual se unió al calibre de la lámpara, contagiándola. La madre colocó la lámpara en el piso. Las muchachas dormidas aún, piernas desparramadas, descubiertas. Elena fuera de la esterilla. De manera que Irra lo que tocó ahora ratico fue la cabeza de Clara. La llama rojiza se prolongaba en un hilo negruzco. El cuarto se veía cubierto de telaraña ahumada. Ya no dormían con aquella lámpara encendida. Hacía daño; amanecían con las fosas nasales ahumadas también.

—¿Qué jué?

—Q-que...

—¿Te pasó argo? —habló nerviosa, diseminando una mirada interrogante. Estaban allí las muchachas. No veía nada extraño a su alrededor. Pero el corazón le latía, presintiendo. ¿Qué era?—. ¿Qué jué, mijo? —repitió sorprendida.

—Es que... —dijo Irra, entre dientes, y su rostro se tornó sombrío—.Al fin resolví irme —dijo, amargado.

—¿Que qué? —preguntó ella, frunciendo el entrecejo, quedando como víctima de una amenaza.

—... Que me voy para Cartagena, mamá... ¡Estoy jarto!... Ser pobre es la peor infamia!... Prefiero la lepra, la tisis... ¡Pero no la pobreza, mamá!... ¡Maldito sea el que echó la pobreza al mundo!...

La madre, casi inconsciente, no entendía nada, no creía nada. La asaltó la duda de que su hijo hubiera enloquecido... ¿Cómo era posible que ese que estaba ante sus ojos, su Irra, pronunciara semejantes palabras?

—... Estoy hablando de verdad, mamá —dijo él, tratando de serenarse. Y observaba que su madre permanecía inconsciente, que no lo escuchaba—. Yo le mandaré algo desde Cartagena...

—Cláa... Audora... —musitó la madre, la voz partida en la garganta. Estaba mustia, quieta, el rostro desgajado sobre el pecho, sentada en medio de la cama, las piernas recogidas, la colcha alrededor del cuerpo, cubriéndola hasta el cuello—. ¡Siá pol Dió, Señó! —agregó suspirando. Se sentía extraña dentro de cuatro paredes ahumadas, dentro de esas paredes de bronce. No sentía nada fuera del espacio de treinta centímetros cuadrados en que estaba sentada, apretada. Aquello era rarísimo. ¡Qué resolución! ¿Por qué no se lo advirtió ayer, al menos a la hora de la comida?... Pues ¿cómo diablos iba a decirlo si allí se mantenían en trifulcas constantes, que no daban tiempo para charlar más nada?... De razón, a la comida, Irra había estado malucón, hasta el punto de estrellarle el plato a Aurora en la frente—. Ar jin éta casa si acabó —exclamó, desconcertada, toda temblorosa. Sacudió su cobija, levantándose. Se acercó al altar, arrodillándose delante de los santos.

Irra se le aproximó, costándole gran esfuerzo levantar sus pies, que le pesaban como los pies de un preso, cargado de cadenas. Agitada su respiración, en la garganta se apretaba una bola, que le impedía tragar la espesa saliva gelatinosa, almacenada contra el velo del paladar.

—Güeno, mijo: ¿te vái, no? —dijo, ahogada, sollozante.

—Me escriben contándome cómo les va...

—Que Dió te yeve con bien...

—Hagan lo posible por que Jesús no se quede bruto...

—Como Dió é tan grande... Puera sé que tu helmanito...

—Y cuiden que Elena no continúe comiendo pañete y barro...

—Le piro a Dio me le quite ese vicio... Y ahora iz que tá jaltando mielda e perro seca también... No dejéi de creé en Nuejtro Señó... Er mi ha ayurao...

—Sí...

—¿Y con qué te vái?... La emá ropita, ¿tuavía no tá mojara?

—No importa... El pantalón ese y las dos camisitas, que Clara se los arregle a Jesús.

—Rogale a Dió, mijo, que no te pelmita hacé una mala aición... Tu papá jué pobre, peo nunca supo qué cosa éa la ley pol cosa ajena... No toquéi nara que no siá tuyo, o sin permiso e su rueño...

—Sí...

—Nunca te avelgoncéi de trabajá... Manque siá lavando plato, y que te tengái qué comé er sobrao...

—Sí... Lo que gane lo parto con ustedes...

—No te precupéi tanto pol nojotro. Nojotro ar juin tamo aquí... y po lo mejmo tenemo onde dolmí... Y vó vái de caminante...

Irra abrazó a su madre. Ella trastabillaba de rodillas, manteniendo su cara en alto, clavada la mirada en las viejas imágenes.

—Júye de laj mala compañíaj... Y que nunca te jualte la jé en Dió... De vé en cuando acoldáte d'Er, y andá a l'iglesia a dále su limojna... Manque una vela...

Ambos sollozaban. Irra, abrazado a su madre, lloraba como el día de nacer. Ya penetraba la claridad del día por las claraboyas. Estaba amaneciendo. Se sentían ruidos en la calle, y la bullaranga de los bogas deslizándose en sus canoas. El Atrato osaba contra la arena. Irra se desprendió de los cálidos brazos de la madre, y se dedicó a arreglar sus escasos menesteres: una camisa vieja, remendada. El saco viejo. Y otras pendejaditas. Lo cual metió en una talega, de las que vienen con harina de trigo.

La madre despertó a las muchachas. Estas, ya en pie, se paralizaron ante semejante resolución de Irra, quien recorría la casa, atontado, como buscando algo...

Sí. El alba. Y tenía que estar dentro del barco... Paró las orejas: rugió la sirena. Un rugido agudo que le rasgó el pecho. La madre

y las hermanas, inclusive Elena, lo abrazaron lloriqueando, gimiendo como cuando se abrazaba el ataúd del viaje al cementerio.

Aurora se zafó una cadenita de oro, obsequiándosela:

—Llévatela no más, Irra... La puedes vender cuando te veas necesitado... O la acompañas a algo más que ganes, y compras un vestidito... Ese que llevas está muy malo... No tienes zapatos... Y saltar a Cartagena así... —la voz de Aurora se tronchó por el llanto.

-¡Adiós!... ¿Y Jesús?... ¿Está dormido?.. Llámenlo... —Irra caminó hacia el rincón donde estaba dormido el hermanito, para despedirse de él:

—¡Jesús!... ¡Jesús!... Me voy... Adiós, hermanito... Levántate...

Jesús se revolvió en su cobija. Bostezó. Se incorporó. Se puso en pie, sorprendido, cubriendo el rostro entre las manos... Irra no podía contener sus lágrimas, ni el catarro que le fluía ahora. Se dirigió a la puerta, la mochila colgando en la mano izquierda.

Clara no lo acompañó a la puerta. No tuvo fuerzas. Se tendió a llorar en la cocina. Cómo quería a Irra. Y no tenía qué obsequiarle. Revolvía su cabeza... la revolvía y la revolvía nuevamente... Y no encontraba nada para darle... Clarita era la más pura, el corazón más tierno de la casa... Sí. Clarita recordó que podía obsequiarle una sobrefunda, bordada por ella. Corrió al cuarto, y la extrajo dificultosamente, de entre las ropas ajadas, involucradas en el baúl. Corrió a la puerta... Irra había salido... Iba allá... Sí... Allá, cruzando la esquina...

—¡Irra!... ¡Irraaa!... ¡Irraaaaa!...

Calles húmedas, tristes, bajo la neblina del amanecer. Techos y paredes de aquellas viejas casonas veíanse lavados. El viento húmedo también llenó la habitación, entrando, rozando los rostros húmedos, que devoraban con los ojos la figura del hermano que se había esfumado en la calle...

En la esquina un policía, plantado, seguía a Irra con los ojos.

—No darle nada, yo, mamá —protestó Clarita, cubriéndose el rostro con la sobrefunda, bordada por ella. Sus lágrimas se enjugaban en la tela delicadamente dibujada con hilos de mil colores. Impulsada por el amor, el gran deseo de dar un recuerdo, Clarita se lanzó a la calle, corriendo a alcanzarlo. Llegó a la misma esquina por donde él había doblado. Lo llamó. Él había cruzado ya la esquina siguiente. Clarita quiso correr más hasta alcanzarlo, pero notó que apenas tenía puesta la camisola. No le importó. Quería entregar la sobrefunda bordada por ella a su hermano. Otra fuerza interior, más poderosa, le retuvo el paso.

* * *

Iba Irra caminando por la carrera primera. Casas de blancos. Viejos caserones derruidos, paredes desvencijadas. ¿Por qué eso, si los blancos eran ricos y ganaban sueldo como empleados del gobierno? Lo asaltó la idea de que los blancos eran pobres también. Quizá no tan miserables como los negros. ¿No sería más bien una miseria general? ¿Cómo diablos hacía él para penetrar el fondo de la vida de las gentes, de los blancos, para convencerse de que vivían a duras penas? ¡Qué vaina! Una fuerza brutal lo impulsaba a marcharse. Horror, quedarse allí, aplastarse, ver morir a toda su familia, como morían diariamente, sin con qué pagar las cuatro condenadas tablas del ataúd. ¡Su suerte estaba en la baraja! ¿Y si por allá no encontraba nada? ¿Si su resolución de viaje era el camino del abismo? ¿No era peor perecer lejos, y entonces sí dejar abandonados para siempre a su madre, a sus hermanos? ¿Qué podría hacer por ellos?... La tierra que pisaba se removía en sus entrañas, acusándolo. Aquellos caserones de madera le hacían muecas terribles,

y lo amenazaban con desplomarse encima de él y demolerlo... Tal vez sería mejor quedarse. Y aguantar hambre juntos, o comer el plátano juntos. Sepultarse juntos. ¿Aventura? ¿Era una tremenda aventura aquello a que estaba abocado?... Sí. ¡Aventura!... ¡Maldita palabra! AVENTURA, es decir, NADA: echarse a la mar sobre una tabla; encaramarse sobre el lomo de un tiburón... Irra se detuvo. Azotó la talega. ¡Cristo!... Dio media vuelta. Debía devolverse. Pero no lograba dar el primer paso hacia atrás... Y el barco iba a partir. Y él no había hablado con nadie del barco... Sí. Tenía que llegar pronto. ¿Cómo se le ocurría que el barco era como una casa de putas donde uno podía meterse cuando le provocara la perra gana? ¿Y por qué no habían de admitirlo, si él iba a pagar sus doce pesos?... Ah, ¡maldita vida!... No tenía la plata esa... Además, él no iba a llegar antes de salir el armatoste ese. Se agachó. Agarró la mochila casi vacía y corrió. Sus pies golpeaban aquella calle de cemento, húmeda, como si sus pies delatasen la huida de un criminal. Como si le gritasen proféticos: «Anda»... «Detente»... «Huye»... «Ingrato»... «Tu madre»... «Nive»... «Una niña»... «¡Maldito!»... «¡Maldito!»... «¡Arrójate a la mar!»...

Irra no sabía qué hacer. Temblaba. Se sentía solo. Suspendido en la estratosfera, con un millón de puñales apuntándole pies, costados, cabeza, traspasándole la lengua y la garganta. Sentía revolverse en su estómago una olla de aceite hirviendo. Él no era nada. No significaba nada... Los perros y los gatos, las sardinas y los insectos, tenían más derecho a vivir... La existencia suya, de un hombre, no representaba más que un bagazo de caña... ¡Maldito mundo!... ¡Dios!... ¿Dios permitía padecer a los hombres? Si el demonio se le presentaba ya, para darle dinero a cambio de su alma, Irra cambiaría el Cielo por el Infierno. ¿Por qué no se le aparecía el diablo? Ojalá el diablo se le presentara en este momento: le arrancara el alma y

las entrañas, pero en cambio le dejara casa, alimentos. Se iría feliz al infierno... Se detuvo en la esquina del mercado, reflexionando...

Era una mañana linda, cubierta de neblina. Una mañana fresca, en que las cosas bajo la tenue neblina azul parecían más serenas. Una mañana en que sin embargo Irra se sentía solo. No alcanzaba a mirar más allá de cien metros.

En dirección de la calle que moría en la orilla, unido al muro de cemento por medio de áspero planchón de madera, flotaba el barco *Santa Teresita,* sobre el Atrato. Los bogas, negros corpulentos, con su gran musculatura sobresaliente, risueños, semidesnudos, se movían ágilmente cargando fardos que iban acomodando en las bodegas. Sobre el planchón iban y venían gentes afanadas. El motor de vapor comenzó a zumbar, y palpitaron la desesperación y la inquietud en multitud de rostros. Un muchacho negro pasó campante, silbando, a través de los pasillos del barco, llevando al comedor una cafetera destapada, humeante. En la mesa del comedor se advertía un plato lleno de tajadas amarillas, y al lado una lata rojiza con mantequilla. La puerta del mercado, atestada de mujeres negras con gorras blancas, delantales de telas diferentes. Sin importarle mayor cosa, Irra pudo ver de nuevo el rostro de la mujer embarazada. El rostro de la mujer le hizo revivir en la memoria el momento en que andaba buscando a quién fiarle una libra de arroz, el momento en que escuchó leer el periódico a Ramón... ¡Ramón, ya muerto, desde antes de la medianoche!... Ese cuerpo descabezado, masa encefálica esparcida en la tela del biombo. El barco continuaba balanceándose sobre las ondas amarillentas, borrosas, espumosas, sucias, rebeldes. El río Atrato había amanecido por los montes. Anegadas las chozas de la orilla opuesta. La playa del otro lado, sumergida. Al son del agua, deslizándose una piragua, con un hombre que llevaba un chinchorro. ¿El viejo? Sí... No iba a poder despedirse de él... Nunca

más compartiría Irra la compañía de aquel viejo... Buena persona...

Miró por última vez aquellas calles misérrimas bajo la luz brillante del amanecer. Luz que disipaba como por encanto la neblina azulosa. Y con paso vacilante comenzó a descender los altos escalones, muchos ahogados bajo el peso de las aguas salidas de madre.

Le parecía percibir el eco de voces conocidas, llamándolo. Preguntándole a dónde partía. Pero no eran voces concretas a su oído, sino al remolino de consonantes que no penetraban nítidamente en el tímpano. O quizá era él quien no quería identificar las voces, ni hacerles caso. Atacado de nervios, pisó la cabeza del tablón: «LA SUERTE ESTÁ ECHADA», le gritó el destino. Alzó la otra pierna para ganar el primer paso... Una mano nerviosa lo tiró de la camisa...

—¡Nive! —exclamó, turbado, girando sobre sus talones, saltando atrás. Y se quedó estático, boquiabierto, ojos desorbitados, brazos en alto...

* * *

Una mujer bajita, menuda, forrada en un viejo traje negro, desflecado. Sin proferir palabra lo miró fijamente. Irra permanecía aterrado, inmóvil, ante el rostro esquelético de mejillas chupadas, ante la boca abierta desdentada, tratando de hablar, sin lograrlo, ante aquella figura deprimida, con las manos sobre la cabeza encanecida. Transcurrieron unos minutos, mirándose, ambos estupefactos... El movimiento del puerto bullía... Y la luz matinal brillaba más.

Al fin la mujer respiró, aflojando su alta tensión nerviosa. Tragó saliva. Habló azorada.

—Me dijo Nive, anoche, que vó habíai tao allá anoche...

«¡Viva el Alto!», exclamó mentalmente. Se agitó rudamente su pecho, al tremendo galopar de corazonadas mortales. Se le aflojaron

todas las articulaciones... ¡Virgen Santa!... Lo habían descubierto. Había caído en la trampa... ¿Y ahora?... ¡A la cárcel! A pagar su condena... ¡La cárcel! En su mente embotada surgió el edificio de cemento, las ventanas con barrotes de hierro, que había visto muchas veces de paso al cementerio. Aterrado de pies a cabeza, unos granos de sudor fueron brotando de su frente para bañar la cara reseca, que no había alcanzado a lavarse todavía... Pero... tal vez... «Dicen que uno se va al presidio», reflexionaba trabajosamente, «si no se casa con la muchacha»... La idea de tenerse que casar lo dejó pasmado. Sentía eso tan lejos de sí, como la distancia entre el cielo y la tierra... Aceptar que él debía casarse... Un rápido impulso, tal vez impulso de defensa, le agitó los músculos. Debía correr... Dejar a la vieja con la palabra en la boca... Sí... El policía que lo estuvo mirando al salir de la casa... ¡Maldita sea Nive!... ¡Malditísima!... «¡Eah, huye!», le ordenaba una voz dentro de sí. Pero las piernas no le obedecían, y sus malditos músculos permanecían rígidos, yertos. Trataba de levantar la primera pierna para saltar, pero la fuerza de gravedad era más poderosa y más implacable con Irra que con los demás, y lo enterraba. Los demás hombres, los bogas, podían caminar rápido ahora. Y él debía dejarse atrapar, cuando podía librarse de la cárcel, cuando todavía podía burlar la justicia, con solo salvar el planchón... «¡Bah!... ¡Vamos!...». Pero nada... «¡Canalla pierna derecha!... ¡Maldecida pierna izquierda!»... «¡Huye!... ¡Huye!... ¡Huid!... ¡Huye, Irra!».

—... ¡Pobre Nive! —prosiguió la vieja, suspirando, la mirada perdida en sus ojos humedecidos—. Dejpué que te vinítei..., que dijítei que t'íbai pa Caltagena, escribió éta caltica pa su tío... Yebásela manque sia como recueldo... —la vieja se humedeció los labios, tragó saliva, esforzándose por despejar la opresión pectoral. Dos fuentes de lágrimas empezaron a manar incontenibles, y tuvo

que callar unos instantes, mientras recobraba alientos, y la bola pastosa que le obstruía las palabras en la garganta cedía un poco...

—¡Diga, pues!... ¡Diga!... —gritó Irra, impaciente. No quería soportar un minuto más ese suplicio. Ni quería huir antes que pudiera asestarle una trompada a la vieja, dejándola derribada para que no lo delatara. La miró encendido... Sus dedos se crisparon deseosos de estrangular... Irra trató de serenarse, y una luz interior que ahora bañaba el rostro de la mujer le infundió cierta confianza.

—Sí... Mi muchachita... No, no, no, no, Dioj mío... —se deshizo al paso del llanto. Irra observaba el papel, cuidadosamente doblado, papel que la vieja extraía de su seno marchito. Una hoja de cuaderno, rayada, marcado el destinatario con una letra gruesa, vacilante, escrita a lápiz. Notoria la huella digital de la vieja, al coger entre sus dedos la carta—. Yévale la caltica, ¿oíte, Irra? —agregó, tiernamente, con palabras cuya fonética se iba derritiendo en la garganta, convirtiéndose en murmullos difícilmente inteligibles—. Me ía iro dende la seisita, a bujcá comira, de cualquié jolma... ¡No íamo comiro dende aye!... Y cuando la ejé me ijo que no m'emoraá polque tenía un doló e barriga mú duro, y se sentía mú rendira... Cuando yo yegué toa empapara po ese aguacerón di anoche... Con uno manano que ar jin topé pu ahí... Eso jué taldísimo polque con la muelte e Ramó me envolaté tambié... ¡Ay!... La ayé pánjila com'una vela, y revolviéndose como si la tuvieran cruzándola con un arjilé y se quejaba, y se quería salí de la cama... y yo ahí solitica polque Yuma taba en su mundo, dejando esa muchachita tóo er santo día birriando, que si yo no se la limpeo se ía comiro la mielda que cagaba... Yo no sé que jué lo que le pasó a Nive... No sabía yo qui hacé sola... Me dio un suj-to durísimo... que no poría caminá... Salí a bujcá compañía... Y jui a ñamá ar dotó, pero ese maldeciro dotó taba borracho en su baile der Banco... Ya taban cantando loj gayo, cuando veí que mi

muchachita, que te quería tanto a vó, Irra, dende que vivíamo de vecino..., se jué querando..., se jué ejtirando... Yo la ñamaba, la tocaba, la ñamaba y yo yoraba. Peo no pure má... ¡Huyyy! ¡Dioj mío!... ¡Yo qui hago! Lájtima que no pórai queráte hajta el entierro...

* * *

Irra dobló la cabeza sobre el pecho. Sus ojos se encharcaron, y una flema espesa le oprimía la garganta. Sus labios apenas se movían. Irra quería decir algo. Desahogarse. ¡Una palabra siquiera!... Pero las palabras se arremolinaban inútilmente, impacientes en la sorda, desgarrada laringe.

«Debería esperarme a echarle el último puñado de barro...». Lagrimones quemantes se desgranaban por sus mejillas... «¡Dios Santo!... No puede haber sido por eso... No... Yo no he matado a Nive...». Ahogando los sollozos, unió sus dos manos, apretándolas, entrelazando en nudo ciego sus dedos. Evocó los minutos en que tenía contra su corazón el cálido cuerpecito de Nive... Cuando le besaba los labios húmedos y saboreaba su lengua... Y que la mejilla de Irra estaba unida al rostro sudoroso de Nive... «No. No. No puede ser... No ha muerto... ¡Mentira!». En su mente la contemplaba viva, hablando, imprimiéndole un timbre *sui generis* al sonido de las letras erre... La contemplaba tendida en el catre, sus ojos brillantes, los bucles de su cabello negro, jugueteando azogados, bajo el resplandor de la luz mortecina... Tuvo un sobresalto fatal, aterrado al golpe de un aletazo fatídico; el instante en que Irra salía disparado y Nive lo agarró de la camisa, rogándole: «No se vaya... Yo no cuento nada... No... Acompáñeme un último momento...».

Inmóvil, plantado allí como una estatua de piedra, Irra revolvía su cerebro embotado. No atinaba a decir nada concreto. Al fin lanzó un

suspiro profundo, logrando disminuir su alta tensión nerviosa, obedeciendo al último impulso de su conciencia, que le gritaba: «¡Anda!... ¡Vete!...». ¿Qué más daba aguardarse al entierro? Cual mazo, unas corazonadas le golpearon el pecho. Y él atendió las corazonadas. Su única salvación era marcharse. Se le volvió a aparecer la imagen de las cuatro paredes de cemento, los barrotes de hierro. Había meditado suficiente en su destino de partir. Y modificar ahora, aquí dentro del barco, era torcer... Cuando se dieran cuenta del lance con Nive... Irra tragó saliva... Aflojó cuanto más pudo su tensión, y con los ojos encharcados y la huella de lagrimones en su mejilla, Irra habló a la mujer:

—Me voy... Adiós... Ojalá nos volvamos a ver...

—Adió, pué... Poltáte bié... No le hagái mal a naide...

Irra le tendió la mano rígida. Sentía como una maldición la última frase de aquella mujer. Tal vez ella no lo había expresado *intencionalmente*. La miró alejarse, caminando con sus piernas secas, toda ella desgarbada, bajo el vestido de luto. Con gran esfuerzo ascendía las gradas resbaladizas, debido a las basuras húmedas, embarradas. A la luz matinal, su cabeza encanecida, enseñaba cómo es de valeroso haber vivido tantos años luchando a brazo partido con el mundo... Durante los instantes monótonos en que Irra, enternecido y rabioso, contemplaba retirarse a aquella mujer, todo su ser se estremeció por un rugido inexorable. Le sonó horrendo el rugido de la sirena: *Uuúúúúú... Úúúú...*

«Me quedé», se dijo. Con el corazón crepitante, giró sobre sus talones, alcanzó una pierna para poner el primer pie sobre la cabeza del tablón, alistando la otra pierna para avanzar el primer paso. Y de unos cuantos saltos salvar el puente entre la tierra y el barco, su puente entre el porvenir y la nada.

Pisó en falso. Y el cuerpo de Irra caramboleó. Habían quitado el puente. Y cuando la sirena rugió, ese rugido iba hiriendo el espacio,

a medida que, en marcha, el *Santa Teresita* enrumbaba la proa... El humo de la chimenea se esparcía, formando una nube negruzca, empenachada... El barco se iba yendo, flotando pesadamente, rasgando las aguas amarillentas, barrosas, espumosas... Un tripulante izando la bandera. Las gentes a bordo movíanse en los pasillos... Y el zumbido del motor palpitante en el oleaje muriente, absorbido por la arena sedienta.

* * *

Irra trató de levantarse; sus pies patinaron y cayó de bruces. Probó de nuevo enterrando uñas y dedos de los pies. La tierra estaba demasiado blanda y las piernas se le enterraron casi hasta las rodillas. Respiró el hedor del pantano negruzco, nauseabundo. Se le estremeció el organismo. Impulsó hacia afuera la pierna derecha para sacar la izquierda, pero inútil. Su vestido empantanado, pegado al cuerpo, hedía a cerdo. De reojo advirtió el extremo resquebrajado de un muro de cemento. Dio media vuelta al tronco de su cuerpo y alargando los brazos se agarró al muro. A dos metros sobre su cabeza, en la casa de mercado, se habían agolpado noveleros que risueños observaban a Irra. Este se trepó, logrando desembarazarse del pantanero... «¡Maldita sea!... ¡Qué tienen qué mirarme!... ¡Al diablo todos!...». A oídos del grupo alcanzó a vibrar un murmullo, y del grupo se escapó una carcajada.

Piernas colgantes, flácidas, se sentó Irra en la punta del muro. Sentía la cabeza amarrada. La piel enjuta, quizá por el barro que se le estaba resecando en el rostro y el cabello. La mochila estaba allí, entre el barro.

La brisa agitó el ambiente saturado de estiércol y vapor de alcantarilla. El río continuaba creciendo furibundo. Había subido cuanto

el grosor de cuatro dedos más, mientras Irra estaba a la orilla. Las aguas resoplaban por entre los puntales de la casa. El oleaje osaba contra el muro de cemento, presionándolo, y se iba ahogando la orilla... Ya casi se hunde esa canoa. Un momento... No... Quizá no se hunda... La están timoneando muy bien. Ya. Sí. ¡Agárrese del puntal! ¡Meta el palancazo! Sosténgase usted... Y que el otro mantenga la palanca firme... Una ola. La ola salta por encima de la nariz de la canoa resuelta. La nariz de la canoa se zambulle. ¡Agárrese! ¡No la suelte! ¡Lárguese! ¡Se hunde... Dios!... El hombre de la nariz tambalea. La nariz de la canoa resuella y la embarcación traga agua. El río se descuelga violento. El hombre de la nariz patina. ¡Sosténgase!... Se resbala. Suelta el puntal. El oleaje arremete a la costilla de la canoa. El piloto se cimienta. ¡Virgencita del Carmen! La nariz de la canoa se aparta de tierra. El piloto flaquea. Clava la palanca. La tira. La palanca se chupa en el barrizal. ¡Cuidado! Chisporrotea un remolino: una raíz sumergida. La otra costilla de la canoa se recuesta contra la raíz al empuje de la corriente. Golpe seco. Pedazos de madera. Astillas. Racimos de plátano. Troncos de yuca. Ñame. Piñas. Gallinas chapuceando. Hombres nadando. Inquietud en tierra...

La multitud se apelotona. Y no ha pasado nada, los hombres han ganado la orilla...

El río continúa creciendo, saliéndose de madre: va pasando amarillento, espumoso, con raíces, ramajes, troncos, malezas. Pero Irra está devorando con los ojos lo que está sucediendo allá al lado opuesto. Bravo el río. Lleva ira de diablo entre sus fauces. Arranca matas de plátano y árboles sembrados alrededor de la choza. Pero la choza se aferra a la tierra mediante sus débiles puntales. El techo de paja se remueve como si estuviera despertando.

Y se erguían las paredes flageladas. Y el oleaje osaba... osaba... osaba... Irra cerró los puños y apretó las mandíbulas. ¡Señor!

¿Habría gente dentro de la casita? ¿Habrían alcanzado a salirse? ¿Y los niñitos? Se hallaba muy alejada la orilla para distinguir si aquellas manchas blancuzcas eran gente nadando o eran más bien hojas blancas. El río arremetía contra la choza, y la choza se enterraba. ¡Cuán fuerte aquel rancho! Sí. Fuerte. Más fuerte que un hombre. El río podía con una roca y sin embargo no lograba arrastrar aquel rancho. Las olas desarraigaban los árboles gigantescos. Y este rancho palúdico desafiaba su furia. Y allí había vivido una familia pobre, como la de Irra. El viejo de la casita tenía cerca de noventa años y aún podía timonear su piragua, castigar las olas satánicas con su canalete rebelde. Y el hambre de hoy no lo había doblegado mañana.

Irra se asió con todo el vigor de sus brazos al filo del muro de cemento. E invadió su espíritu un sentimiento puro que brotando de la tierra penetraba por las plantas desnudas de sus pies, ascendiendo hasta el fondo de su corazón para encenderlo. Y en el corazón de Irra ardía una llama. Un fuego que lo anudaba con las hormigas, con el barro, con las hojas, con las campanas, con el viento, con el sol, con la noche sin estrellas, con el lucero encendido que se posaba exacto sobre la desembocadura del río, con las aguas, con las chozas, con los caminos, con las culebras, con los pájaros, el horizonte, el verdeazul del campo terminado en el lomo de la cordillera, la flauta triste llorando en la ribera perdida. Una llama viva, fuego... ¿Por qué había temido a la imagen de Nive? «¡Oh, Nive!: estás en las raíces intimísimas de mi ser. Aquí en esta costilla precisamente. En mis gritos. En mi ambición de encontrar algo más allá... ¿Por qué te había temido?». Nive surgió otra vez allanando una vía, como la estrella del boga aparta las nubes pardas en la noche, y brilla reflejándose en las ondas de los ríos, enderezando el camino de la canoa. ¡Nive! Irra derrumbó los muros del presidio, aplastó pensamientos

tiznados. Él y Nive no habían hecho nada malo. Habían sido capaces de amar, permaneciendo puros en el alma, cumpliendo el milagro de la creación del hombre por la naturaleza. Irra entrevió claro. La buscaría y se juntaría con Nive para empezar a fundar él también. El hijo. Sí. Ligado a ella. Fundido su espíritu y carne con el alma y materia de Nive. Si otros habían vivido bien allí, ¿por qué Irra no podría vivir allí? Se quedaría allí. Lucharía... Y el día de hoy sería otro día. Y como el día de mañana lo sorprendería con las simientes en la mano... ¡Nive!... De los montes, del río, del cielo lo saturó la canción de la vida. Y toda aquella fuerza provenía de las entrañas de Nive.

En la calle proseguía el ceceo de las gentes acaloradas pasando, deteniéndose. Los campesinos subían desde la orilla con huevos, racimos de plátano, chontaduro, pescado, piñas. Cada cual hacía lo que podía. Irra también lo haría.

Volvió a mirar el río. En la playita observó un grupo de muchachos negros, sin camisa, con pantalones deshilachados. Jugaban y parecían contentos sobre la arena húmeda. Se tiraban de las calzonarias, gritaban riéndose y lanzaban agudos silbidos. Uno se zafó los calzones, dejándolos escurrirse piernas abajo; los recogió poniéndolos en el sitio más seco; se cubrió la región del pubis con las manos y se arrojó al río. Las aguas lo cubrieron, y segundos después una cabecita motosa y unos bracitos agitándose flotaron.

Otro, escrutando con mirada maliciosa a los transeúntes, dejó escurrir sus calzones, los alzó colocándolos encima de los del otro, y de un salto desapareció bajo las ondas. Los demás rieron. Y reuniéndose en un haz, se aferraron a luchar, revolcándose en la arena mojada.

—¡Cochinos! —les gritaron a las dos cabecitas negras, motosas, flotantes.

—No m'eche arena en el ojo...

—Come mogo...

—Que no m'echen má arena, no...

—Ja, ja, je-ja, jajajijijujae... —reía uno rendido entre la arena—. No mi hagan má cojquilla no...

—Ríyase...

—Ya no má...

—Que te riyái...

—No má...

—Si loj dái la mitá e tu esayuno...

—Sí la doy, sí...

—Güeno, ahora te vamo a echá a vó a l'agua...

—Te jorítei pendejo...

—Sí, ayuráme a levantame...

—Y lo echamo vestiro...

—¡Mandaya sea!...

—Pa l'agua...

—Ya me voy a nojame...

—Emverracate pué...

—No má...

—Vestiro pa l'agua...

—Güeno: tápese —dijo uno, cogiendo una piedra y arrojándola a una de las cabecitas negras, flotantes.

—Hijueputa —gritó la boca de la cabecita, sumergiéndose.

—Má puta é la tuya, que la cogieron encerráa en una tienda... —.espondió el otro, recogiendo una piedra y arrojándola.

La cabecita motosa se sumergió de nuevo. Tardó varios segundos en flotar. Y de pronto fue visto el muchacho fuera del agua, en la misma playa arremetiendo contra el otro. Se agarraron, revolviéndose en la arena, mordiéndose, dándose puñetazos y cabezazos. Los

demás se apartaron, rodeándolos. Irra observaba agitado la pelea. Pero no se movía. No sabía por qué no se dirigía a apartar a los muchachos. Uno de los niños ya tenía la cara bañada en sangre; estaba herido. Los demás reían palmoteando...

* * *

Irra sintió su alma invadida de confianza. Y si alguien hubiera observado de cerca su rostro se hubiera contagiado de una humilde alegría purísima. Se agachó a recoger la talega empantanada y la puso sobre el muro. Se dirigió al borde de la playa. Se arremangó los pantalones y la camisa. Se introdujo en el río, en el agua, hasta las rodillas. Inclinado se lavó la cabeza y la cara. El agua estaba tibia. Hubiera querido desnudarse y meterse un baño completo. Como tantos baños agradables, cantando otras veces allá en la playa, horas antes del amanecer, a la tarde, a medianoche, a todas horas... Bebió agua en el cuenco de la mano. Se enjuagó la boca y arrojó el buche de agua. Volvió a beber y se restregó los dientes con el índice untado de arena. El agua le supo terrosa. Se lavó las piernas, los brazos. Y ensanchando el pecho respiró libre. ¡Libre!

ABORRAJADO
pescado frito, muy aliñado, envuelto en huevo y harina, con el cual se prepara sopa.
ACREITA, ACREITAR
acreditar.
AJUNTO
asunto.
ALUYÓ
oyó.
ANDÁGUEDA
el río Andágueda.
ARJUILÉ, ARJILÉ
alfiler.
ASEGUARAR
asegurar una embarcación, encadenarla.
ATRATEÑO
perteneciente al río Atrato o a la provincia de ese mismo nombre.
ATRATO
el río Atrato.
AYÉ
del verbo hallar, la hallé.
BACHILLERO
fantasioso.
BALSUDO
liviano, que pesa poco.

BATEA

bandeja de madera en la cual se lava la tierra para separar el oro y el platino.

BUENA

mujer encantadora, seductora.

CAJULO

campesino ignorante, atontado por la vida de la ciudad.

CAMPESINO

quien carece de modales ciudadanos. Puede usarse como insulto.

CARGADERA

corteza de árbol utilizada para amarrar.

CARRERA PRIMERA

calle principal de Quibdó, donde anteriormente residía la aristocracia, es decir, la gente de raza blanca.

CARRISO

exclamación por no decir carajo.

CELOSA

dícese de la embarcación carente de equilibrio.

CHAMPA

canoa pequeña.

CHANTAR

pegar fuerte y con precisión, dejando la marca.

CHARRE

pez.

CHIVO, CHIVITO

moneda, centavo, centavito.

CINCO

moneda de cinco centavos.

COLCHA

cobertura, cobija hecha de retazos, de la cual se servían antes únicamente los pobres.

CREN

Crema, alta sociedad (del francés *crème*).

CUALTA
cuarto, cuarta parte. Una cuarta de plátanos es equivalente a ocho pares; vale por la cuarta parte de una ración, la cual consta de treinta pares.

DESGÜEVARSE (DESHUEVARSE)
pelear.

DESMILANCHAR
deshilachar, estropear.

DIOXOGEN
nombre de un producto farmacéutico, un antiséptico.

EJCLARÁ
declarar.

HODA
hora.

HOJA
billete, dinero.

HORRO
aburrido, desesperado.

INJUELICE
infelices.

INVIERNO
época de lluvia.

ISPERTÓ
inspector (de Policía).

JALTIÑA
comida (en sentido despectivo).

JASTIRIAR
fastidiar.

JERIENDO
hediendo.

JOLMASE
formarse.

JUEMAMA
hijo-de-madre (insulto).

JUIAR
fiar.

JUINAO
finado, difunto.

LANA
lana vegetal, extraída del lano (árbol).

LOJ
nos, los.

MANANO
banano.

MANDAYA
malhaya.

MANQUE
aunque.

MARDECIRO
maldito.

MAUSÁNICA
se refiere a "La Magnífica" (oración).

MECATO
golosina.

MERCANCÍA
tela.

MOGOLLA
rosca, pan de harina de trigo.

MÓNTEME EL TROMPO EN LA UÑA
se dice a propósito de algo que no es fácil de realizar o que resulta increíble.

OLER
doler.

ORACIÓN
palabras mágicas, de carácter divino o diabólico.

PAGRE
padre.

PAISA

antioqueño, persona o cosa perteneciente al o natural del departamento de Antioquia, en Colombia.

PAMPADA, PAMPEAR

acción de dar golpes con un mazo a rebanadas de plátano frito para freírlas de nuevo.

PAVEAR, PAVIAR

matar.

PECUECA

hedor de los pies.

PEGADO, PEGA

costra de arroz que se forma en el fondo de la olla.

PETATE

esterilla.

PLANTILLERO

dícese del hombre poco serio, especialmente en el amor.

PLATA

dinero.

PLATERA, PLATERO

mueble para colocar platos.

PODRE

pobre.

PUNTA DE LA CANOA, NARIZ DE LA CANOA

la proa; la popa se denomina patilla.

QUICATO, CHICATO

niño enfermizo.

QUITO

el río Quito, que desemboca frente a Quibdó en el Atrato.

RIÁ, REAL

moneda antigua equivalente a cinco centavos.

RORÁ, RORÁ JOLTUNA

rodar, rodar fortuna; ir en pos de mejor vida.

SACARIÑAR

manifestar a alguien arrepentimiento de haberle hecho favores.

secreto
: palabras mágicas.

sonar
: interesar, llamar la atención; me suena, me interesa.

suiche
: interruptor del contacto eléctrico (del inglés *switch*).

teatro
: sala de cine.

tejer, tejerse
: animarse (un baile, una reyerta).

vendaje
: golosina de fabricación doméstica.

verano
: época de sol y de sequía.

yublijna
: llovizna.

Nota

No hemos pretendido elaborar este pequeño glosario con el rigor necesario. Son pocas las palabras empleadas en esta obra que no aparecen registradas en un diccionario común y corriente, actualizado. A menudo, se trata sencillamente de cambios de letras para tratar de obtener efectos fonéticos, por ejemplo: yublijna (llovizna), pagre (padre), loj (nos, los). Así, el lector podrá captar rápidamente el mecanismo. En cuanto a osar, aunque parece significar hozar (al final de la novela), se usa en el sentido de atreverse, realizar una osadía.

En la casa de Irra figuran un mostrador y un armario: estos no hacen parte del mobiliario forzosamente utilizado en el Chocó, sino que aquí, a la orilla del río Atrato, sector comercial, son testimonio de la ruina probable de algún negociante.

Esta colección fue realizada
por el Área de Literatura
del Ministerio de Cultura con
motivo de la Conmemoración
del Bicentenario de las
Independencias.

Coincide con el inicio de
la ejecución del programa
de memoria afrocolombiana,
siguiendo las recomendaciones
hechas por la Comisión
Intersectorial para el Avance de
la Población Afrocolombiana,
Palenquera y Raizal y el
CONPES para la igualdad de
oportunidades.

Esta publicación es
financiada en su totalidad
por el Ministerio de Cultura.

Bogotá, mayo de 2010.